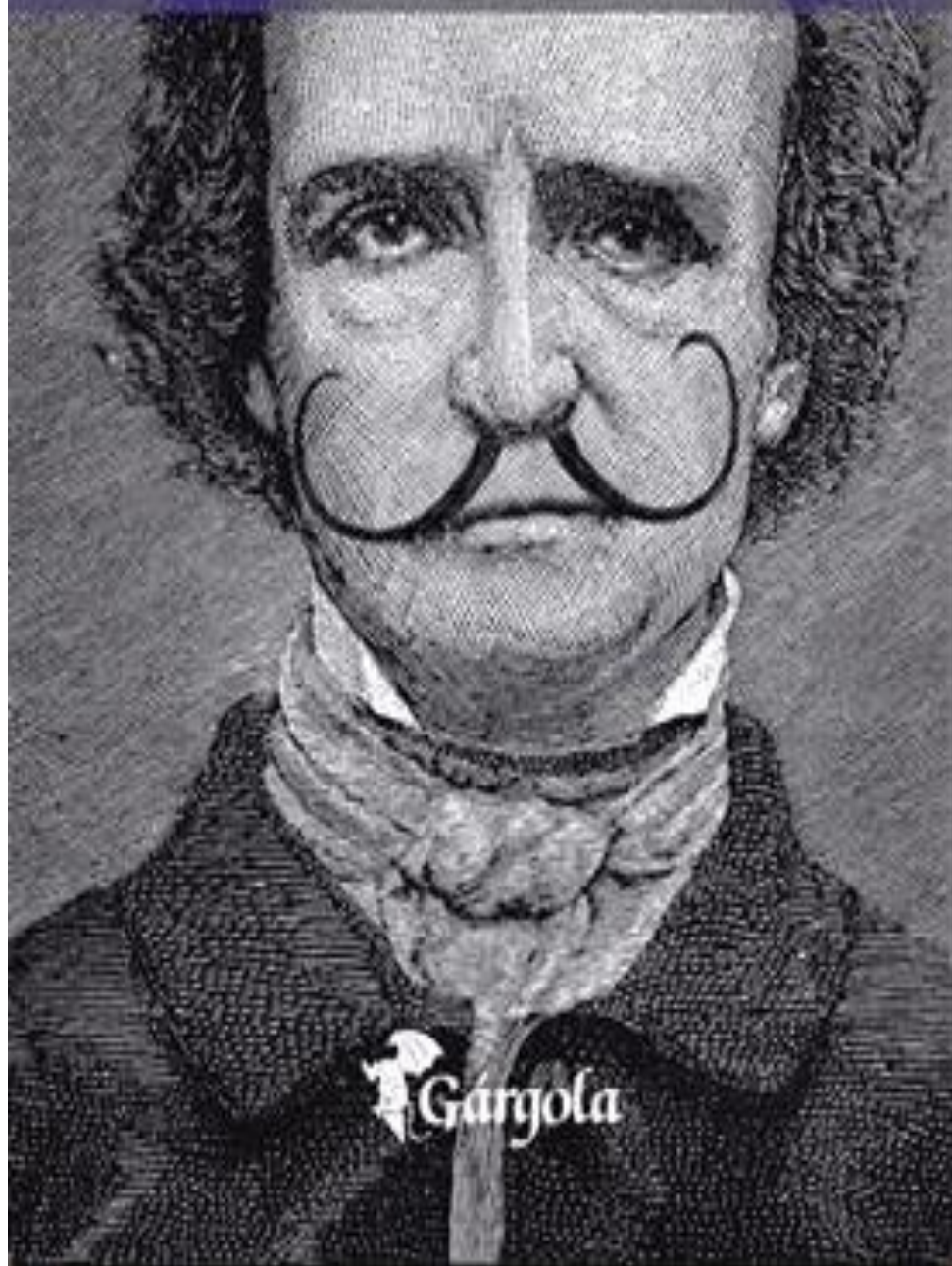


Jorge Goyeneche

# Que algo quedará



 Gargola



## **Que algo quedará**

A mi hermano Alejandro

A R.W. in memoriam

El medio a través del cual los reyes sometían y demostraban su poder eran los textos escritos y por eso la guerra tenía como principal objetivo la eliminación de los escribas del enemigo.

Kevin Johnston *Classic Maya Scribe Capture and Policy Consolidation*.

La historia era increíble, en efecto, pero se impuso a todos, porque sustancialmente era cierta... Sólo eran falsas las circunstancias, la hora y uno o dos nombres propios.

Jorge Luis Borges *Emma Zunz*.

# 1

Viajo en el tiempo. Para qué dar vueltas, mejor decirlo directamente, de una sola vez, de manera contundente. La mayoría va a pensar que es sólo ficción literaria, y yo me cobijo bajo esa creencia. En realidad, escribir una novela es la excusa perfecta para un novelista. Si yo apareciera en un programa de televisión, entre una publicidad, un choque de autos y un culo, y dijera que viajo en el tiempo, quién me tomaría en serio (aunque Riki, mi amigo alcohólico y apocalíptico, diría que la inmensa mayoría cree solamente estupideces). De cualquier forma, aun aceptando la visión negra de mi amigo fabricante de crucigramas y palíndromos, sobrevendría otra tanda comercial y luego, con la aparición del escribano, el sorteo del auto, un poco más de sangre y otros culos tiernos, nadie recordaría al supuesto viajero temporal. Por otra parte, si lograra acceder al suplemento dominical del diario, habría un par de fotos, un

poco de historia, algunas preguntas, agujeros negros, relatividad, curvatura, etc. y dos días después mi cara y dos respuestas ingeniosas envolverían media docena de huevos o un kilo de filetes de merluza.

Al menos la ficción literaria puede conmover por más tiempo. Y no me estoy refiriendo al Quijote. Quiero decir que no estoy hablando de convertirme en un clásico, sino simplemente que más que la fugacidad televisiva y el amarilleo del periódico, dura el tiempo que un lector promedio tarda en leer una novela promedio. Y además, elegí este procedimiento, la novela, porque no tengo acceso a los demás.

La cuestión, voy al grano del asunto, es que de una manera poco llamativa, sin laboratorios, explosiones ni máquinas fantásticas, cruzo la barrera del hoy. Es tan trivial que la primera vez que me ocurrió creí que había soñado en duermevela o que tenía baja la presión y en lugar de las lucecitas de colores veía otras imágenes medio traslúcidas. Fue solamente un momento, un tris. Estaba en mi estudio haciendo ejercicios en el caminador y chusmeando por la ventana. Los pensamientos iban por cualquier lado, digamos que tenía la mente en blanco, ideas y sensaciones aparecían y partían velozmente. De repente vi que por la vereda de enfrente una señora paseaba un perro. Era un perro común, un ratonero, que me hizo acordar a uno igual que había tenido mi esposa cuando éramos novios. Volví la cabeza hacia la pared y noté entre los estantes de libros, la pequeña réplica de uno de mis cuadros preferidos, *Persistencia de la memoria*, y me fui por él, a través de él, y vi a Cleo (Cleopatra con sus manchas café sobre blanco) saltando del sillón a la pinotea, mi suegra protestando levemente y

Marigé, mi novia, sonriendo. Yo era yo, pero me sentía más eléctrico y menos ecléctico. Claro, tendría un poco más de veinte. Afuera el país explotaba y yo tenía una oreja en esas revoluciones y la otra en el ladrido juguetero del perro.

No me gustó regresar al ahora, hubiera deseado seguir allá de vacaciones, pero como dije todo duró una nada, y solamente me convencí de que no había sido ensoñación cuando me ocurrió de nuevo, y de nuevo.

## 2

La historia es complicada. Además de viajar en el tiempo (viajes cortos, como por el barrio), tengo un hermano narco. Al menos así está fichado y así lo consideran quienes lo conocen, incluida nuestra madre. Por lo menos una vez al mes me envía un mensaje en código a través de un aviso de agradecimiento a un santo en un diario local (es obvio que no puedo dar más información), me indica dónde y cuándo, y así recibo dinero para vivir cómodamente. Ejerczo la docencia porque es lo que estudié, profesorado en letras, y porque me sirve de pantalla para justificar mis ingresos.

Nano, el narco (no es broma, le decimos así desde antes), estuvo preso unos pocos años, finalmente salió con la ayuda de los abogados del cartel, fingió morir en un accidente, y yo no sé dónde está. Nos comunicamos con gran cuidado y no nos vemos desde hace bastante tiempo. Él siempre valoró lo que escribo (más que yo mismo, es justo decirlo) y siempre me criticó por no tirarme a la piletta, dejar la dureza y alienación de la docencia y dedicarme definitivamente

a escribir. Puse excusas reales o amplificadas: la familia, alguna deuda, la necesidad de tener mi propia casita y no ese horrible departamentucho prestado, en fin, hasta que un día (él estaba preso, sólo yo lo visitaba) me dijo que me ayudaría, que me enviaría dinero suficiente, y un poco más, para vivir pero que el trato consistía en que debía escribir. A mi gusto, con mi ritmo, sin apuros, pero mi hermano Nano, me obligó a escribir. A él le debo este placer. Como los que manejan un camión que tiene fileteado atrás “Gracias a mi viejo”, así es mi narrativa, “Gracias a mi hermano el narco.”

Como si esto no fuera suficientemente insólito, mi mejor amigo es alcohólico perdido (ha llegado a tomar perfume) y yo soy su terapeuta amateur (*hermano-Nano-narco, terapeuta-amateur*; mis relaciones son claramente cacofónicas). Él hace crucigramas y toda clase de enigmas y juegos para revistas y periódicos. Me vuelve loco con frases ingeniosas que debo interpretar y palíndromos constantes, esas frases que pueden leerse también de atrás para adelante. En las ocasiones más extrañas me envía mensajes tales como “Amigo, no gima” porque la tarde anterior había estado contándole algo lacrimógeno o mi comportamiento había sido claramente autocompasivo. Me invita a su casa pero no como lo haría cualquier persona normal sino con un palíndromo, “Al amanecer asaré cena mala”. Recuerdo que una mañana habíamos estado discutiendo sobre la existencia de Dios, nuestras creencias juveniles, los cambios, las idas y vueltas o no vueltas de la fe, etc. y también le conté entre tanta charla y tanto café que había tenido una pequeña pelea con Marigé, mi esposa, que estaba muy nerviosa y susceptible y blablablá. A la tarde me tocaba cobrar la narcomensualidad.



Después de una serie complicada de pasos llegué al cajero automático correspondiente. Miraba para atrás, para los lados, los nervios de punta, sobresaltado por cualquier bocina, ni qué decir de sirena policial o moto con enigmático casco negro, cuando me sobresaltó el celular con un mensaje, era el pelotudo de Riki con sus oraciones del derecho y del revés: “Adán no cede con Eva y Yavé no cede con nada”. Ay, Riki, pensé en voz alta, te quiero mucho, pero por qué no te vas a la concha de tu hermana.

Tenemos –en realidad los estableció él sin aceptar ninguna sugerencia- algunos códigos o mensajitos preestablecidos que significan algo más, por ejemplo “Las naves” son cualquier tipo de invasión (familiar, laboral). “Si las naves se van, ¿salís?” es una invitación a las charlas misteriosas, místico conspirativas de Riki. “La rata”, por su parte, alude claramente a un nivel superior en la escala de gente molesta; no se refiere ya a la simple intromisión gomosa sino a un contacto peligroso. Por eso abundan los “atar a la rata”, especialmente en sus etapas más paranoicas. También tuvo un período en el que se le dio por insistirme con que era mi obligación, mi deber, escribir; y así me acosaba con un “Anula la luna” (dejáte de mala onda) para rematarme con “Asuma la musa” (dáale, nabo, empezá otra novela). Si yo llegaba a responderle que me dejara tranquilo o que tenía que ir a hacer un trámite o que debía completar las planillas de notas de mis alumnos, me asestaba un tajante “se es o no se es”. Riki sabía dónde golpearme.

Ningún procedimiento ni actitud me servía con este loco. Si llegaba a enojarme y le enviaba algún mensaje o respuesta agresiva, simplemente contestaba con un irónico: “Amo la pacífica paloma”. Y si después de esto, yo

optaba por el silencio, a los cinco minutos llegaba “Yo hago yoga hoy”. En otras ocasiones, cuando estaba obsesionado por sus trabajos y debía entregar los crucigramas a las revistas, me hablaba en referencias. En lugar de decir “nos encontramos a las seis”, me lanzaba: “pronombre personal, primera plural; hallamos; número par divisible por dos y por tres”. Esta es una de las que me acuerdo, había algunas tan complicadas que terminábamos peleados: mezclaba anagramas con primera sílaba del inventor del pochoclo o que sé yo. La cuestión, que terminaba mandándolo al carajo, y él me respondía “atalaya de la nave, en lo alto del palo mayor, dícese...” y lo interrumpía yo con una puteada para que él me calificara de “más que plomo, más que mercurio, osmio” (por lo pesado), pero ni siquiera con el nombre de estos metales, o lo que sean, sino con sus siglas de la tabla periódica de Mendeleiev.

Pero lo que se mantenía como una constante en sus conversaciones era la Teoría del Complot y el Mundo Idiota. En esas circunstancias yo lo llamaba Mel (por Gibson, que en la película *Complot* se cree perseguido por extraños poderes que lo quieren eliminar). Pero a menudo estaba tan metido, tan obsesionado por algún nuevo hallazgo que quería comunicarme, que no reparaba en mi burla. Habitualmente mezclaba noticias con literatura. Un experto. Llevaba un minucioso registro de obras en las que se desarrollaban las más diversas utopías negativas: por supuesto que estaban *1984*, *Un mundo feliz*, *Fahrenheit 451*, *La naranja mecánica*, y además otras novelas o cuentos no tan conocidos, como por ejemplo *Nosotros*, *Mesías*, *Kalki*, *Hijos de hombre*; películas como *Gattaca*... Y sostenía Riki que la realidad era consecuencia del arte, en especial

de la literatura. Que en algún extraño recoveco de la metrópolis capitalista se leía, estudiaba y adaptaba lo más representativo o útil de esas utopías negativas para ponerlas al servicio de un nuevo e impersonal Gran Hermano.

Me cuesta aceptarlo.

-No me creés. ¿No lograrás verlo? Está bien, te doy un solo ejemplo: las manos de Perón. Te acordás que entraron a la bóveda y le serrucharon las dos manos, que nunca aparecieron. Decían que el Viejo tenía en un anillo el número de una cuenta en Suiza y cosas por el estilo. Boludeces. Nada que ver. En realidad eso lo ideó un lector de Marechal. Alguien que al menos leyó *Megafón o la guerra*. Y si no andás mal de la memoria –atacó mientras buscaba el libro en la biblioteca- recordarás que en el peronismo de los setenta, en ambas facciones, tanto la derecha sindical como la izquierda montonera, se recomendaba, se leía, se comentaba y valoraba a Leopoldo Marechal. Dos más dos. Huevo Duro.

Acá está: “Tres días más tarde un hecho insólito conmovió a la ciudad: en los lagos de Golf un cisne de cuello renegrado, al pescar bajo el agua, emergió al fin trayendo en el pico una mano de hombre... estudiada la mano trunca en Dactiloscopia, sus huellas resultaron corresponder a las de un hombre llamado Megafón...” Y qué decir de este detalle: “Pero lo que más lo intrigaba era la pulcritud con que la mano fuera separada en su articulación con la muñeca, obra que sugería el arte de un profesional, cirujano, estudiante de medicina o carnicero.”

Según mi amigo la humanidad involucionaba. Y día a día me acercaba nuevos ejemplos que, según él, demostraban su teoría. Desde situaciones

con vecinos de su casa hasta decisiones del Vaticano. Todo estaba imbuido de un claro y vertiginoso proceso de empelotudamiento. Ante mis dudas o explicaciones distintas de la suya me acusaba, siguiendo la clasificación de Eco, de integrado. Él por supuesto, y con gran honor, se consideraba un apocalíptico.

“Cuando negás las conspiraciones de las que te hablo, que palpo y veo a cada instante, me hacés acordar al amigo de Truman, el de la película, con sus latas de cerveza en la mano, mostrando a la cámara el lado de la marca y repitiendo con fingidas lágrimas en los ojos lo que el Director le sopla por el auricular oculto”.

A veces se ponía más simpático y tierno. Especialmente cuando tenía un encuentro amoroso. Recordábamos que Vargas Llosa había dicho que se hace mejor el amor cuando se ha leído a Garcilaso. En lugar de “hoy me como un bombón” o alguna guarangada, él decía: “Disculpáme –se ponía de pie para retirarse-, me voy a repasar Las Églogas...” Y se alejaba recitando entre las mesas del bar (yo pagaba el café): “El dulce lamentar de dos pastores, Salicio juntamente y Nemoroso, he de cantar, sus quejas imitando...”

Él fue el inventor del Boludómetro, una especie de termómetro que obviamente medía la boludez. En grados Böl, con diéresis, pronunciado a la alemana para que sonara más científico. En alguna reunión alguien decía una pavada y él me miraba y afirmaba, 3º Böl. También usaba las siglas HD, por huevo duro. Un razonamiento HD, una respuesta HD, no son ya una boludez, medible en grados Böl, sino una obviedad, un pensamiento fácil. Huevo Duro

(HD) tiene su origen en otra de las manías de mi amigo, el pensamiento lateral, los acertijos y las adivinanzas.

-En un hoyo de 30 cm. por 30 cm. por 30 cm. ¿cuánta arena hay?

-¿?

- No hay arena, boludo, si es un hoyo.

Huevo Duro, entonces, era la respuesta a un acertijo muy estúpido, similar al que pregunta finalmente “¿dónde entierran a los sobrevivientes?” o “los patos no ponen huevos, las patas ponen”. Si escuchábamos algún sesudo análisis radial o si había encontrado un sesudo análisis en el periódico o en el noticiero de la tele, me lo señalaba diciendo: el anillo. Redondo redondo barril sin fondo, es quizá la adivinanza más conocida. Huevo Duro.

Estar con Riki enfrente, rodeados de muchas personas, era una experiencia complicada. No dejaba pasar una. A la menor gansada me miraba y con cara absoluta de póker me decía: H.D. Simplemente eso para crucificar al que había cometido un desliz intelectual. En una ocasión a un ingeniero “amigo”, sabelotodo y verborrágico, con explicaciones para la velocidad de la luz y la moral en Galicia, le sugirió el consumo de ABplus (AB+). Un supuesto remedio que él había inventado para casos de pelotudez extrema: el antiboludol plus, o antiboludol con rayas rojas. El tipo tomó nota y yo traté de hacer yoga o convertirme en arácnido pero apenas si pude mezclar la explosión de risa con un supuesto y muy mal actuado estornudo.

Su padre había muerto de cirrosis. Lo encontraron en su pieza de pensión (la esposa lo había echado de la casa). Riki fue el encargado, aunque

adolescente, de todo el tramiterío: la obra social, el cajón, la funeraria, el cementerio. Recuerdo que al día siguiente, bien temprano, cuando fui a saludarlo con otros compañeros de la escuela, apareció con tres ejemplares del diario. “Todos están con la lágrima –señaló a su madre y su hermana con la cabeza- pero hay que llevar el recorte para que te justifiquen el día en el trabajo.” No sé si habrá algo de herencia, algo genético, pero de lo que estoy seguro es de que Riki se derrumbó cuando su novia embarazada decidió por su cuenta abortar. Tendrían veinte años y al enterarse decidieron afrontar la situación, irse a vivir juntos y tener al bebé. Pero ella, seguramente por presión de sus padres (profesionales muy conocidos de la ciudad), abortó sin decirle nada. Cuando Riki se enteró, algo se quebró dentro de él y lo marcó para siempre. No fue un dolor que superara. Lo acompañaría hasta el final. Y fue más o menos por aquella época que empezó con la bebida y la autodestrucción. Se hacía golpear. Perdía completamente el conocimiento. Una vez apareció tirado en medio de la rotonda de 122 y 60, casi un pastizal intransitado, completamente borracho, se había meado encima y le faltaba un zapato. A menudo, en sus peores épocas, habiendo pasado la noche en bares hasta estar hecho una cuba, se sentaba en algún bolichito donde los obreros tomaban la copita o café de madrugada antes de entrar a trabajar, y comenzaba a insultarlos y a buscar pelea hasta que alguno ya harto y con pocas pulgas le daba una tunda hasta abandonarlo casi muerto, sangrante y delirando, pateado como perro. En muchos lugares tenía la entrada prohibida y hacía un escándalo en la puerta, con el mismo resultado de patadas y palazos en el lomo. Cuando estaba en el fondo del pozo no me visitaba, se ocultaba. Yo era el único ante quien tenía

vergüenza. Por eso venía a casa bañado, acicalado e hinchapelota como en sus mejores épocas. En plan de recuperación. Un converso.

Su militancia política siempre fue incorrecta. Adhería a los más débiles porque en los períodos violentos eran los que habitualmente la ligaban. Cuando estudiaba periodismo, todos eran previsiblemente de izquierda. De cualquier izquierda, desde la revolucionaria que saltaba a la acción directa hasta la diletante que se diluía en discusiones sobre cuántos mujiks caben en la cabeza de un alfiler zarista. Allí Riki defendía un nacionalismo medio fascistoide. Algo francamente impresentable e irritante para una época de efervescencia. La tradición heleno cristiana, la Edad Media, la España de la Reconquista, Rosas... Estuvo en medio de todos los cachetazos. Era el punchinball previsible. Y luego, durante el Proceso, el tipo se lanzó a la defensa de la guerrilla, el maoísmo, el Che, etc. Lo chuparon, lo torturaron y todavía no sé cómo lo soltaron. Ni siquiera eso fue para él llegar al fondo; tal la naturaleza de una gigantesca piedra negra que se acarrea en el alma. Insistió con su ultraizquierdismo hasta cansarse de esperar más sufrimientos. Y allí fue que se lanzó de lleno al alcohol. De la forma en que solamente un hijo desquiciado de irlandeses puede hacerlo. De la mañana a la noche. Vino, ginebra, whisky si tenía. Alcohol éflico, perfume. Y fumar y fumar. Un tío suyo, hermano de la madre, nativo de la zona más pobre de Dublín, se había dejado morir, por esa época, de la siguiente manera: se sentó en la habitación contigua a la de Riki frente a una mesa y dijo “Decidí que me voy a morir”. Nadie le prestó atención. Pasó dos semanas allí, sin moverse, sin beber ni agua, sin comer absolutamente nada y mirando la nada, hasta que cumplió con su

palabra. Una mañana lo encontró su sobrino con la cabeza caída hacia atrás sobre el respaldo de la silla de madera y paja, como mirando al techo, con los ojos abiertos que Riki le cerró. Yo creo que mi amigo decidió hacer lo mismo pero en movimiento.

Un día sin embargo algo le hizo clic en la cabeza. ¿Por causa de la edad o del asco, algún dolor físico que le dio miedo? No lo sé. Tal vez una razón más profunda que nunca me contó. La cuestión, que empezó a reaparecer por casa. Limpio, sobrio, “está más atractivo” decía Marigé. Había dejado de beber pero le quedaba el cigarrillo todavía adherido a los labios. “Un enemigo por vez”, me dijo al respecto. Retomó sus estudios universitarios más como cínico observador sociológico que como aplicado aprendiz de periodismo, y consiguió más trabajo, muchísimo, en diarios y revistas. La compulsión entonces se le disparó completamente por el lado de los acertijos, enigmas, crucigramas, rebus, palíndromos, adivinanzas, pensamiento lateral... Si le preguntaba acerca de su viejo vicio y cómo iba llevando la cura, “la ruta natural” me respondía. Y así todo el tiempo.

Afortunadamente Riki había regresado de sí mismo.

Su camino a la salud significaba empero mi convalecencia. Estaba completamente desprotegido, a pesar de lo que dijera, y necesitado del afecto que solamente un amigo long play (desde los doce años) podía darle. Por eso lo invitábamos a comer casi todas las noches, para tenerlo bajo vigilancia. No quería yo que se me despistara otra vez. Traerlo a casa significaba que no bebiera y apenas fumara: Y si por alguna razón no aparecía lo iba a buscar o lo llamaba.



Pressing, cuidado intensivo o como quieran llamarlo. Todo esto significaba trasnochadas. Marigé nos dejaba solos en el comedor, después del café, se iba a dormir y nosotros nos quedábamos charlando o escuchando música o jodiéndonos mutuamente con juegos intelectuales. Pero al otro día yo debía ir a trabajar, temprano, muy temprano. De manera que tuve que recurrir nuevamente a mi tía Porota y enfermarla. Una fuerte recaída.

Empecemos por la hepatitis b. Hace unos cuantos años tuve esa enfermedad. Me postró durante noventa y dos días. La bilirrubina subía, bajaba para volver a subir a cada análisis. Mucho menos simpática que la de la canción de Juan Luis Guerra. Finalmente el tiempo corrió y el virus murió o se fue. De aquello solo conservé unos kilos de más y los papeles de los sucesivos estudios que me realizaron. Ocho años después, yo estaba trabajando como loco en otros colegios, de la mañana a la noche, literalmente, en los tres turnos. Y mientras tanto trataba de terminar, de redondear mi segunda novela. Me faltaba *solamente* armar el rompecabezas de los capítulos, su orden y escribir el capítulo final. Pero mi cabeza y mi sistema nervioso no daban abasto para un promedio de doce horas de clases diarias de Lengua, un poco en la Universidad y mucho en escuelas medias, por un lado, y la creación literaria, por el otro. Tenía pesadillas. Los personajes se me aparecían en el duermevela de la madrugada y sobresaltado anotaba una idea genial que con la luz del día resultaba ser una estupidez. La comida siempre me caía mal. Y por supuesto estaba de muy mal humor. Los domingos a la tardecita, cuando ya se verifica que el fin de semana ha sido insuficiente e inútil, con la pila de papeles ante mí, empecé a revisar apuntes y

buscar otras anotaciones perdidas que supuestamente estaban en mi escritorio, finalmente las hallé en el cajoncito de la mesa de luz, ocultas milagrosamente bajo las hojas impresas de mis análisis. Y se hizo la luz, no la de la novela sino la de cómo conseguir tiempo para terminarla. El lunes a la mañana llamé al colegio diciendo que me sentía mal, luego enviaron al médico supervisor. Un morocho (del que recuerdo especialmente sus zapatos de dos colores como los que usaba Perón), se presentó en casa a media mañana. Frío y distante, mirando su planilla, preguntó “qué le anda pasando”. Respondí, no sé, estoy muy flojo, hice pis oscuro, me hicieron estos análisis pero mi médico todavía no los vio, y le estiré los papeles (había arrancado la primera hoja donde estaba la fecha). Los recogió, le pegó una mirada rápida. Sus ojos se despertaron, dio un paso atrás y perdiendo ya su distancia profesional “Macho, tenés una hepatitis de la gran puta” dijo. Llenó velozmente unos papeles y me dio treinta sabrosos días de licencia. Apenas se fue, me senté a escribir y durante aquel mes logré no solo terminar la novela que me torturaba sino armar el esquema de la siguiente. Además cociné para mi mujer, lavé los platos, limpié el baño, hice pan y llamé a mi mamá por teléfono unas cuantas veces y soporté estoicamente su cuitas y quejas. Como ya era imposible repetir la mentira hepática para futuros finales de novela, tuve que inventar a mi tía Porota y al doctor Gerardo Zamorán. Ser escritor es mentir.

    Mi supuesta tía Porota (me encantó lo del seudónimo porque le da más identidad) es hermana de mi difunto padre. Es gorda, simpatiquísima, muy mal hablada. Cuando yo era un niño me sentó sobre sus faldas, delante de toda la familia e invitados, y me hizo enumerar todas las malas palabras que no hay que

decir. Y yo, con cara de recitador, lo hice. A lo largo de los años fui definiendo cada vez más no solo el personaje sino toda su historia, especialmente su historia clínica. La tía está a mi cargo, vive conmigo pero a menudo viaja a Paraguay a visitar a sus cuñados. Cuando las papas queman, la alejo. Tiene diabetes, es muy golosa, dicharachera, casi nunca habla en serio. “¿Querés participar en un concurso? ¿Qué concurso? Llevar un sorete a pulso.” La engripo una vez al año, a veces para escribir, otras muchas para reponerme de mis depresiones o para estar con Marigé cuando sufre por la historia de sus padres o por una mala noche acompañando a Riki en sus recaídas y resurgimientos eufóricos. Es mucho más digno que enfermar como excusa a la madre o a un hermano. Sería de mal gusto. Pero con Porota cuál es el problema. Porota no existe. Ni siquiera su médico es real. Gerardo Zamorán (tengo el sello, me lo hice hacer con número de matrícula inclusive) nació en un pueblo de la Provincia de Buenos Aires. Cuando lo menciono nunca falta alguien que lo conoce. Ya es casi una leyenda urbana. Es un clínico, de los de antes, y también hace acupuntura. Participa en congresos internacionales y se sabe todo, pero todo, de punta a punta, el *Martín Fierro*. Yo recomiendo los ejercicios y dietas que él me indica. Por ejemplo los ejercicios para el cuello: sí, no, a mí que me importa y la vuelta al mundo. Tres veces por día, es mejor bajo la ducha, hacer esos movimientos con la cabeza y adiós tortícolis, contracturas y hasta migrañas. Caminata intensa, treinta minutos diarios; incluido el cálculo de masa corporal y frecuencia ideal aeróbica (todo bajado obviamente de Internet) con que dejo boquiabiertos a los más pintados. Me piden la dirección de Zamorán y les doy un teléfono móvil que uso

exclusivamente para el caso. Suena, hago voz de mujer –la secretaria, Mabel, un poco antipática- y me entretengo en darle un turno imposible o llegado el caso le invento un viaje a Japón o a Santiago del Estero. Es un juego fabuloso. Y me excito cuando suena, rara vez, el celular del doctor. El cerebro se me activa e invento. Es como escribir. Narración oral. Zamorán es solterón y en cierta ocasión -mi tía era una viuda joven- parece que tuvieron algún romance o al menos una atracción nunca resuelta: Porota atada por el respeto al marido muerto, y él a la imposibilidad profesional de vincularse sentimentalmente con una paciente. Aunque, como en *Lo que queda del día*, todos los espectadores suspirábamos por que se concretara. Otro ingrediente es el de la letra: los certificados truchos están escritos con punta muy fina y una letra redonda, legible, escolar. Realmente tiene personalidad. Yo los cito a ambos en mis clases, conversaciones o charlas para otros docentes. Como dice mi tía Porota... o me lo aconsejó el Doctor Zamorán. Hay quienes ya creen haberlos visto. Incluso recomiendan al médico que tan acertado estuvo en el diagnóstico y rápida curación de algún vecino o pariente. Qué lástima que ninguno de los dos se animara a dar el paso y confesar su amor, me dijo la madre de un alumno, mientras otra, que estaba a su lado, agregaba con cierta pena que todavía estaban a tiempo, “no son tan grandes, Porota cumplió 66 y el Doctor tiene dos años menos, no ¿cierto? Sí. Una oportunidad para el amor (suspiro apenas retenido). Es lo que mueve el mundo...” Y a menudo se combinan las historias de mis dos personajes con los seres reales de las telenovelas o las películas, en una intertextualidad claramente literaria.

En una ocasión, era el cumpleaños de un primo que veo muy esporádicamente, le agregué un detalle a los hábitos de Zamorán (lo hago a menudo como ejercicio creativo y descanso intelectual para evitar hablar de fútbol o tele o enfermedades). El doctor es aficionado a las herramientas, dije, se hizo él mismo un tablero, que está colgado en el garaje de su casa, y tiene dibujado el contorno de cada una de ellas para reconocer el lugar correspondiente, la tenaza, la pico de loro... Sí, me interrumpió mi interlocutor, y seguramente las tiene pintadas. Mi abuelo Franco hacía lo mismo, el martillo tenía el mango amarillo y la masa metálica de azul, pero no porque fuera de Boca, no, era de Independiente. Y los destornilladores ordenados de menor a mayor y clasificados, de pala lisa, en cruz, etc. La cuñada de mi primo agregó que tenía (y se mezcló el recuerdo de un tío con el doctor) los tornillos en latitas con una etiqueta, los clavos en otra, todo por tamaño y clase, para madera, con cabeza, tachuelas. Cuando necesitaba encontrar arandelas de determinado tamaño, volcaba el tarro sobre un diario, sacaba lo que iba a usar y después, para guardar el resto, hacía una especie de tubo con el diario y tiraba todas de una vez en el tacho. Genial. De ahí en más cada uno de los participantes agregará todos estos datos y precisiones a las costumbres del médico.

En estas circunstancias, con algunos familiares y con semidesconocidos, es agradablemente riesgoso mantener estas charlas porque hablar del médico era casi casi abrir la puerta para hablar de mi tía Porota. Obviamente mi primo sabía que no había tal. De manera que mi juego consiste en esquivar y derivar hacia otros horizontes. A veces basta con que omita la palabra

tía y otras tengo que enredar mi relato con gigantescas confusiones. El corazón se me agita de placer. Por lo general, las personas quieren creer y suspenden la incredulidad, igual que frente a la pantalla o las elecciones presidenciales.

Marigé es un poco temerosa, para esto, pero no me traiciona, a veces me sorprende con una acotación complicada de la que tengo que salir usando toda la habilidad. Pero turro como Riki no hay. Es capaz de decir que Porota tuvo de amante a un astronauta ruso, que la engañó con una actriz del circo de Moscú y ella, la tía, despechada lo envenenó con Polonio 210. Y ahí voy yo a tapar el agujero.

Porota tuvo entonces una recaída (consecuencia de la combinación de diabetes y glotonería), tuve que acompañarla, debería decir arrastrarla, al médico. Luego encargarme de que tomara los remedios e hiciera dieta, ir con ella a caminar durante media hora.

-¿No sería más fácil decir que tenés que ayudar a tu mejor amigo?

-Punto uno: no hay justificación de falta por asistencia a amigo; dos: debería exagerar, lo cual, mi amor, también es mentir. Y tres, last but not least, es más divertido.

(Fue un error de mi parte la cita en inglés porque Marigé es profundamente yankofóbica. Cuando me está ganando una discusión uso ese procedimiento para hacerla enojar y dar por terminada la pelea, the quarrel. No es una postura intelectual la suya sino que tiene profundas raíces con su historia familiar.)

Riki entonces viene de visita a diario. Le gusta estar con nosotros y nosotros no queremos descuidarlo en su recuperación. Mi esposa se va a dormir a una hora prudente y mi amigo y yo seguimos diletando hasta muy tarde. En algunas ocasiones fui a trabajar sin dormir, acentuando sin quererlo mi papel de pobre y buen sobrino que cumple con el precepto de atender a los enfermos.

Trae estadísticas, me cuenta sus últimas experiencias, lee fragmentos de algo que está escribiendo. Todo relacionado con su idea de la involución. Tiene una interesante y ridícula teoría que dice haber leído en un libro (¿?) de un filósofo o matemático español: la inteligencia es una energía constante, siempre es la misma cantidad. De forma tal, dice Riki, que cuando había en el planeta 100.000 personas le tocaba en promedio a cada uno  $x$  sobre cien mil. Ahora hay que dividir  $x$  por seis mil millones. La denomina teoría de Windar, o windarismo, o sea darwinismo al revés (mejor dicho, al vesre). El hombre de hoy es el padre del mono del año 3000. Y a partir de esta involución de las especies explica desde los accidentes de tránsito hasta la amoralidad, pasando por la suciedad, habernos convertido en un mundo de viejos, la contaminación del planeta y el poco gusto de la sal. En general parece delirio, en particular llama la atención.

Hay cada vez más tullidos: muchachos sin un brazo, rengos, tuertos, la sordera avanza a paso rápido y aunque lo sabemos y conocemos las causas no parece importarnos. Gente que hace pis en cuanto le viene la gana, como los animalitos, contra un árbol al mediodía, en cualquier esquina, apoyado en la pared

de un negocio antes de entrar a comprar un par de medias. Han vuelto enfermedades producto de la suciedad o el descuido por no lavarse las manos o sentarse en una vereda. El sexo de apuro en un banco o de parados, prácticamente sin más placer que eyacular. Riki no califica sus ejemplos como descuidos o groserías sino como retroceso de la especie.

-Te estás poniendo viejo, eso pasó siempre, después crecen, son adolescentes.

-No. No pasa sólo con los jóvenes. Es un clima general de regresión. Ayer conté en una hora y media, doce adultos (8 hombres) chupándose el dedo. Uno iba en bicicleta, otros manejando y alguno a la vez hablaba por teléfono. Cada vez es más complicado hacer un trámite porque los empleados se tildan, se cuelgan, se duermen, se confunden operaciones muy simples. Nadie sabe sumar sin calculadora. Vi, ya sé que no me lo vas a creer, vi en pleno centro a dos muchachotes de veintipico jugando a la bolita en la vereda.

-Dejáte de joder.

-Creció increíblemente la tasa de accidentes domésticos estúpidos: gente que se electrocuta por abrir la heladera con los pies mojados, se intoxica con gas porque dejó mal apagada una hornalla, enfermos por comer las verduras sin lavar... ¡y los muertos en accidentes de tránsito! Aparte, observá que todos somos cada vez más caprichosos, compulsivos, demandantes, carenciados afectivos. Somos como niños pero no por nuestra inocencia sino por inmadurez. La



humanidad está ida. Me hace acordar a la novela de Ballard *Un mundo sumergido*.

-¡Qué buena novela!

-Sí. Me hace acordar a la involución hacia lo reptílico que tienen los personajes a causa de vivir casi en el agua.

-Ballard es genial. ¿Leíste *La isla de cemento*?

-No estoy hablando de literatura. Hoy no quiero hablar de literatura. Sino de la involución de las especies. Del Mundo Idiota... tal vez escriba un ensayo con ese título.

Lo había acusado yo de setentista y él me retrucaba que a mucha honra y que mi generación literaria podría calificarse de narcisista (estamos todo el tiempo escribiendo sobre el escribir), cuando apareció bruscamente Marigé. Eran aproximadamente las tres de la mañana, y apenas la vi supe que algo andaba mal. Riki nos saludó y rápidamente se fue.

Marigé, apócope de María Genoveva, mi esposa desde hace unos cuantos años, desde la época en que yo daba clases en Humanidades. Más de veinte años. Estaba demudada, parecía más delgada aún, más frágil; ella, que es un roble, que puede mantener la calma en situaciones desesperantes, que tiene el estómago firme y los nervios bien templados, parecía un gatito huérfano, temblequeante, austadizo del mínimo crujido de las hojas. Las pesadillas habían regresado. La pesadilla, en realidad, porque era siempre la misma, recurrente. La

descripción es simple: está Marigé sola, abandonada, en la selva. No hay bestias, ni ruidos de ninguna índole. Es como una película sin volumen. Una selva (oscura y áspera y fuerte, recuerdo a Dante) donde solamente se ve y se toca lo que está rozándole la cara. Y empieza a correr y la vegetación la golpea y parece maniatarla. La descripción no es nada al lado del tono de voz, del hundimiento de los ojos fijos de mi mujer al contarla. Y yo sé ya cómo es porque le ha venido ocurriendo desde hace bastante tiempo, solamente se me ocurre abrazarla con todas mis fuerzas, casi paralizándola como hacía con mi hermano menor cuando me obligaban a llevarlo a dormir la siesta. Abrazarla como para que no salga corriendo de nuevo su mente hacia la maldita selva. Y le beso las mejillas sudadas y los ojos más hundidos y el pelo que se endurece. Es todo temblor mínimo y no sé qué más hacer. Poco a poco, muy poco a poco, va remitiendo el pánico. Hago dos té y nos sentamos mudos, pegaditos, de la mano, en el sillón del estudio. Se hacen las cinco de la mañana, más o menos, los dos nos doblamos de sueño. Vamos hasta la cama revuelta, acomodo un poco las sábanas y nos acostamos abrazados nuevamente pero ella está más calma, enervada, y de golpe podemos dormir.

Cuando despierto a media mañana, ella respira plácidamente. Mis recuerdos me llevan a la Facultad (es solo memoria, no viaje en el tiempo). Aquellos días alegres de la vuelta a la democracia. Con la calma de los que fueron corridos por perros rabiosos pero alcanzaron a saltar la cerca. Los perros ladran del otro lado, uno ya está a salvo, aunque a veces se tiran contra las puertas y parece que las van a tumbar. Te vi, podría decir como Fito Páez, yo no buscaba a

nadie y te vi. Fue durante una de las primeras clases de Literatura Española del Siglo de Oro, yo era ayudante de cátedra y me tocaba dar las jarchas. Estaba copiando unos versos en el pizarrón

Vayse meu corachón de mib  
ya Rab, ¿si se me tornarád?  
¡Tan mal meu doler li-l-habib!  
Enfermo yed, ¿Cuándo sanarád?

y al darme vuelta, justo por el medio del pasillo, entrabas tímidamente, pidiendo disculpas por llegar tarde; la razón era que habías pedido un cambio de comisión por cuestiones de horario (después me explicaste). Solo quedaba un asiento en la primera fila y allí tuviste que ir obligada. De ahí en más fue únicamente cuestión de trámites eróticos: todos esos aprestamientos, desplegar de plumas multicolores para hipnotizar o llamar la atención, y muchas conversaciones. Desde entonces hasta las pesadillas transcurrieron unos veinte años de simbiosis.

Fue fulminante, como en las telenovelas pero real. Caminábamos horas y horas de la mano. A mí me encantaron sus silencios, su inteligencia, sus ojos tristes, sus conocimientos de francés que le daban un toque levemente exótico entre tantos anglófilos, y claramente sexy. A ella le gustaban las comidas agridulces, y yo lo soy.

Vuelvo del recuerdo amable y te veo a punto de despertar. Los ojos se te abren lentos y a la vez la sonrisa.

### 3

María Genoveva nació en Guatemala, creemos que en 1964. No hay registro exacto de su cumpleaños. Edelmira, su madre, le había dicho que era el 2 de febrero, pero no estaba segura.

Mi esposa descubrió a los cuarenta años que su mamá no era su madre. Y que su difunto papá, que murió cuando ella tenía menos de tres, no era su padre. Con Edelmira Sarmiento vino a la Argentina tras un largo periplo de huidas. Por temor, su madre adoptiva la anotó acá como nativa, aproximadamente tres años después de su verdadero nacimiento. Se sacrificó por la niña trabajando todo el día limpiando casas, en duras tareas rurales o -hasta su muerte a los sesenta y dos años- en una fábrica ilegal de ropa en el Bajo de Flores. Las monjitas del Colegio Sainte Geneviève se hicieron cargo de la aplicada estudiante, que aprendió rápidamente el francés. Marigé egresó con honores y se decidió por Letras. Edelmira nunca aceptó que la ayudaran. Se veían solamente algunos fines de semana cuando su madre tenía franco y venía a La Plata a visitarla. La recuerdo callada y como asustada de todo pero alegre. Su boca amable chocaba con sus ojos huidizos. Algo cargada de espaldas. Me parecía –después entendí por qué- que siempre estaba a punto de abrirse, de gritar algún dolor profundo, pero se contenía. Pasaba constantemente sus manos por sus muslos, de ida y de vuelta, y rara vez miraba a los ojos. El trabajo duro de toda su vida se le notaba en la tensión del cuello, en las venas marcadas de sus piernas flacas.

Finalmente Marigé abandonó Letras (“total ya engancháste un novio”, la jodía yo) y comenzó a estudiar Trabajo Social. En apenas cuatro años se recibió, ya estábamos casados, y se dedicó a distintas investigaciones hasta arribar a uno de sus temas, a una de sus mayores preocupaciones (su origen es evidente): trabajadores ilegales, nuevas formas de esclavitud y explotación. Con el correr de los años participó de distintos congresos aquí y en países limítrofes. En uno de esos encuentros, otra participante, una mujer mayor se quedó paralizada al verla. Marigé estaba hablando con un grupo de franceses en un intermedio (la similitud entre las condiciones de vida de los inmigrantes ilegales en Europa y en la Argentina) cuando esta mujer se le acercó y le preguntó si era la hija de Denise Aubert. La mujer insistió y le contó que Denise y Jean Jacques habían sido amigos de ella, Isadora, habían luchado en la selva guatemalteca contra los ejércitos traidores y la CIA, que estos compañeros habían tenido una hija y luego se habían separado en dos grupos y ella les había perdido el rumbo.

Algo explotó en la cabeza de mi mujer. Denise, Jeanja le resonaban como una vieja melodía. Algunas imágenes dormidas comenzaron a flotarle entre la bruma. Diálogos en francés, a media voz, oídos en duermevela. Concluyó como pudo la jornada, tratando de mantener el equilibrio sobre una soga vibrante. Y horas después salió en busca de Edelmira. Tuvo que esperarla en la plaza frente al sórdido galpón que escondía un sótano donde treinta y pico de operarios cosían y cosían para abastecer en negro a grandes marcas. Muy entrada la noche, salió Edelmira, y apenas la vio sentada allí a su hija supo que dejaría de ser su madre.

Hubo reclamos y lágrimas, justificaciones y caricias. Desde la tensa crispación inicial hasta el final abrazo comprensivo y de agradecimiento. Poco sabía Edelmira de los padres biológicos. Durante los días violentos de principios de los sesenta en Guatemala había tenido una parejita de extranjeros vecinos, muy reservados y amables, que tenían una hija, Geneviève. Una tarde, a eso de las cuatro, la cuadra comenzó a llenarse de militares y civiles armados, móviles policiales y hasta una tanqueta, disparos y explosiones contra la casa contigua. Un infierno de ida y de vuelta porque desde el techo vecino respondían con ametralladora. Después de una media hora de enfrentamientos, Edelmira sintió que alguien la llamaba con grito ahogado desde el otro lado de la pared medianera. Salió al patio y dos manos sin rostro le pasaron una nenita aterrada, de alrededor de dos años. La escondió en la casa que parecía quebrarse por el bombardeo de al lado. Hubo un largo silencio, el olor era insoportable, gritos de mando y lo que supone fue la entrada de los soldados a la casa. Un par de tiros aislados –quizás de gracia- dieron fin a los ruidos. Edelmira no soltaba a la criatura y su esposo Alberto estaba paralizado. Poco horas después él moriría. Edelmira pasó unos pocos meses más en la ciudad, luego se fue secretamente a la casa de unos primos lejanos y de allí cruzó la frontera hacia el sur, siempre huyendo, pidiendo y trabajando de cualquier cosa para mantener a su hija. Al cabo de un año llegó a la Argentina y gracias a la ayuda de un paisano, logró anotarla como propia y recién nacida, un dos de febrero de 1967, dos o tres años después del nacimiento real, agregándole el María y castellanizando el Geneviève.

Todas las leyes de la física se trastornaron. La tierra dejó de ser un geoide y se convirtió para Marigé, María Genoveva, ex Geneviève, en un agujero negro donde todo es devorado, fundido, anulado o trasmutado. Las pesadillas de la selva que ya había tenido desde antes de saber de quién era realmente hija, recrudecieron. Si las primeras pudieron haber sido recuerdos de sus años de vida en campamentos que se deshacían casi a diario para trasladarse a otro refugio y no ser descubiertos por las tropas regulares, las posteriores pesadillas tenían más densidad y furia por basarse en el dolor. Y un dolor paralizante que inundaba todos los recovecos del cuerpo y todas sus potencias inmateriales. La envolvió un cristal gris que empañó todas sus acciones. Para curar o mitigar esos pesares era imprescindible saber. Marigé comenzó a poner todas sus energías en recobrar su identidad, en saber cómo habían sido sus padres. Si hablaban en francés con ella (de allí su facilidad e inclinación por esa cultura), qué hacían en Guatemala como guerrilleros o lo que fueran. Ella necesitaba hacer un paréntesis en su rutina laboral. Yo debía acompañarla, estar por su alrededor, dejarla sola pero encontrarme a su disposición, de manera que pedí una licencia sin goce de sueldo en el colegio (me pareció de mal gusto y poco práctico hacer más larga la convalecencia de mi tía Porota.)

Comencé una investigación paralela a la de mi esposa. Algo bastante simple, ubicarme en la Guatemala de mediados del siglo XX. Algunos libros y especialmente internet me dieron las primeras informaciones. Luego fui derivando hacia las dictaduras latinoamericanas, la presencia imperial de la CIA, los movimientos de insurgencia. Trataba de entender el contexto. Luego buscaría

a los dos protagonistas o quizás los hallara Marigé antes y pudiéramos armar el rompecabezas.

No podía contarle a todo el mundo que financiado por un narco (para peor, mi hermano) trataría de descubrir la historia de una pareja que se tiroteó con el ejército (los padres de mi esposa). Me imagino la cara de mi madre. ¡Y mis hermanastras las mellizas! De manera que tuve que recurrir a mis amadas mentiras y desplegar una sarta de invenciones fantásticas para no llamar la atención y especialmente para que no me molestaran con intromisiones. Armé un entretejido interesante y dije que habíamos recibido una beca de investigación para un proyecto en común. Como estaríamos los dos abogados full time, necesitaríamos absoluta calma y soledad (léase: ¡no molesten!). Mi madre y las mellizas podrían alardear frente a sus estúpidas amigas. Solamente Riki sabría la verdad pero sus visitas tendrían horarios acotados. Y a mi hermano menor (mi medio hermano para ser preciso) no le diría nada, tampoco, pero por otras razones. Ese fue el plan que esboqué. A Marigé le dije lo imprescindible porque no quería que interpretara que mi afán novelesco se sobreponía otra vez a la realidad. Simplemente yo tenía la intención de ayudarla. Estaba convencido de que para recuperar nuestra simbiosis era fundamental que ella recobrar su identidad.

El problema con los inspectores lo solucioné como en anteriores ocasiones. Mi hermano el narco me envía una mensualidad y debo blanquear ese dinero. Podría no trabajar y dedicarme exclusivamente a escribir pero desde hace unos años empezaron a acecharme inspectores que suponen que recibo altas



sumas del narcotráfico y hago operaciones a su orden (no sé si están interesados en la ley o en la coima). Por eso mantuve unas horas de clase y por eso también aporté como independiente (dicté algún curso, hago alguna traducción o invento alumnos particulares. Se supone que me pagan esas actividades o que me las pagan mejor, y yo deposito religiosamente mi diezmo al estado.) Estas persecuciones comenzaron cuando la suma que me enviaba Nano creció considerablemente: hubo que ayudar a mamá cuando perdió la casa por un mal negocio de su segundo esposo, pagar los estudios de mi hermano menor, ayudarlo a instalarse como joven arquitecto y acompañarlo en sus primeros proyectos. Luego la cadena no se pudo detener y mi hermano mayor tampoco quiso reducir la mensualidad a lo que yo considero algo más normal. Como prácticamente no podía comunicarme con él (hace unos cuantos años que no lo veo), manejaba mi “sueldo” a su antojo, me enviaba a menudo refuerzos, aguinaldos, premios y bonificaciones, y yo debía hacer malabares para justificarlos. Mi imaginación disfrutaba las mentiras especialmente cuando luego las puedo transformar en páginas de novela, pero últimamente me veía obligado a destinarlas solo a la supervivencia. Por otra parte, Alejandro no sabe que su hermano mayor está vivo. Él y las mellizas creen que Nano murió en un accidente de autos. Mi madre, que también sabe mentir, inventó esa desgracia porque no pudo afrontar la humillación de tener un hijo encerrado en la cárcel. Cuando Nano fue atrapado en Jujuy y luego condenado a prisión por diez años, ella decidió matar a su hijo mayor en un choque. Desde entonces yo también participo del mantenimiento del secreto. No sé cómo pero en algún momento tendré que hablar con Alejandro.

#### 4

El 27 de junio de 1954 renuncia a la presidencia de Guatemala el coronel Jacobo Arbenz. Había sido elegido por el voto popular en 1951. Es una situación bastante repetida en Latinoamérica durante el siglo xx: el gobernante de un pequeño país intenta solucionar algunos problemas básicos de la población, el hambre, el desempleo, las enfermedades curables, y para ello toca intereses de empresas norteamericanas. O, lo que es lo mismo, se opone soberanamente a una intromisión (como fue el caso de Colombia con el canal de Panamá). De inmediato se pone en marcha la maquinaria represiva y un títere termina bailoteando sobre el sillón de mando bajo unos hilos que llegan hasta Washington. La campaña publicitaria de desprestigio es también un recurso bastante repetido y que obedece casi siempre a los mismos patrones básicos: convertir al agredido en agresor, inventar un enemigo poderoso que quiere demoler la estatua de la Libertad neoyorkina cuando en realidad sólo se trata de un pueblo sumido en la esclavitud que desea un poco de civilización (una escuela, una sala de primeros auxilios, algo de tierra para trabajar.)

Ya Rubén Darío lo proclama en su Oda a Roosevelt a principios de siglo. Aunque crean que las estrellas son de ellos, la América española vibra y ama y sueña; es la hija del sol. Pero Teodoro Roosevelt did not care about poems y asegura, fuerte cazador, que EEUU será el gendarme del Caribe. Ese mismo

año, 1904, la infantería estadounidense desembarca en República Dominicana para sofocar un levantamiento armado opositor. En 1906 desembarcan en Cuba y designan un interventor, William Taft, que será presidente norteamericano y declarará en 1912: “No está distante el día en que tres estrellas y tres franjas en tres puntos equidistantes delimiten nuestro territorio: una en el Polo Norte, otra en el Canal de Panamá y la tercera en el Polo Sur. El hemisferio completo de hecho será nuestro en virtud de nuestra superioridad racial, como es ya nuestro moralmente.” Este punto de vista justifica la ocupación de Nicaragua en 1910, el desplazamiento de veinte mil soldados y ocho buques de guerra contra México para “proteger los intereses y la seguridad de ciudadanos norteamericanos en ese país” (1911), la ocupación de Haití en 1915 para “restaurar el orden” (el secretario de Estado William Jennings Bryan informa sobre la situación diciendo: “Imaginen esto: negros hablando francés”) y así siguiendo con la invasión de Honduras y distintas ocupaciones, bombardeos de protección, intervenciones para proteger. La historia es conocida y repetida, pero los datos precisos son muy reveladores.

Capitales europeos están interesados en la construcción de un canal interoceánico en América Central, de gran valor comercial y geopolítico. El parlamento de Colombia vota en contra de ese proyecto que afectará a su territorio, el Darién. Con la ayuda norteamericana se inventa una revolución, se independiza ese territorio creando un nuevo país, Panamá, que soberanamente decide aceptar la propuesta y se hace la obra que regentará EEUU (paga unos millones de dólares y se hace cargo además del control militar).

“Istmo de Panamá = Tío Sam me da pan”, diría Riki en anagrama revelador.

En Guatemala, como en otros países de la región, la Fruit Company tiene inmensas extensiones de tierra, en la mayoría de los casos improductivas, compradas a precio vil, cedidas bajo presión o a cambio de negociados.

Desde 1900, la empresa estadounidense United Fruit Company fue la mayor fuerza económica (y política) de Centroamérica. Las inversiones de esta compañía se extendieron al desarrollo de las vías férreas, la navegación y otras áreas de interés para su expansión. Entre los ciudadanos centroamericanos, la gigantesca compañía empezó a ser conocida como el ‘pulpo’. Las inversiones y el propio gobierno estadounidense se convirtieron en la fuerza dominante del istmo. En 1903, movido por su particular interés en la construcción del canal, Estados Unidos propició la independencia de Panamá, desmembrándolo del territorio colombiano. Estados Unidos ayudó a formar la Corte de Justicia de Centroamérica, pero su Ejército invadió Nicaragua y la ocupó de 1912 a 1933, con lo que minó la vigencia de la institución.

En condiciones de esclavitud trabajaban miles de aborígenes de países bananeros que no podían ni alimentarse de bananas. El maltrato, el despojo, hambre y enfermedades, corrupción y fortunas que vuelan hacia el extranjero y también hacia las cuentas de militares, políticos y periodistas cómplices, son un llamado insistente a la insubordinación. Cuando se les dan a los obreros guatemaltecos insignificantes mejoras en las plantaciones bananeras, el mismo

presidente Truman reacciona contra ello, “¿considerar personas a esos indios?”. Poco a poco, bajo la presión indudable que ejerce tanto sufrimiento, se van sucediendo rebeliones. Finalmente llega al poder, tras elecciones democráticas. Todo había comenzado cuando en 1944 revolucionarios de izquierda expulsaron a Jorge Ubico, dictador guatemalteco durante catorce años, amigo de EEUU y servidor de la United Fruit Company. Primero fueron el seguro social, la legislación laboral, programas de educación y salud, para llegar con el gobierno de Jacobo Arbenz a la reforma agraria en 1952. Jacobo Arbenz expropió las tierras baldías de la UFCO pagándoles como indemnización el valor que la propia empresa (para defraudar impuestos) había atribuido a sus tierras. Inmediatamente el presidente Eisenhower escupe fuego (aunque Arbenz imitara a Abraham Lincoln con leyes rurales semejantes a las norteamericanas de un siglo antes). El presidente de Guatemala repartió tierras a quinientos mil campesinos. La máquina del imperio se pone en funcionamiento y construye un enemigo acudiendo al mito movilizador de la época que no era el terrorismo sino el comunismo internacional. La CIA, el Departamento de Estado y la misma Compañía empiezan a tramar el operativo PB SUCCESS.

Walter Turnbull, representante de la United Fruit y de la CIA, le propone al distinguido matador de indios Miguel Ydígoras Fuentes (un general guatemalteco exiliado en San Salvador) prestarle el dinero para tomar el poder, destruir los sindicatos y restituir las tierras a la compañía. Al enterarse, unos cuantos exiliados (militares y civiles) corren a Washington a ofrecer sus servicios: José Luis Arenas, quien dice ser amigo de Nixon, asegura que destituirá a Arbenz

por doscientos mil dólares; el general Federico Ponce ofrece un supuesto ejército de diez mil hombres a cambio de un precio módico. Finalmente es elegido para la tarea el coronel Carlos Castillo Armas, que ha sido formado en Fort Leavenworth, Kansas, y posee tres excelentes condiciones: hombre barato, obediente y burro.

Se encargó personalmente de conducir la operación Éxito (PB Success) el director de la Central de Inteligencia Americana (CIA), Allen Foster Dulles. Básicamente consistiría en apoyar militarmente a Castillo Armas y organizar estrategias de propaganda y cabildeo a nivel internacional para estigmatizar a Guatemala como país comunista. En realidad, Arbenz era simplemente antinorteamericano, y la razón de su postura radicaba en una reacción contra la opresión, esclavitud y corrupción de las empresas de EEUU que operaban en territorio guatemalteco (y países vecinos). En su último discurso, el 27 de junio de 1954, decía:

“... la United Fruit Company, los monopolios norteamericanos, en connivencia con los círculos gobernantes de Norteamérica, son los responsables de lo que está ocurriendo. Todos sabemos cómo han bombardeado y ametrallado ciudades, inmolado mujeres, niños, ancianos y elementos civiles indefensos. ¿En nombre de qué hacen todas estas barbaridades? ¿cuál es su bandera? Todos la conocemos tan bien. Han tomado el pretexto del comunismo. La verdad es muy otra. La verdad hay que buscarla en los intereses financieros de la Compañía Frutera y en los de los otros monopolios norteamericanos que han invertido grandes capitales en América Latina...”

El plan de Allen Dulles, director de la CIA, fue aprobado por el Consejo de Seguridad Nacional en agosto de 1952 (se destinaron en un principio tres millones de dólares para la operación). El plan general de acción delineaba dos objetivos y seis etapas. Los objetivos eran: “remover en forma encubierta la amenaza del presente gobierno de Guatemala” e “instalar y sustentar, encubiertamente, un gobierno pro Estados Unidos”. Las etapas eran: “nombrar el personal, crear desacuerdo y deserción dentro del objetivo (desacreditar moralmente, presionar económicamente), crear antagonismo contra el régimen y acentuar la preparación paramilitar, iniciar una intensiva campaña de rumores que estimulen el miedo, luego un sabotaje agresivo contra objetivos claves del gobierno y finalmente la consolidación del régimen formando un nuevo gobierno con reconocimiento inmediato de la OEA y el ofrecimiento de ayuda desde los Estados Unidos” (el entrecomillado corresponde a fragmentos literales extraídos de documentos desclasificados de la CIA medio siglo después. CIA, SS-2003-00003, 924003, 29/10/1953).

## 5

Edelmira va casi arrastrando su bolsa de mandados rumbo a la casa. Es una mujer que parece mayor de lo que es. Esa espalda algo encorvada, ese gesto endurecido. Repentinamente el cielo se llena del ruido de los aviones. Son dos Mustang P-51 y un bombardero B-26 de la FAG (fuerza aérea guatemalteca),

excedentes de la Segunda Guerra Mundial. Ella desconoce las precisiones, su velocidad, alcance, procedencia. Pero todas sus fibras recuerdan el poder mortífero y lo ocurrido unos diez años antes cuando estaba viviendo en el noreste en el departamento de Zacapa.

El niño había quedado en la casa con su abuela, mientras ella y su esposo trabajaban en el campo, en las plantaciones de cacao. De golpe, como ahora sobre la ciudad, tronaron los aviones. Ella nunca los había visto ni oído antes. Eran unos monstruos. Bajaron hasta rozar los árboles y comenzaron a bombardear. Las plantaciones comenzaron a fundirse por el napalm y ellos dos apenas si tuvieron tiempo de correr y caer en el agua. Cuando se restablecieron y comenzaron a caminar entre la destrucción y algunos cadáveres, vieron a la distancia su casa desmoronada y humeante. Y antes de llegar hasta los restos supieron que la vieja y el niño (cuatro años, ojos negros, alma inquieta) estaban muertos. Su hijo, Marquitos, hecho un trozo de carbón.

Ahora, con el dolor que nunca desaparece rememorado al detalle por el ruido de los aviones, llega a la casa donde no descansa en una silla su esposo enfermo. De aquel entonces empezó a decaer. Siempre pálido, sin fuerzas, como ido. Ella mantuvo la firmeza aunque su corazón quedó roto también bajo el bombardeo. Su voluntad siempre se sobrepuso a su cuerpo.

Habían pasado escasamente dos horas cuando escuchó los gritos. Inmediatamente empezó un ir y venir de tiros que fue acentuándose hasta convertirse en infierno. Espió como pudo por una rendija de la ventana y vio que



los soldados apuntaban hacia ella. En realidad era hacia la casa vecina, la de la pareja de franceses. Unos treintañeros raros con una nenita rubiona de nombre extranjero. Hubo un fuerte intercambio de disparos, volvió a escuchar motores en el cielo. Alguien la llamaba desde el fondo de la casa. Tras la pared contigua se levantaron dos brazos con el bebé flameando y una voz ahogada que claramente suplicó. Lo recibió como del aire en sus manos temblorosas y entró en su propia casa. Mientras Edelmira cubría a la niña con su cuerpo y su esposo temblaba, la casa pareció levantarse del suelo. Al lado había explotado todo; se oían gritos de soldados y unos pocos disparos secos y sueltos.

Supo entonces Edelmira que el cielo había querido resarcirla de su pérdida. La niña rubia, Marigé, pasó a ser definitivamente su hija. Esta vez sí preservada del napalm y de los tiros. Corrió hacia el fondo del terreno y cruzó rasguñándose entre los setos hacia otra casa, luego dobló y repitió la huida hasta esconderse (esconderla) durante el resto del día. La niña la miraba con sus ojos vivos, como muda, atenta a sus gestos y caricias. Había caído el sol hacía bastante, la luna menguante estaba ya en el centro del cielo cuando rehizo su camino. La escondió entre unas plantas y le indicó que esperara en silencio. Geneviève estaba habituada a esos peligros y cautelas. Edelmira se arrastró entre los setos e ingresó en su territorio. Nada. Entró y prendió una luz tenue. Todo estaba revuelto. En un rincón, golpeado y muerto yacía su esposo. Seguramente habían estado buscando a la niña, su niña, y el pobre no soportó los golpes y sobre todo la tensión, el dolor hondo y los recuerdos de aquel otro terror. Ahora sí, Edelmira era definitivamente la madre sola con la cría recuperada. La madre que

huye para preservar la especie, el instinto, con las garras listas para defenderse. Corrió hacia ella, que obediente y acostumbrada, la esperaba en la espesura. Y de allí, por la ciudad militarizada con sus gritos, humos y matanzas, hasta la casa de unos primos que las cuidaron dos noches y luego, siempre escapando hacia el sur, hasta llegar a Jutiapa y de allí cruzar la frontera hasta Chalchuapá donde vivían unos parientes lejanos del difunto esposo. Y meses tras meses de favor o con duros trabajos esporádicos sobrevivir hasta llegar a Buenos Aires en busca de una paisana muy amiga y gentil que seguramente las ayudaría. Con el miedo pisándole la sombra fue Edelmira atravesando América latina, no quedaba otro país más al sur, más alejado de aquella fatalidad. Aquí o allá, un poco por lástima de una mujer sola con niña sola, y otro poco por la fuerza de aquella madre que creía haber recuperado su niño muerto en niña ajena, fue saliendo adelante, día a día. Sin más plan que sobrevivir. Por sugerencia y ayuda de una compañera de trabajo, anotó como recién nacida a la niña, casi con su verdadero nombre más el apellido de la supuesta madre. María Genoveva Sarmiento tenía aproximadamente tres años cuando nació, al menos según los nuevos papeles que la acreditaban como argentina, hija de Edelmira Sarmiento.

Luego vino el colegio francés donde las monjitas acogieron a la brillante alumna hija de una pobre mujer trabajadora y sola. Un cuadro perfecto para que ejercieran la bondad. Allí Marigé, como empezaron a decirle, estudió con pasión. Mientras tanto su madre se deslomaba en trabajos esclavos donde ahogaba sus miedos y tristezas con el furor de las jornadas interminables más doblada aún que de costumbre sobre telas y máquinas.

Hasta aquella tarde en que descubrió quién no era, Marigé amó a su madre. Luego vino la zozobra y el desconcierto y aquel amor se transformó en otro amor, un amor enorme hacia quien había armado su pobre vida en pos de defenderla y educarla, hacia quien había dejado todo atrás y lejos (hasta su mismo esposo) para protegerla y hacerla crecer. Todo era amor, aunque de un color distinto. Ahora la necesidad de saber, de descubrir su identidad original, nublaron su estructura cotidiana. Ella seguía estando allí, junto a sus seres queridos, pero el norte de la brújula se había trastornado por el extraño meteorito que le había caído repentinamente en la cabeza. Y entonces había que saber. Era imprescindible develar su pasado.

Los nombres de Jeanja y Denise le traían imágenes fuera de foco. Recordó una boca hablándole suavemente en francés, contándole algo como un cuento en medio del silencio de la noche. Las sombras bailaban una danza amable por la brisa. Recuperó la sensación placentera sobre su piel acariciada por las manos de ¿su madre? y del aire tibio que la envolvía. En su pequeña rodilla se apoyaba la mano de un hombre que dormía, seguramente su padre. Y eso fue todo por el momento.

Los recuerdos volvían en oleadas arrítmicas. Cuando quería forzarlos, cuando necesitaba desesperadamente poseerlos, no aparecían. Y en ocasiones imprevistas la asaltaban. Podía estar hablando con su esposo o intentando dormirse, podía estar revisando muy concentradamente unos datos que tal vez la llevarían a obtener más información sobre sus padres cuando intempestivamente

un olor la remitía con amable violencia a un pescado asándose junto a algún río mientras ella veía a Jeanja envuelto en nube de humo y tratando de apagar una brasa que empezaba a arder; y un entorno de aves y personas moviéndose aquí y más allá. A unos metros, Denise volvía la cabeza para vigilarla y le sonreía. Y la imagen repentinamente se deshacía como burbuja en el aire, dejándola conmocionada otra vez en su cama o en su escritorio ante los papeles que ya no le decían nada. En esas ocasiones perdía el control. A ella, que siempre había sido contenida, positiva y amable, le cambiaba el ritmo de respiración, los ojos se le metían más adentro, más en el centro y más rígidos, y todo su cuerpo adquiría tensión de arco que está por dispararse. Las palabras entonces salían cortando o se refugiaba en una mudez insoportable. Así fue como una noche, que estaba charlando yo con Riki, entró abruptamente en el comedor y sin más ni más arrojó sobre la mesa la medallita que tenía desde siempre colgada de su cuello. No dijo una palabra pero entendí que estaba harta de su búsqueda infructuosa que solamente le traía pesadillas de la selva y fragmentos muy rotos de remembranzas. A pesar de que sabía que no serviría de nada, fui tras ella y la abracé con fuerza. Había adelgazado en los últimos meses unos cuantos kilos pero era tal su tensión que me costó trabajo contenerla. Parecía querer huir, parecía que iba a saltar, a arrojarse contra todo. De golpe comenzó a llorar sobre mi hombro, la acompañé hasta la cama, se tendió y tras darme un beso e indicarme que estaba bien, que la dejara sola, se durmió.

Con la cabeza en cualquier otro lado me dirigí al comedor. Riki estaba mirando con detenimiento la medallita. Me preguntó si se la había regalado yo o

Edelmira. Le respondí que, hasta donde sabía, era lo único que había conservado desde la niñez.

-Cuando puedas preguntále si era de sus padres.

Riki me intrigó. Nos despedimos y antes de irme a dormir, recogí la pequeña medalla de oro, con una cadenita de eslabones muy pequeños y la observé con detenimiento. En el frente tenía las iniciales de mi esposa, detrás una leyenda en dos renglones, probablemente cita religiosa o literaria en francés. Entendí las palabras sueltas pero se me escapaba el sentido general. Algo referido al amor de los padres. Seguramente, pensé en ese momento, una frase de ocasión que le cuelgan los padres a sus hijos. O las monjas, o Edelmira. Al día siguiente, si mi esposa se encontraba mejor, trataría de averiguar algo.

No recordaba a partir de cuándo tenía esa medallita. Era lógico suponer que en algún fin de curso o festividad religiosa, las hermanas del Sainte Geneviève se la hubieran regalado. Pero eso no podría haber ocurrido mucho antes de los seis o siete años, y sin embargo Marigé se veía con el colgantito desde siempre. La leyenda en francés inhabilitaba a la pobre Edelmira como donante. Era impensable que no sabiendo esa lengua y además pretendiendo disimular el origen de “su” hija le comprara un recuerdo con una escritura en francés. Seguramente habría sospechado que la pondría en peligro. Pero entonces, ¿por qué no le escondió el adorno, si es que lo traía desde antes de que recibiera a la niña por encima de la pared? Quizás en un primer momento, en medio del miedo y el apuro, más las sucesivas huidas con Genoveva adherida al pecho, tal

vez todas esas situaciones vertiginosas le impidieran notar qué llevaba la niña. Y cuando se dio cuenta ya estaría más preocupada por otras cosas más urgentes. Es probable también que la pequeña aferrara entre sus dedos el adorno y llorara si alguien hubiera pretendido arrancárselo, como ocurre con una muñeca o con el chupete.

Hacia el fin de la mañana Riki me envió un mensaje: “Medalla es casi llamada.” Nos veríamos seguramente a la noche, y hasta entonces estaría yo devanándome los sesos con el afán de saber qué había descubierto el intrigante de mi amigo. El día fue pasando con lentitud, salvo por una llamada problemática de mi madre que había estado viendo por televisión un informe sobre el narcoterrorismo en la villa 1-11-14 donde ex guerrilleros de Sendero Luminoso, ahora jefes del cártel que provee de cocaína a toda la Capital, se mataban a tiros por ejercer el poder del grupo. “Qué vergüenza”, concluyó mamá. Yo, que veía para dónde se dirigiría el disparo, solo musité un “Y... sí...”

-Claro, vos como siempre lo defendés a ese (obviamente Nano, mi hermano). Vaya a saber si no anda metido en esto también. ¡Qué vergüenza, qué van a pensar mis amigas, qué va a decir Neni, la esposa del doctor López Roca!

El demonio de mi hermano escandalizaba a mi pobre madre católica y sus amigas de nariz levantada. El siguiente miércoles, día de té con masitas, todas pondrían su sonrisa amable de cartón, incluida mi madre, pero a sus espaldas le harían guiños burlones y críticos sobre las inhumanas actividades de los traficantes (como había sido el muerto hijo mayor de Caty).

Caty es Catalina, o Cata, pero ella se hace llamar Caty porque suena más paquete. Catalina o Cata son nombres de vieja. Y tanto mi madre como sus hijastras las mellizas, tienen un gran problema con la edad, el peso y las malas palabras.

La llamada telefónica duró media hora de monólogo airado. Habitualmente ponía mi cabeza en stand by y respondía de vez en cuando con un “ajá” o un “pero” o un “mirá vos”. Pero en esta ocasión me dejé llevar. La diatriba materna tenía menos entidad que mis dudas y preocupaciones en torno a mi esposa. De manera que le retruqué a mamá que todo eso era mentira, y que era hora de que aceptara la verdad. Sí, Nano había estado preso en el norte por narco, pero ella bien sabía cómo habían sido las cosas. Y que me parecía muy mal que siguiera después de tantos años fingiendo que su hijo mayor había muerto en un accidente para tapar ya sabemos qué. Como era habitual se ahogó y tuvo dos o tres preinfartos, le subió la presión a más de 22 y le vino seguramente un desmayo apocalíptico. Afortunadamente sobrevivió como de costumbre tras unos minutos de muerte cerebral.

A los diecisiete años, mi madre perfecta, correcta, catoliquísima, crítica de las malas costumbres, quedó embarazada de su novio (nuestro padre). Horror y tsunami. Habían tenido una ardiente adolescencia. Mi madre fue muy reprimida hasta que conoció a mi padre y se le volaron todas las chapas. Los vidrios estallaron, se rompieron las compuertas. Y así la casa de mis abuelos fue testigo de sexo desenfrenado en cuanto momento se podía. E incluso cuando no se podía,

recurrían a la escalera, al cuartito de lavado, ¡detrás de un cortinado!, en la terraza sobre cada habitación simulando estar debajo en la cocina, el living, el baño. Mi padre era un tipo divertido, tocaba la guitarra, animaba las reuniones, le daba serenatas para los cumpleaños, caía con un ramo gigante de flores en cualquier ocasión, se disfrazaba. Lo que se denomina un loco lindo, un Vadinho para una doña Flor. No conozco su lado oscuro, seguramente lo tendría; yo lo recuerdo sonriente y amigable, dispuesto a dejar de hacer algo importante para echarse en el piso a jugar con mi hermano y conmigo. Se amaban. Y cuando murió fue como separar la uña de la carne. Mi madre se desquició, retrocedió hasta sus dieciséis años (antes de conocerlo), la asaltó una religiosidad de lo aparente y se sumió en una larga depresión de la que salió solo a fuerza de voluntad. La fe la ayudó a incorporarse, se hizo de una dura coraza y fuera de ella todo parecía o pretendía ser perfección. Cuatro o cinco años después de la muerte de mi padre (habían convivido por más de quince años), se casó con Manuel, un viudo algo menor que ella, con dos hijas mellizas recién nacidas. Un buen hombre, antítesis de mi padre en muchos aspectos. Comerciante, estructurado, conservador. Mi madre lo conoció en el hospital cuando fue a saludar a una ex vecina del barrio de la infancia que había tenido mellizas. Tres días después del parto, murió. Catalina quedó muy afectada, se ofreció para cuidar los bebés ya que no tenían casi familia. Y poco a poco, previsiblemente, dos personas adultas abandonadas por la suerte se juntaron, se casaron con todas las de la ley y al año nació mi hermano menor, Alejandro.



La felicidad le duró unos pocos años. Mi hermano mayor cayó preso en Jujuy, hubo un escándalo en los diarios por las vinculaciones políticas de la droga con personajes poderosos de las provincias norteañas y del sur de Bolivia, y mi madre decidió que su hijo había muerto. Cuando Nano huyó de la cárcel en un motín armado con esa finalidad, mi madre lo hizo desaparecer en un accidente de autos. Cimentó la fábula en la desaparición de mi hermano que de allí en más, y, como ya conté, de manera muy críptica o de espionaje, solamente se comunicaba conmigo (hubo un largo tiempo en el que yo también creí que realmente estaba muerto).

Estábamos preparándonos para cenar. Mientras yo llevaba el bol con la súper ensalada dietética que había preparado Marigé (tomate, lechuga, arvejas, huevo duro picadito y unos palmitos), llegó Riki con dos pizzas (una de cantimpalo y la otra de roquefort). Adiós comida liviana, bienvenido el colesterol malo. Con el permiso de mi amigo, que dijo que no se sentiría ni tentado ni afectado, abrí un malbec. Él se consoló con un amargo de hierbas con un toque de limón, simulación de vermouth. La charla fue muy divertida. Riki seguía juntando datos para una novela o ensayo sobre la involución humana. Algunos realmente hilarantes, como la enumeración de sus Vecinos. Había descubierto un nuevo espécimen, la del séptimo hache, que se había mudado recientemente con su perrito caniche al que llevaba todas las tardes a tomar un helado. Según Riki (y le creo a pesar de las exageraciones porque vi situaciones similares), esta mujer joven, casi cuarentona, bajaba en el ascensor con el pichicho en brazos como bebé, hablándole disparatadamente: “Tal como te dije, hoy también te voy a

comprar un helado aunque bien sabés que no te lo merecés del todo. A ver si de ahora en más te comportás correctamente. Está claro, ¿no?” Riki no pudo resistir la tentación y la siguió hasta la heladería donde, según el delirante de mi amigo, la mujer le preguntaba al perro de qué gusto quería, para afirmar o negar con la cabeza con comentarios como “no, la frutilla a la crema te cae mal, mejor frutilla al agua y un poquito de dulce de leche light.”

Mientras mi esposa y yo nos atorábamos de la risa, Riki, con seriedad de analista profesional concluía: ¿Y... no me creen que vamos para atrás? Sacó del bolsillo unos papeles doblados prolijamente y los fue observando a modo de ayudamemoria o leyendo directamente:

#### MUNDO IDIOTA. DATOS MENORES MA NON TROPPO.

°La HPP (helado pal perro), según pasó a denominarla, se agregaba a una larga lista de Vecinos Involutivos. Otros casos memorables eran:

°CPCB o culipanzas con balde: un cincuentón panza de cerveza jubilado de la policía que por órdenes del comando superior (la esposa culona) baldea pasillo de propiedad horizontal y vereda tres veces al día con posterior secado, eso si no llueve porque en tal caso pasa el secador y luego el trapo cada vez que amaina el chaparrón. Se lo puede ver también baldeando las veredas vecinas y luego barrer la calle juntando las hojas en la esquina y procediendo luego a su quema ritual, apoyado en la escoba esperando la aprobación de la supervisora.

°El PODA. No es sigla, sino simplemente sinécdoque. El Poda es un viejo, ex militar, petiso y erguido, que se pasa los días manteniendo con formas antinaturales los árboles de su jardín y de la vereda. Hay un par de acacias podadas como cubos perfectos, con su tronco blanqueado con cal hasta el metro de altura. Obsesivamente tijeretea cada hoja que día a día osa escaparse de la rectitud. En el retiro de su casa hay tres falsos arrayanes: uno es un cono, otro una esfera y el tercero un prisma muy achatado. Una mañana, según cuenta Riki y certifica con fotografías, el cono apareció convertido, por manos anónimas (yo supongo que fue mi amigo), en un gigantesco falo al que por el apuro o por la perfección del bromista no le faltaban ni siquiera los pendejos (tal vez ramitas que no llegaron a podarse).

°Los PYP . Dos hermanos cuarentones que viven todo el tiempo en pijamas y pantuflas, se pasan la tarde sentados en la vereda en dos enormes sillas de estilo, hacen los mandados, van a comprar el diario más amarillo, todo con esa indumentaria celeste raída la una, marrón arratonado la otra, ambas con rayitas blancas.

°También están la vieja que se arrastra por el pasillo como perro; el que pone la basura en el cesto de la casa de enfrente; el falso ingeniero que lava su enorme auto (recordar a Freud) sobre la vereda escuchando el partido a todo volumen; el que practica flauta y desde hace cinco años repite exactamente los mismos ejercicios simples y desafinados; el saludador; el viejito solo que vive en un garaje y sale a lavarse los dientes escupiendo en el cordón. Tal vez entre este

contigente que Riki caracteriza detalladamente, merezca destacarse a El Loco Fantino, un joven que relata partidos de fútbol y hace todos los ruidos radiales correspondientes confundiendo a quienes no lo conocen.

Finalmente, Marigé divertida (como no la había visto en los últimos meses) y algo cansada se fue a dormir. Riki se puso de pie para retirarse tal como le había pedido que hiciera cuando tomé la licencia. Lo detuve porque quería que me aclarara su críptico mensaje sobre la medallita de mi mujer. Pero solamente me dijo que estaba estudiando la leyenda y que le parecía que en ella había alguna clase de mensaje que todavía no había podido descifrar. Y que lo confundía un error en la leyenda pero estaba analizando si no habría sido puesto adrede. Tomamos un café, lo dejé fumarse un cigarrillo (en casa no fumamos) y al rato ya estaba él en su departamento, supongo, y yo en mi cama con la copia de las anotaciones del Mundo Idiota.

Marigé dormía plácidamente pero yo no podía conciliar el sueño con el tema de la medallita. Como suele ocurrir en esas circunstancias el insomnio fue encadenando temas sin sentido: el helado para el perro me demoró un rato y tuve que contenerme porque empezaba a tentarme. Luego derivé hacia otras de las teorías rikias, hasta llegar a la que me entretuvo durante un par de horas, la Neodemocracia o Lotocracia. Según mi amigo ya es hora de superar el desgastado sistema electoral plagado de influencias mediáticas (“la tele letal”), publicidades con seres sonrientes, slogans de salchichas o dentífricos, botox, narices, dentaduras, implantes o alargues capilares, liposucciones y debates absurdos. Ni

la dictadura del proletariado, ni la teocracia, ni el gobierno de los ilustres. Nada de eso, lo mejor sería el sorteo. Prácticamente se suprimirían los fraudes, los votos de los muertos, el voto cadena, etc. Televisado por todos los canales en simultáneo se procedería a sacar de un enorme bolillero, la esfera con el número de documento del adulto ganador. Luego, con el mismo procedimiento se elegiría a los gobernadores, intendentes, diputados, senadores; tal vez para los ministros se podría armar un sorteo que tuviera en cuenta las habilidades o necesidades profesionales para cada área: por ejemplo, para ministro de educación se seleccionaría a un docente; un médico para salud; un ingeniero, un contador, un periodista para obras públicas, economía, prensa...

Cuando Riki lo formuló por primera vez (recuerdo que estábamos dando cuenta de una descomunal picada con salames y quesos varios), me pareció divertida la teoría pero absolutamente delirante. Pero luego de varios días fui encontrándole una coherencia que no tenía ya la Democracia formal. La Lotocracia carece absolutamente de discriminación de género, condición social, económica, de educación. Es completamente proporcional, si la mayoría está a favor de –pongamos por caso el aborto-, es más probable –matemática pura- que entre los elegidos para los distintos poderes se repita la misma proporción. Si el 70 % de la población está preocupada especialmente por el tema de la Inseguridad, se verá representada por un setenta por ciento de los electos por el maravilloso Azar. Alguien podrá preguntarse qué ocurre si el elegido para presidente es un inútil. ¿Es necesario responder, es imprescindible recordar las condiciones morales e intelectuales de algunos que fueron elegidos por las urnas?

Por otra parte, todas las ideologías, profesiones, gremios, entidades, religiones, corporaciones estarán representadas proporcionalmente. Y es altamente improbable que alguien se traicione a sí mismo porque no será necesario que para ascender al poder se disfrace de lo que no es. Además, al no haber listas sábanas que acumulan desconocidas amistades y tranzas de los poderosos, los parlamentos (nacionales, provinciales, municipales) serán, como ya queda dicho, democráticamente proporcionales a los gustos y convicciones de la población.

Se ahorra dinero. Se evitan las tediosas campañas, los molestos altoparlantes, los actos peligrosos y violentos. No se falsea un candidato, es lo que surge. O todos queremos estar más prolijos para la ocasión. No va en contra de la Constitución. No votan los muertos porque si alguien coloca la bolilla con el número de documento de su bisabuelo y sale elegido hay que resucitarlo para que se haga cargo, en cambio en la democracia formal, el muerto vota y elige a un tercero.

Finalmente me dormí. Tuve extraños sueños en los que veía a mi supuesta tía Porota perorando desde el balcón de la Casa de Gobierno mientras nadie la aclamaba en la Plaza. La gorda lucía una enorme medalla dorada, de diez centímetros de ancho sobre su pecho dilatado.

Me despertó un ruido que venía de la habitación contigua, era el runrún del caminador, y supe que Marigé ya estaba corriendo por la cinta de gimnasia. Era una buena señal. Seguramente había dormido bien y era probable que no la hubieran asaltado sus pesadillas recurrentes. Me quedé remoloneando un rato. La

cama doble también proporciona placeres en soledad, así que me puse en diagonal y me crucifiqué como una equis mientras recordaba otros Vecinos de Riki, a tientas encontré los apuntes en el piso debajo de mi mesa de luz:

°Dodepecho, es un cantante que pasa el día tratando de afinar sus cuerdas vocales con un afinador electrónico. Anda por todos lados con el diminuto aparatito y lo coloca pegado a sus labios tratando de lograr la aprobadora lucecita verde hasta para hacer los mandados. Camina con él. Saluda y su “buenos días, tardes, noches” son testeados por el aprendiz de Pavarotti. Riki supone que incluso verifica la correcta sonoridad de sus propios pedos y sus escasos orgasmos.

°Bicolor. A las seis de la mañana saca uno de sus autitos (dos fiat 147, uno azul, otro blanco)) entonando cantitos de tribuna. “Vamo vamo a ganar” y similares. Pintó el frente de su casa con los dos colores de su club, a veces sale envuelto en la bandera, sus hijos tienen los nombres de ex jugadores famosos; mantel, gorrito, escudo, salvapantallas con leyendas alusivas. El mundo bicolor. Es un prestigioso gerente de banco internacional y puede facilitarte o negarte un crédito según seas buena o mala persona (es decir, fanático de su club o de su archienemigo). Tenía un pequeño perro histérico al que vestía con un chalequito camiseta con número y sponsor. Terrible ladrador nocturno. Murió envenenado y se supone que un vecino rival, es decir que hubo cuestiones ideológicas de fondo, le tiró una albóndiga con sedantes para caballos. El pichicho no murió inmediatamente y se le ametralló el ladrido (le pegó mal la pepa, según Riki) y

estuvo exactamente cinco días con sus noches ladrando sin parar hasta que los mismos dueños lo sacrificaron.

La lectura y la risa terminaron abruptamente cuando Marigé, recién bañada y sonriente dejó el termo, mate y galletitas de su lado y se metió en la cama conmigo. Estaba hermosa. Daba gusto compartir la diagonal, la perpendicular y la horizontal de nuestro territorio. El amor de vacaciones se prolongó hasta el mediodía con la vehemencia y dulzura de las primeras veces. Lejos, muy lejos, de cualquier contacto rutinario. “No importa quiénes sean mis padres si estás conmigo”. Dijo. “Si así es fantástico me imagino cómo será cuando conozcas toda tu historia”. Me besó. Lloraba con una mezcla de felicidad y búsqueda, con unas lágrimas que se adelantaban al hallazgo. Y yo, que soy un flojo, también lloré. Entonces reincidimos, si no con la misma potencia física, con mayor amor y comunión.

Almorzamos liviano como de costumbre (mi amigo nunca venía a visitarnos al mediodía, por lo tanto no había tentación de sabrosa comida chatarra). Con serenidad charlamos. Solos, sin las urgencias del trabajo, nos pusimos al día. Y la sobremesa se extendió en los sillones. Marigé no estaba segura de nada con respecto a su pasado; incluso sospechaba que la historia que le había contado Edelmira no era verdadera. ¿Nacida en Guatemala, en la selva, hija de franceses guerrilleros? Sonaba a película. Quizás fuera, esbozó, hija de desaparecidos argentinos. Por qué no sospechar (hubo otros casos así) que había sido apropiada por algún militar que finalmente decidió entregarla/abandonarla en



manos de su mucama, mi suegra. Pero estaba Isadora, quien la había reconocido en el Cónclave de Organizaciones no gubernamentales por su parecido con una amiga. Y estaban también esos nombres que le resonaban, Jeanja (por Jean Jacques) y Denise Aubert. Le dije que me parecía lógico que ante un terremoto como el que había vivido, dudara de todo. Su substrato se había sacudido, se halló repentinamente ante una figura en el espejo que no era ella misma. Cómo convencerse de la verdad después de la mentira. Convendría, continué, que no pongamos en tela de juicio lo que parece ya incuestionable.

-Como en Edipo, todos saben algo o toda la verdad, menos yo- Hizo una pausa larga que no quise interrumpir-. Me arrojaron por encima de una pared para salvarme y caí en manos de una mujer buena que recuperó conmigo su maternidad.

Aceptamos como datos seguros, entonces, que sus padres eran franceses o francoparlantes (Isadora y Edelmira coincidían, como así también su nombre, la inscripción en la medallita y su facilidad para esa lengua que obviamente fue su primera lengua). Yo había estado indagando en la historia guatemalteca: en los años aproximados de su nacimiento hasta su huida, Guatemala estaba sacudida por gobiernos dictatoriales tutelados por EEUU, la CIA hacía sus experimentos, la insurgencia era numerosa en distintos lugares de las zonas rurales y también en la capital.

Le escribimos un mail a Isadora y al rato nos aportó unos pocos pero significativos datos más: no sabía demasiado con respecto al pasado de mis

suegros (qué extraño suena) salvo que eran efectivamente franceses, muy cultos, ella había sido enviada por el gobierno de su país con un cargo diplomático o algo así, y él estaba haciendo investigaciones literarias o sociológicas –no podía precisarlos- entre los aborígenes en el norte. Cuando los sorprendió el golpe contra el presidente Arbenz, fraguado por la Fruit Company en defensa de sus intereses económicos, ambos, por distintas razones fueron perseguidos hasta que se sumaron a la guerrilla, adonde también desembocó por otro camino Isadora. Se hicieron tan amigos como lo permitían las circunstancias. Denise cargó su embarazo sin flaquear y cuando Geneviève, hoy Marigé, nació, estaban acampando en una zona fronteriza, cerca de México, en el departamento de Quiché a orillas del río Lacandón viviendo con pobladores maya quichés. Recordaba a Jean Jacques como un hombre mediterráneo, de mediana altura y robusto, que se interesaba mucho en estar con los aborígenes y aprender su antigua lengua, llevaba un par de libros en francés y un cuaderno de anotaciones, creía que una traducción de algún documento precolombino. Ambos le cantaban a la niña viejas canciones francesas, le contaban cuentos o le leían del cuaderno. La descripción de Denise era sorprendentemente similar a la de mi esposa, no solo en el aspecto físico sino en el temperamento, algún gesto que Isadora recordaba de su amiga, la preocupación por una alimentación sana, su hiperactividad y a la vez su calma y paciencia. Nos dijo en el siguiente mail que nos convendría investigar a través de la embajada. Ya habíamos pensado en eso. Lamentablemente no sabíamos el apellido de Jean Jacques.

La tarde siguió de mimos. Como en los viejos tiempos de la universidad cuando yo dejaba de leer y ella de estudiar para reunirnos en un sillón neutral, beligerante de cuerpos. Los libros y apuntes quedaban sobre la mesa esperando nuestro regreso. Del papel a las sábanas para volver al papel. Así retornamos a la red y el siguiente mensaje fue de Riki, “Roer el error”, un falso palíndromo, casi juego de palabras en el que mi amigo parecía querer decirme en su manera crítica que estaba trabajando afanosamente en el error que había encontrado en la medallita de Marigé.

Noches después me explicaría que a veces se coloca una letra, palabra o signo equivocado para indicar un orden distinto en el texto. Es muy complicado y solo entendería yo la idea general. El texto, dirá Riki, es un entretejido, y es necesario saber qué orden siguen los hilos, a veces no hay una sola forma y consecuentemente aparece más de un mensaje. Hay varias maneras de encriptar. La más simple es disfrazar cada letra, la *a* es el 1, la *be* el 2, etc. O invertir el orden: donde va *a* pongo *z*; donde *b*, *y*; porque la primera es reemplazada por la última, la segunda por la anteúltima y así. Este sistema es muy antiguo, se usó hasta en la Biblia, se llama atbash. Hay otros un poco más complejos en los que se usan palabras clave: esa palabra te indica el procedimiento. Por ejemplo (Riki se apasionará aunque yo no entenderé del todo), para cifrar la palabra MESA mediante la palabra clave CAB, M se convierte en O, ya que C es la tercera letra del alfabeto; E pasa a ser F, pues A es la primera letra, y S se convierte en U, pues B es la segunda letra del alfabeto. También está el escítalo que usaran los espartanos, era un bastón sobre el que se enrollaba un pedazo de cuero en

espiral... Riki se detendrá con una sonrisa al ver mi cara y volverá al llano: “El que escribió el revés de la medalla sabía lo que hacía, no era un improvisado. Todavía no sé qué dice, solamente tengo unas leves pistas y me ayudaría mucho saber algo sobre el autor.”

Munido de los datos que teníamos, mi amigo desapareció por unos días. Lo atribuimos a su interés por descifrar el breve fragmento pero no era solamente eso lo que le ocurría: había tenido una seria recaída en el alcohol y nos sentimos culpables por haberlo descuidado, tan sumidos estábamos en nosotros mismos. Avergonzado, no aparecía por casa. Cuando me di cuenta fui a buscarlo y lo encontré en un estado lamentable: sucio, agresivo, fumando como condenado. Él también tenía sus fantasmas recurrentes y esta exposición al pasado de Marigé seguramente le había removido sus viejas aguas negras.

¿Cuánto pesan los legados? ¿Hay alguna clase de determinismo familiar? No lo sé, no estoy seguro; pero sí creo en la obvia influencia de un padre muerto por cirrosis sobre un hombre que no pudo superar el trance de un hijo abortado contra su voluntad. Y allí estaba Riki, nuevamente deseoso de autodestrucción. Sobre la mesa de pino un montón de papeles y anotaciones con flechas que unían letras y números, con signos de pregunta, asteriscos o cruces sobre palabras y sílabas remarcadas. Un cenicero rebosante. Un vaso con un resto de vino barato. Un encendedor descartable hinchado como un sapo por el calor sobre la cocina. La librería con los libros que lo desnudan: El retorno de los brujos, Malleus maleficorum, el Poema Ajedrez de Borges pegado con una

chinche en el costado, La decadencia de occidente de Guenon, los cuentos completos de Edgar Allan Poe. Recordé el “Escarabajo de Oro”, aquel cuento había iniciado nuestra amistad. Estábamos a fines de primer año cuando me descubrió con una antología de Poe. Hasta ese momento nos habíamos tratado si no con frialdad, al menos con distancia. El saludo y los diálogos imprescindibles de dos compañeros de secundaria. Pero cuando me vio con el descabalado ejemplar se acercó con una gentileza infrecuente y me lo pidió para ver la edición. “Si te interesa, dijo, tengo los cuentos completos”. Le respondí que ya los había leído, y en inglés. Fue como abrirle la cueva de Los cuarenta ladrones. Empezó a consultarme, comentarme, pedirme que lo ayudara con algún fragmento. Él también sabía bastante inglés pero de cuna, por habérselo escuchado hablar a sus padres. De manera que, con el fervor de la adolescencia, comenzamos a reunirnos para charlar sobre Poe. Leímos juntos *Criptografía* y especialmente *Eureka*, ese ensayo einsteniano, y pasamos largas horas discutiendo de religión, de ocultismo, de antiguas civilizaciones y avances científicos en eternas caminatas por la ciudad. Me acompañaba hasta casa y después de estar en la puerta durante media hora nos poníamos en movimiento otra vez. Entonces yo lo acompañaba hasta la suya, en otro barrio, a más de cuarenta cuadras. Así se nos iban las tardes hasta la noche con las cabezas repletas de reflexiones y utopías. Y ahora lo encuentro en este estado de abandono y suciedad, en su cuarto húmedo, donde todas las desgracias de la construcción parecen asociarse a la caída de mi amigo: Una mancha negra ocupa un rincón del cielorraso y corre por buena parte de la pared; hay un póster de Zitarrosa malamente despegado, a punto de caer; la mesa se

despatarra y el cuero del viejo sillón que fuera de su padre parece vaca muerta. Los olores mezclados de tabaco, vino y humedad más tres platos sin lavar, un repasador mojado, zapatillas y ropa transpiradas. “Quevedo” pienso, el dómene Cabra, la habitación hecha despojos, mi báculo más corvo y menos fuerte. Me siento herido por las sensaciones y refreno mi impulso brutal de golpearlo. Mueve la cabeza y sin mirarme, “volvió mi hijo nonato” me escupe. Y me derrumbo con él porque conozco su alma y su dolor. Es mi amigo.

Si el hijo muerto es el dolor más afilado de las puntas de las penas, qué decir del hijo muerto desconocido. El único, deseado con más furia cuanto más tiempo transcurre. ¿Pero y qué pasa conmigo, con mis fantasmas y mis penurias? Estoy rodeado de pesar y apenas si puedo tenderles la mano a los amores que me rodean. Intento mantenerme incólume, ser el palo al que se aten los que pueden ser arrastrados por sus propios vientos, mientras mi agujero interior se agranda y va llegando a los bordes de mí mismo. Mi esposa se repone y cae mi amigo. Me levanto de un knockout y me muerden los perros. Llevo a lomo a mi hermano menor con su desconocimiento, mi madre con su historia, mi mujer, Riki. Todos sobre mí. No es que se cuelguen de mí, pero yo siento que debo sostenerlos. Quizás sea mi manera de ocultarme, de anular mis falencias y amputaciones mirando para afuera. Soy todo afuera. Temo que ellos se sobrepongan, temo que no quede ninguno para ayudar, porque ese va a ser el momento en el que tenga que encontrarme conmigo.

Vuelvo a Riki. Lo insulté, lo consolé, le dije de todo, le recordé sus traicionadas promesas, insistí en putearlo. Poco a poco los dos regresamos de la furia y, después de que se empapara la cara y todo el pelo, nos sentamos frente a frente. Quiso hablar de la medalla pero aún seguía algo perdido. Con los ojos clavados en mí pero la lengua balbuceante. Se le corrían los sonidos. No había comido en días, seguramente; de modo que encargué unas empanadas y le avisé a mi esposa. No fue necesario que le explicara demasiado, ella entendió inmediatamente porque no era la primera vez que Riki recaía.

Casi no comió. Empezó a desgano, luego devoró unas porciones y repentinamente se quejó de un dolor de muelas. Tenía, recién lo notaba yo, el pómulo derecho algo inflamado. No aceptó que llamara a mi cuñada, que es dentista, para que lo atendiera de urgencia. Tomó un par de brutos calmantes y se acostó. Me dijo que ya estaba mejor de “aquello”, que me fuera a mi casa y me prometió visitarnos prolijo al día siguiente. Me despidió diciendo: “Desalojo la sed”.

De regreso crucé el Parque Saavedra. Había un grupo de muchachos y no tan muchachos jugando al fútbol a la luz insuficiente de los altos faroles. Me senté en la avenida de las palmeras y dejé que la noche se me metiera en todo el cuerpo, hasta en los rincones más inaccesibles e inmateriales. El pesar fue remitiendo con la aparición de las primeras estrellas, no quería llegar a casa cargado de dolor.

Marigé me estaba esperando junto a la ventana con la sonrisa que tiene no sé cómo para ayudarme cuando estoy algo perdido. No me hizo preguntas. Le conté lo que ya sabía. Tomamos una taza de cedrón y nos fuimos a dormir. Apagué la luz y mis pies, allá en el fondo de la cama, se tranquilizaron cuando sintieron los suyos. Esos dedos chiquitos, tibios y perfectos que me acunaban con su solo roce.

A media mañana me llamó Riki para confirmarme que vendría a cenar. En realidad supe que me confirmaba su promesa de “portarse bien”.

Serían las once cuando apareció mi hermano Alejandro con los nenes, Iñaki y Rocío (ocho y seis). Claudia estaba atendiendo en el consultorio, los chicos no tenían clases por desinfección en la escuela y él andaba por el barrio haciendo unos mandados. Me parecieron demasiadas explicaciones innecesarias. Algo se traía. Marigé se llevó a mis sobrinos al estudio para mostrarles unas fotos y Alejandro me disparó un certero “me tenés que decir la verdad sobre Nano”. Intenté hacerme el sorprendido y decirle que él ya sabía todo pero se me plantó y repitió la frase marcando cada sílaba, especialmente “la-ver-dad”. Por qué hoy, pensé. Tiene que pasarme todo junto, todo a la vez, en doce horas (menos siete que estuve durmiendo) la recaída de mi mejor amigo, la recuperación de mi esposa y la ansiedad por conocer de mi hermano. Demasiao alambre pa un pobre pion. Afortunadamente volvió Marigé con los nenes en busca de golosinas para comer mientras todos cantaban en francés algo sobre les hommes en bois, les hommes en bois, les hommes en bois. Riendo y saltando. Dieron unas vueltas por



el comedor mientras Ale y yo permanecíamos tensos y disimulando la tensión. Se fueron a la cocina y le dije “bueno, pero este no es el mejor momento”.

-Perfecto. Vengo solo a la tarde.

Llegó Marigé con unas galletas de salvado untadas en una salsita riquísima de su autoría que le encantaba a mi hermano. Tomamos un aperitivo y los chicos jugos (mi mujer no admite gaseosas, y es el único lugar del planeta donde mis sobrinos aceptan no tomar coca ni comer hamburguesas). Hablamos de generalidades. Rocío nos contó que había sacado fotos con una camarita que su madrina allí presente le había regalado e Iñaki hizo una demostración rápida de su habilidad para armar extrañísimos avioncitos y barquitos de papel. Se hizo la hora y partieron. Alejandro confirmó el encuentro como si fuera posible que yo me olvidara de semejante situación en treinta minutos. La tarde se presentaba completita. Quizás me aliviara un meteoro gigante cayendo sobre el continente o al menos uno de diez metros de diámetro sobre mi casa, ¿de quince centímetros sobre mi cabeza? Podría ser el diluvio universal (o local), el calentamiento global instantáneo o la abducción extraterrestre. Aunque más no fuera por una semana. O cinco días. No, todo tenía que darse en partidas simultáneas. Y yo sin torres, ni alfiles, ni caballos.

¿Existirá algún nudo en el tiempo? Recuerdo que en *Volver al futuro* todo lleva recurrentemente al año 1955, el mismo científico se lo comenta al protagonista con extrañeza. Hay instantes en los que parece concentrarse el accionar. Una estribación, un sobresalto en el curso de los días que como una piedra en medio del río se convierte en punto de atención y concentración. Aquel día fue para mí esa clase de días. Y no pude evitar entonces hablar con mi hermano menor y contarle la historia en medio de dos historias. Durante el almuerzo descubrí que lo que Marigé les enseñó a mis sobrinos era un relato extraído del Popol Vuh y convertido en canción infantil. Mientras poníamos la mesa había seguido repitiéndolo y me llamó la atención el estribillo en el que se mencionaba a los “hombres de madera”. Le pedí más datos sobre la cancioncilla, me la dijo completa en francés y luego me ayudó a entenderla en una traducción apurada. Algo me resonaba. No recordaba ella dónde y cuándo la había aprendido; suponía que de muy chica. Obviamente no se la había enseñado Edelmira sino sus padres biológicos. La letra era una clara adaptación de uno de los libros de los mayas. Aquel que en sus orígenes fuera pintado. Memoria, tradición oral. Hasta que un sacerdote indígena lo transcribiera en lengua quiché con caracteres latinos. Luego llegó a manos del fraile Francisco Ximénez quien lo estudió y tradujo. Además lo copió en dos columnas, la traducción y el original. Luego fue traducido a otros idiomas (e ignorado en España por razones religiosas). En 1891 se tradujo al francés como “Popol-Vuh, le livre sacré et les mythes de l’antiquité américaine”. Se sucedieron otras, entre ellas la del escritor Miguel Ángel Asturias (1927), considerada la mejor.

Es raro el funcionamiento de los recuerdos. La prodigiosa memoria de mi esposa no había relacionado nunca esos versos infantiles con la famosa Biblia de los mayas. Estar tan encima de un objeto a menudo nos obnubila. Cuando le llamé la atención sobre les hommes en bois, notó de dónde provenían también otras canciones. Yo no recordaba que se hubieran hecho adaptaciones del Popol Vuh en verso. Había allí un significativo rastro, una semblanza del quehacer de sus padres. Evidentemente la pareja de guerrilleros franceses, Jean Jacques y Denise, no habían nacido con el fusil en la mano en medio de la selva. Tenían una historia anterior ligada a la literatura de manera profesional o amateur, no importaba tanto. Los libros que él llevaba, según contó Isadora, y el cuaderno donde escribía, seguramente estaban ligados a estas versiones. Tal vez su padre las hubiera hecho para ella. Tal vez las hubiera hecho para todos los niños incluida ella.

Unas canciones grabadas tan profundamente y en las que podría encontrar las voces de sus padres. Unas palabras que no le pudieron sacar ni los bombardeos ni la ignorancia de su pasado. Todo lo aprendido junto a su querida Edelmira, todo lo asimilado en la escuela de las monjas y en la universidad, no tenían ni un centésimo de entidad comparado con los versos que habían quedado adheridos a las primeras palabras aprendidas allá en su noche de los tiempos.

La palta que Marigé adoraba y preparaba tan sabrosa con un toquecito de limón y pimienta que estábamos comiendo untada en pan de salvado, también nos volvió a los mayas y a sus padres. El aguacate centroamericano, el avocat de

Denise y Jeanja, tal vez tuviera dos gotas de limón y pimienta. Quizás mientras ellos lo hubieran estado sazonando, le cantaran a la niña los viejos mitos como hacía ella ahora.

Para completar el almuerzo abrió una lata de choclo. “El viejo maíz” dije. “Falta el canto de los guacamayos”, contestó alegre y evocadora.

-Querida, todo esto es muy saludable y plagado de remembranzas, pero me muero de hambre, ¿podríamos comer como el antiguo pueblo quiché un par de panchos chorreantes de mostaza? Mi estómago gruñe como la serpiente emplumada. Sería capaz de atragantarme con el Gran Cerdo del Alba nadando en el Soberano Caldo con Pimiento. Por favor, Amada de las Cimas, no seas Guarda Botín, oh Mujer Canuto.

Y, ¡aclamados sean los Grandes Brujos!, la Controladora de Grasas accedió a descongelar para mí tres salchichas, solo tres, con sus respectivos panes.

## 7

El nudo de los días prosiguió con la llegada de mi hermano menor o medio hermano. Me sorprendió. Hacía años, según me dijo, que tenía sus sospechas pero nunca se había animado hasta el momento a interrogarme. Había intentado hacer averiguaciones pero todas ratificaban los datos que le había proporcionado nuestra madre. Los narcos hacían bien su trabajo y habían cumplido con la palabra empeñada; no habían dejado cabos sueltos: Nano murió

en un accidente de auto poco después del motín de la cárcel de Metán. Dineros mediante, la autopsia de uno de los cadáveres calcinados hallados dentro del Fiat en la banquina de la ruta 16, era el de nuestro hermano. Yo también dudé en aquel momento aunque fui menos desconfiado que Alejandro porque recién me convencí de la mentira en torno a su muerte cuando mi hermano mayor entró en misterioso contacto conmigo. Igual que el Tomás evangélico yo metí los dedos en las llagas, en cambio Ale creyó sin ver.

Trajo unas galletitas rellenas que requirieron unos mates urgentes. Marigé nos dejó solos. Y empecé a contarle. No sabía cuánto decirle. Me daba la impresión de que le estaba sirviendo una comilona a un náufrago famélico. ¿Sería bueno arrojarle todos los datos por la cabeza? Empecé lentamente. Le dije que sí, que estaba vivo (eso fue lo más lentamente que pude) pero que desconocía su paradero. Le conté que se comunicaba periódicamente, que yo no tenía manera de contactarlo y que era quien había financiado su carrera, mis libros y los caprichos de Caty, nuestra madre. Fue una larga charla que continuaría al día siguiente. La interrumpió la llegada de Riki. ¿Se habían puesto de acuerdo? ¿era un sistema de postas para volarme la cabeza? Uno traía el cartucho, el otro prendía el fósforo. De todas formas me sentí halagado por ser útil, por servir de consuelo o de sostén a quienes quería y me querían. Pero la verdad es que se podían haber organizado o desorganizado un poco para tener sus crisis. Todos a la vez el mismo día a la misma hora por el mismo canal.

Aunque prolijamente afeitado, peinado, bañado y luciendo ropas limpias, se le notaba a mi amigo la resaca distópica. Son conocidos el pedo triste, alegre, agresivo... pero era Riki el único portador conocido del vino de utopía negativa. No era exactamente ni agresivo ni triste, sino una combinación de Teoría del Complot, literatura Orwell y mucho alcohol más nube chernobyl de cigarrillos negros. Un mezcladito que golpeaba directamente en la manera de ver el porvenir.

En cuanto abrí la puerta para darle paso, y mientras me topaba con su cargamento de papafritas, chicitos, palitos, aceitunas negras y verdes, salames y quesos varios, más un vino “para ustedes”; me lanzó un “¿leíste *Mesías*, leíste *Kalki*? Son dos novelas de Gore Vidal.”

-Sí, conozco al autor. Pero solamente leí reportajes y artículos anti-Bush.

-Son espectaculares, tenés que leerlas. Confirman mis sospechas sobre la involución de la especie humana. En *Mesías*, un tipo mediocre se convierte en líder planetario por el solo hecho de ser simpático, o mejor decir hipnótico, por televisión. La gente se vuelve loca sin ninguna razón y lo sigue y convierte en una especie de Cristo. Y en *Kalki*...

-Hola, Riki –interrumpió Marigé-. En seguida hago la comida-Y viendo los paquetitos sobre la mesa agregó-. Bueno... para contrarrestar tanta grasa voy a preparar algunas verduras.

Quedamos en que me traería las novelas, y conseguí que no me contara- como era su costumbre- el argumento de la otra. Nos llamó mi esposa desde la cocina pidiendo que la ayudáramos. Mágicamente había desplegado dos docenas de platitos con los ingredientes que trajera mi amigo más un sinfín de vegetales y frutas: palmitos, palta, tomatitos cherry, pickles, zanahoria cocida cortada en cubitos, radicheta, rúcula, choclo, arvejas. Mientras entre los tres procurábamos llevar todo (incluidos vasos, platos, cubiertos, vino y jugo) intenté indagar sobre la medalla. Pero no me dio tiempo a preguntarle sobre el texto; estaba avanzando aunque la recaída le había hecho perder un poco el ritmo. Era un trabajo complejo, y quien lo había hecho sabía muy bien cómo encriptar. No era ningún improvisado. Me anticipó que estaba convencido de que había varios planos; es decir, un primer mensaje superficial y luego sucesivas capas de “mensajes” escondidos. Como un palimpsesto. Le faltaba a Riki descular primero cuál era la clave y en qué sentido debía interpretarse. Había descartado el sistema de rodillo, me enseñó con una servilleta y la botella de naranjada, que es algo muy antiguo que usaron los espartanos (como un cuero enrollado en un bastón, es trasladado desplegado y luego se enrolla en un bastón igual). En todo caso, tenía más el aspecto de un sistema tridimensional donde los signos forman parte de una especie de cubo o de otro cuerpo geométrico. Nos alentó diciendo que generalmente cuando los mensajes son muy complejos encierran contenidos más importantes. Ya habíamos dado cuenta del salame y el queso, así que procedí a atacar lo verde.

-Pero cómo puede haber algo tan importante en tan pocas palabras.

-No son pocas palabras, Marigé, son pocos signos que pueden ser muchísimas palabras en cada vuelta o nivel del mensaje. Imagínate que esté en espiral, cada vuelta es una frase que tiene su continuación sobre las mismas cifras pero empezando un poco después. ¿Se entiende? Tomó un plato e hizo un dibujo imaginario sobre él, un círculo sin cerrar. Imagínense que en este plato está escrito el texto, primero doy una vuelta y luego arranco desde unas palabras anteriores o posteriores y doy otra sobre las mismas cifras. Así obtengo otro texto más. Y puedo continuar según lo que me indique la clave. Al ver nuestra cara de incompreensión intentó hacer el dibujo sobre una servilleta de papel que obviamente se rompía. Le alcancé una hoja y entonces pudimos aproximarnos un poco más a la idea.

## 8

Al día siguiente, bien temprano, me puse a buscar datos sobre Gore Vidal en la red. Deformación profesional, que le dicen; casi no había podido conciliar el sueño pensando en qué sabía de ese autor. Serían las siete cuando me levanté. Marigé dormía, habitualmente empieza a hacer gimnasia a las 7.30, 8, de manera que disponía de un poco de tiempo antes de desayunar juntos (tres galletitas de salvado y lino con queso untable descremado y dos cucharaditas de mermelada light; mate o té, según decidiéramos), luego vendría el ruidito isócrono del caminador.

Google>Gore Vidal>buscar.



Entre un montón de pavadas, como es frecuente, encontré datos interesantes. Eugene Luther G.V. nació el 23 de setiembre de 1925 en West Point. Su madre pertenecía a la alta sociedad norteamericana y su padre llegó a ser Secretario de Aviación durante la presidencia de Franklin Roosevelt. Tras el complicado divorcio de sus padres, pasó su infancia y adolescencia con su abuelo paterno Thomas Gore, un senador populista demócrata de Oklahoma. Era ciego y G.V. se convirtió en su Lazarillo ayudándole en su despacho del Congreso donde se convirtió en conocedor de los secretos del poder real, que siempre le causó repulsión. Luchador constante por los postulados de la República. “El poder, dijo, realmente no está en las manos del gobierno sino pertenece al uno por ciento de la población que posee un setenta por ciento de toda la riqueza del país. Los clanes de Rockefeller, de Mellons, McHughs, DuPoint no necesitan ser gobernantes elegidos, simplemente ellos contratan gente para administrar este país, sus corporaciones, como también contratan el Congreso y finalmente compran al Presidente”. Los mismos poderosos, reflexionó, cambian presidentes en otros países cuando ven sus intereses económicos en peligro.

Se levantó Marigé, me dio un beso y fue a preparar el desayuno. No creí que se pudiera equivocar e introducir una porción de torta de crema y dulce de leche entre las magras galletitas. Pasan muchas cosas sorprendentes pero ninguna con mi comida.

Se cumplió el oráculo, salvo que en lugar de mate o té, aterrizaron media manzana y un jugo de zanahoria y apio. Vio lo que estaba leyendo y me preguntó

de quién era esa última frase. Le dije. Arrimó un banquito y mientras comíamos, es un decir, comencé a leer en voz alta:

“La ideología del anticomunismo norteamericano y en la actualidad del antiterrorismo han sido siempre una cobertura para los intereses económicos de los poderosos. Los intentos de asesinar a Fidel Castro, agrega Gore Vidal, fueron motivados por la pérdida de casinos en la isla, que le aportaban millones de dólares de ganancia a la mafia de New Orleans y Chicago”. Dice que de allí provenía el dinero para las elecciones presidenciales. Relata que con la ayuda de ese dinero fue elegido John Kennedy y llegó al poder su hermano Robert, y que su trágico final comenzó cuando trataron de controlar la mafia con fines personales.

Me detuve para devorar la manzanita, y Marigé siguió leyendo, ansiosa:

“Gore Vidal se opuso a la guerra de Vietnam y la denunció como una obra imperialista. En sus obras nunca ha dejado de fustigar el sistema carcelario de EEUU donde la justicia se pierde tras los barrotes... Se pronuncia contra el dogmatismo religioso que constituye un paso hacia la dictadura y el retorno a la Edad de Piedra. Calificó el ascenso al poder de Ronald Reagan como ‘el triunfo del embalsamador’. Es un crítico implacable del gobierno de George Bush de quien manifiesta ‘no hay ni un mínimo de verdad en lo que él dice’. En su libro *Dreaming War, Blood for Oil* se pregunta por qué durante el atentado a las Torres Gemelas la Fuerza Aérea norteamericana no cumplió con la ley según la cual los aviones de guerra deben intervenir entre cuatro a cinco minutos después del descubrimiento de un secuestro aéreo. En su opinión, ‘la guerra injusta contra Irak

por el oro negro hará perder a los norteamericanos su espíritu y acelerará el colapso económico. Quizás este colapso económico finalmente salvará a Norteamérica de sus líderes dando paso a una reforma radical y liberando al mundo de la guerra'...” Y escuchá esto, ¡vivió en Guatemala!

-¿Cómo?- pregunté.

Cuando tenía 28 años fue el golpe de estado contra el presidente Jacobo Arbenz. Gore Vidal vivía en Guatemala en ese entonces, 1954. Dice que el golpe fue auspiciado y dirigido por el secretario de estado John Foster Dulles y su hermano, jefe de la CIA, Allen Dulles quienes tildaron a Arbenz de comunista por atravesarse a que Guatemala comprara la tierra que la United Fruit Company ocupaba. Por esa época, según datos de Isadora, Denise Aubert, mi suegra, tenía un cargo diplomático, enviada del gobierno francés. Estuvimos bastante tiempo detrás de más información al respecto. Aunque no fue complicado, fue largo el trámite. Según noticias periodísticas de la época, Denise era militante de un partido de izquierda en Francia, seguramente una mujer muy respetada y encumbrada dentro de su movimiento según se interpreta por el cargo que le asignaran posteriormente. Averiguamos que en esa época apenas posterior a la posguerra, el gobierno Francés, por presiones y conveniencias internacionales de los triunfadores, fue desprendiéndose paulatinamente de sus miembros o aliados más urticantes. Por ello le asignó en las negociaciones internas del grupo gobernante, destinos periféricos a los representantes de la izquierda, como la Cuba revolucionaria o antes la Guatemala antinorteamericana de Jacobo Arbenz.

Allí llegó Denise, estaba sola, sus padres habían muerto jóvenes y ella era una self made woman. Con una fama obtenida como profesora universitaria de derecho internacional a la par de una militancia y gestión intachables como funcionaria, había sido elegida por el gobierno como la candidata ideal para enviar al lejano país latinoamericano y de paso sacarse de encima a una brava mujer difícil de corromper y acallar. Hasta donde recordaba Isadora, la caída de Arbenz y todo el manejo imperial la ataron a esa tierra y rechazó el llamado urgente desde París para rescatarla ofreciéndole algún otro destino periférico o un reposado cargo administrativo en province. Sus convicciones, su firmeza de voluntad, le impidieron abandonar a ese pueblo maltratado y bombardeado por el solo hecho de querer ejercer su soberanía. Se quedó. Debió ir de aquí para allá porque la política de la CIA consistía en perseguir y acosar a cualquier sospechoso de comunismo. Con el correr de los meses la situación se fue poniendo cada vez más áspera: bombardeos con napalm en la selva, secuestros, tortura. Huyó hacia el norte del país donde se encontraba un antiguo amor, Jean Jacques, su futura pareja. Y lo encontró finalmente entre los aborígenes de Santa Cruz de Quiché trabajando en un aserradero e investigando sobre la lengua y folklore de esos descendientes de los mayas.

Habían tenido un breve y febril romance en París y por nimiedades se vieron obligados a separarse. Luego los intereses de cada uno los llevaron por rumbos variados y perdieron el contacto. Se extrañaban, se habían amado intensamente, y cuando el azar los enfrentó de nuevo, no perdieron el tiempo ni

tuvieron estúpidos orgullos. Desde entonces y hasta la tarde final en que fueron masacrados, no se separaron ni un instante. L'amour!

Al nudo de los días se sumó entonces el tramado de las historias. Riki hablando de Kalki, Gore Vidal en Guatemala, caída de Jacobo Arbenz, Denise embajadora o agregada de algo a la Embajada francesa, reencuentro con su viejo amor; un tapiz que aún requería investigación y descubrimientos. ¿La medalla con su mensaje servirían de algo o habrá sido simplemente un juego amable de un padre algo exótico perdido en la selva; un padre que veía venir su muerte antes de tiempo y quería dejar algo estampado para su hijita; una especie de beso en la mejilla, o dos besos, a la manera francesa?

## 9

Hernán, Nano, había sido el típico hijo mayor respetuoso del mandato paterno. Buen alumno en la primaria, disciplinado y estudioso. Repetidas veces abanderado. Con más voluntad que inteligencia, aunque muy inteligente. Serio, educado, respetuoso, muy obediente. De todas formas la escuela de curas bayoneses a la que lo mandaron, fue una tortura de la que nadie se enteró; ni sus padres, ni las maestras ni los sacerdotes. Pero adentro consumía su insatisfacción y su rechazo a las injusticias y a los abusos, en la fragua del deber. Si notaba que un hermano se llevaba un niño a las habitaciones de arriba, él seguía estudiando mudo, pero sin que los demás lo percibieran se iba forjando una rebelión virulenta que explotaría a su hora muchos años después. No olvidaba. Cierta vez llevó a su

casa en el cuaderno de comunicaciones una nota en la que se solicitaba a “los señores progenitores que pasaran por el establecimiento educacional a la brevedad para proporcionarles una información importante”. Su padre estaba trabajando y fue Catalina, como de costumbre, la encargada de revisarle si tenía tareas y si había algún aviso. Leyó la nota e inmediatamente le dio un cachetazo a la vez que lo retaba. “¿Qué hiciste? ¿para esto hacemos tanto sacrificio? ¿tenés idea de lo que nos cuesta mandarte a esta escuela que es la mejor de la ciudad? ¡desvergonzado, desagradecido!” Esa noche no hubo cena. A la cama directamente. Al día siguiente la madre fue a la escuela y el padre director la felicitó y le comunicó que Hernán sería el abanderado en el acto del día de la Patria. No hubo pedido de disculpas ni aclaraciones.

Cuando terminó la primaria los padres decidieron cambiarlo de escuela. A él le hubiera encantado ir al Colegio Nacional pero nadie lo consultó y fue a parar a la secundaria de los salesianos. Allí también se destacó en el aula, la capilla y la canchita. En marzo del último año murió su padre y algo se quebró. Por las rendijas apareció toda la colección de reproches y deseos de reparación que había mantenido escondidos bajo presión. Aprobó el año a duras penas no por sus notas que siempre fueron brillantes sino por su conducta insoportable hasta para el más firme seguidor de Don Bosco. Un día de octubre, al borde de la finalización de la secundaria, su madre intentó hacerle un reproche y rojo de furia le vació toda la hiel que había acumulado, dio un portazo y desapareció. Catalina lo fue a esperar varias veces a la salida del colegio pero él se mantuvo en sus trece, apenas un saludo y rumbear para otro lado. Vivió aquí y allá en el garaje de

la casa de un amigo, en la estación de tren, en una plaza, pero nunca regresó. Yo, que tenía unos doce años, lo iba a buscar cuando él no venía a verme; le llevaba algún dinero que había ahorrado o picoteado de un vuelto; charlábamos, reíamos y siempre me daba consejos. A veces él me daba plata porque había conseguido algún trabajito temporario como mozo o cadete mientras estudiaba Derecho. Carrera que abandonó antes de terminar segundo año. Recuerdo que me explicó que la abogacía correspondía al antiguo régimen (se refería a sí mismo antes de la muerte de papá) y que había decidido estudiar antropología. Yo apenas entendí de qué se trataba pero me pareció interesante por el fervor que Nano ponía en su descripción de las tareas que realizaría. Cuando entré en Letras, él ya andaba por tercer año de su nueva carrera y creo que fue en esa época que hizo un viaje al norte, Salta y Jujuy, con un grupo de compañeros de la Facultad y un profesor. Era un trabajo de investigación de campo. Iban a realizar una serie de estudios variados, introductorios, sobre la alimentación, metalurgia y algo más de los antiguos coyas y sus actuales descendientes. Estuvieron más de dos meses y algunos de los estudiantes quedaron tan enamorados del lugar y de las posibilidades de investigación que decidieron reemplazar en el siguiente verano el clásico viaje a la costa atlántica por otro campamento más informal a una zona fronteriza de Salta. Hernán fue con su pareja, una noviecita del barrio, dos años menor que él, que había reencontrado en la Facultad. Pero lo que pensaban que serían unas divertidas vacaciones mezcla de estudio y joda se convirtió para mi hermano en un cambio radical en su vida, mayor quizás que el ocasionado por la muerte de nuestro padre.

Por ese entonces había estado viviendo en un local comercial vacío de la familia de Riki. Mi amigo se encargaba de boicotear a los interesados en alquilarlo de las maneras más extrañas. Típico de Riki. Se hacía el loco o decía que estaba muy barato porque el veneno contra las ratas y el suero antiofídico corría por cuenta y cargo del locatario, también decía por ejemplo que solamente se inundaba tres meses por año si no llovía mucho o barbaridades por el estilo. Con eso lograba mantener el pequeño local desocupado y Nano se moría de calor en verano y de frío en invierno en esos tres por cuatro metros con cincuenta. Un baño muy diminuto y una garrafita con hornalla completaban la vivienda. Mi hermano quería muchísimo a mi amigo no solo por esa muestra de generosidad sino también porque compartían el gusto por ciertas lecturas. Nano era un gran conocedor de misterios, leyendas y costumbres precolombinos y a Riki le atraía todo lo que estuviera ligado a los misterios y a otras concepciones distintas del mundo, fueran americanas o de cualquier otro rincón del planeta. Los incipientes estudios de sociología de uno se entremezclaban con los de antropología cultural del otro. Cuando, pese a los esfuerzos de mi amigo, el local se alquiló, ya estaba cerca el verano. Munidos de tres carpas los estudiantes avanzados de la carrera emprendieron el viaje en tren hasta Salta. Había varias parejas y otras nuevas se formaron por la larga travesía. Todo era diversión, alegría juvenil e interesada contemplación de la geografía y de las personas. Los vagones se llenaban y vaciaban para volverse a llenar de los más variados personajes: jujeños que estaban estudiando en Córdoba, bolivianos de regreso a casa, pobladores de aldeas increíbles que acarreaban sus ruidosas gallinas, familias criollas con niños



asustados que los observaban como a extraterrestres perversos. En fin, toda la mezclada gama que habita nuestro inmenso territorio. No sin muchas dificultades llegaron a destino. Como tenían demasiados planes e intereses (yacimientos, altas cumbres, cementerios aborígenes, poblaciones nativas), cualquier rumbo les resultaría el correcto. Al fin y al cabo uno de los objetivos del viaje, sino el más importante, era pasarla bien, “veranear”, divertirse. Una vieja camioneta destartada los cruzó por la ruta más difícil hacia Jujuy. Atravesaron con algo de riesgo el arduo pero hermoso sendero a la tacita por el camino de La Caldera. El conductor no tenía ningún papel en orden y no habría podido llegar por la controlada ruta nueve. La camioneta bufaba de esfuerzo retrepano una carretera llena de curvas. A un lado la ladera abrupta de las montañas y al otro la selva que se extendía a sus pies. Veían las copas de los inmensos árboles cada vez más abajo. Llegaron al atardecer y durmieron en un hotelucho porque era imposible encontrar un lugar para acampar a esa hora. A la mañana siguiente continuaron su travesía hasta Purmamarca. Llegaron agotados por la larga caminata con los bultos al hombro pero el paisaje fue un premio muy satisfactorio. Los primeros días transcurrieron por sitios amables y turísticos. Tumbaya, Tilcara, Humahuaca.

De a poco comenzaron a relacionarse con los impenetrables nativos y a conocer otra realidad, apenas vislumbrada, mucho menos amable que el paisaje. Los siglos de explotación habían condicionado las miradas, la pose física, el tono de voz. La cabeza un tanto gacha, los ojos hacia abajo. A medida que se alejaban de los centros más visitados, se fueron adentrando también en las complejidades poco fotogénicas de la sobrevivencia: aldeas olvidadas de cualquier servicio

mínimo, lucha por el agua no ya para el riego sino hasta para el buche, y así todo. Patrones feudales que ejercían un poder demoledor, no sólo abusaban de las niñas manteniendo el derecho a pernada sino por supuesto de todo aquel –sin diferencia de género o edad- que tuviera dos brazos y dos piernas y un lomo para torcer hacia la tierra. Como en el Buenos Aires colonial se mantenía la idea de que engendrar bastardos en la servidumbre se convertiría en un ahorro porque habría más personal doméstico y más peones para los campos. Ninguna reglamentación laboral, ningún artículo de la Constitución se habían radicado en la zona. Solamente el libre arbitrio del Señor, el Patrón –como lo denominan con respetuoso temor-, dictaminaba sobre usos y costumbres.

Para Hernán dejó de ser una fiesta. Toda la rebelión que había focalizado en su historia personal y en las injusticias que, según estudiara en la Facultad, habían ocurrido en otros tiempos, toda esa furia contra la iniquidad se hizo presente. Y mientras recorría con sus amigos los lugares de interés para jóvenes estudiantes, donde los demás veían materializadas las fotos de cacharros y herramientas, él observaba el contexto de sufrimiento y opresión. Graciela, su novia, fue la primera en notarlo y en quejarse. Le contestó con sequedad que no se entrometiera, que no aceptaría ya órdenes de nadie y menos aún caprichos femeninos. Ella, que lo quería, soportó el embate creyéndolo pasajero. De vez en cuando parecía que Nano volvía a ser el mismo muchacho respetuoso y controlado. Pero era solamente en lo exterior porque adentro algo se forjaba de manera lenta e inexorable.

Anduvieron por aquí y por allá con la curiosidad y falta de método de jóvenes estudiantes universitarios que si bien tenían ya prefiguradas sus orientaciones de investigación, como a todos les atraía prácticamente todo, treparon y descendieron, cavaron y entrevistaron, en un tour agotador.

En el borde oriental de la Puna, en el extremo norte del departamento salteño de Rosario de Lerma, no se sabe cómo lograron llegar hasta más allá de los 4.500 metros de altura del Nevado de Chañi. Desde la base de la montaña hasta la cumbre hay más de veinte lugares con restos, construcciones variadas en forma y tamaño.

La arqueología de alta montaña recién comenzaba a desarrollarse y para el grupo fue una conquista producto de la inconciencia y el espíritu de aventura. Pasaron dos noches allá arriba en las carpas armadas entre las habitaciones rectangulares con paredes de dos metros de alto, en una especie de terraza natural sobre la ladera occidental del Nevado. En torno al fogón un alumno aplicado recordó que uno de los primeros hallazgos arqueológicos había sido hecho por allí a principios del siglo XX. Un militar había extraído de la cima el cuerpo momificado de un niño con su ajuar.

Hernán quedó impresionado por los socavones mineros donde previsiblemente trabajaban como esclavos. Nada detiene a los ávidos patronos, ni el sufrimiento de los mineros ni los lugares con restos arqueológicos que son dinamitados para las perforaciones o aplastados para construir caminos hacia otras entradas.

Años después el deterioro se agravaría con la instalación de antenas, los desmanes de los cazadores de tesoros, más la barbarie en forma de ejercicios y destacamentos militares, hasta la insólita erección de una estatua ecuestre a Güemes. Todo montado sobre construcciones o yacimientos de mucha antigüedad y valor cultural.

Durante su peregrinación recogieron también información sobre la alimentación en la zona y los vestigios de costumbres ancestrales. En Huachichocana, una cueva situada en el borde de la Puna, cercana a la Quebrada de Humahuaca, aprendieron sobre alimentos procedentes de la recolección, la caza y la producción. El maíz, el ají quitucho, algarroba, achira, calabaza, totora. Restos animales como huesos de gato montés, cuis, ciervo, camélidos (guanaco, vicuña), huemul, pecarí. Luego, en recorrido febril, pudieron ver y tocar materiales que solo habían conocido por fotografías o descripciones librescas: huairas, crisoles, moldes, martillos, yunques con los que los aborígenes obtenían y trabajaban aleaciones de cobre. Pero toda esa maravilla también estaba siendo aplastada por la ambición o la ignorancia pues se construían caminos o represas sin ningún criterio más que el económico, o los grandes terratenientes avanzaban con sus plantaciones sobre tierras ilegalmente cedidas por gobiernos corruptos. Se despojaba de tal forma a los verdaderos propietarios no solamente de sus posesiones actuales sino de su historia escrita en la piedra y el metal.

Era previsible que Hernán se sintiera involucrado con los oprimidos. Las largas vacaciones (casi tres meses) estaban concluyendo. Pero mi

hermano decidió quedarse. La región era un caldero de protestas a principios de los setenta. Represión militar a indefensos pobladores que clamaban por agua, políticos que como patrones de estancia distribuían migajas y evadían obligaciones. Un gobierno golpista casi en fuga por el ineludible llamado a elecciones, quemaba sus últimos cartuchos en cargar las bolsas. Las familias poderosas pegaban un salto circense con la idea de caer de pie ante la novedad democrática y repartirían zapatillas izquierdas con la promesa de entregar las derechas cuando ganaran. Ante sus ojos se hizo cada vez más evidente que era necesario involucrarse. No quería seguir siendo el abanderado respetuoso que no saca la cabeza de su burbuja para honrar a los padres. Las heridas recibidas cicatrizaron mal.

Sus amigotes regresaron a la Universidad lejana. Graciela dudó, se quedó con él un par de semanas más, pero finalmente ni su amor fue suficiente para soportar tanta presión y lo dejó solo. Las cartas fueron y vinieron. Algunas llamadas telefónicas y un par de visitas de ella hasta que Hernán cayó preso. A partir de la comisaría, el juicio y la cárcel, se perdieron definitivamente de vista y contacto.

La soledad lo había fortalecido en sus impulsos. En pocos meses se fue metiendo cada vez más en los justos reclamos de desposeídos y maltratados. Su cultura y su temeridad lo convirtieron en referente. Cuanto pedido, marcha o protesta se hiciera pasaba necesariamente por su consejo y patrocinio. Se convirtió en un grano para algunos poderosos comunales que

representaban intereses provinciales. Y en poco tiempo se puso en la mira de los que necesitaban escarmentar a cualquier pobretón que se sintiera con derechos. Él fue –era una opción cantada- el blanco perfecto.

Le tendieron una trampa y cayó. Así fue que se vio implicado en un robo que no cometió. Nadie lo creía capaz, había dado sobradas demostraciones de honradez, pero le plantaron un revólver, y joyas extraídas de la casa de un hermano del gobernador. Una historia fantástica con pruebas irrefutables. La ley funcionó con inusual rapidez, su foto apareció primero en los periódicos locales y luego, para horror de Caty, en los nacionales, y tras una breve temporada en la comisaría fue a parar a Metán.

Me llamó una tarde. Estábamos en pleno Mundial, aún bajo los efectos del papel picado y Argentina va a salir campeón. No tenía a nadie más. Ni su ex novia, ni su madre. Por supuesto que viajé inmediatamente y apenas me dejaron verlo. Hacía casi un año que no nos encontrábamos y nos fundimos en un previsible abrazo. En un par de días seguramente lo trasladarían al penal. Yo estaba dando clases a internos de la cárcel de Olmos y conocía algo sobre los guardias y los presos. Al menos lo que había logrado percibir atravesando las ocho puertas de rejas, oyendo los cerrojos a mi espalda y escuchando las confesiones y pedidos que los internos que asistían a la escuela en cárcel, nos hacían a los profesores (único contacto de persona a persona que tenían y apreciaban). Por eso le aconsejé que se hiciera pasar por evangelista para no caer en el nefasto y peligrosísimo pabellón general. Yo sabía (o al menos era el que

más cerca había estado hasta el momento) del maltrato tanto físico como psíquico que significaba un encierro prolongado en un lugar sucio, violento, donde el sistema de servidumbres y poderes amplificaba al máximo el que se padecía afuera, en “la calle” (como dicen los internos). Había visto el abandono de los enfermos. Muchachos con dolores terribles que, si no formaban parte de determinado rancho y no tenían la banca del jefe, eran absolutamente ignorados. Cualquier mínimo reclamo, a menudo producido por la desesperación de un dolor de muelas o de un cólico renal, los llevaba al buzón, es decir la cárcel dentro de la cárcel. Y para los adictos con síndrome de abstinencia era lo mismo, porque las “pepas” quedaban en manos de los guardias, quienes las vendían siguiendo la escala jerárquica y a cambio no sólo de dinero sino de trabajos (por ejemplo salir a robar o a matar a alguien a pedido de algún poderoso. La coartada perfecta: un preso que se supone está preso sale, asesina y regresa. En caso de retobarse o arrepentirse, será muy simple eliminarlo adentro en medio de una pelea o motín inventado con tal finalidad.) Ni la radio, ni un libro o carta o escrito de los esquivos abogados de pobres y ausentes, nada estaba disponible sin un acto de servidumbre o de ostensible humillación. Lo que la gente piensa sobre la violación es lo de menos. Como un mal matrimonio que será necesario disolver, o como una herida física que cerrará algún día. Pero no es solamente la penetración, es sobre todo la falta de aire, la vista que rebota a dos metros, la imposibilidad de percibir olores distintos. El constante acoso, el maltrato hora a hora. Para un alma sensible a las injusticias es el arrabal del infierno.

Pero Nano no aceptó mi consejo, le parecía de un fariseísmo penoso y prefirió beberse todo hasta el fondo y bancársela en el pabellón general. Padeció como cualquier otro, se trompeó y ganó, perdió otras veces. Le fueron teniendo un cierto respeto porque adentro todo se sabe, y los internos supieron cómo había actuado casi heroicamente afuera y cómo lo habían jodido los mismos que ellos odiaban. Quedó librado a su suerte. Solo le llegaban mis cartas y alguna que otra visita esporádica. Metán queda muy lejos de La Plata y por ese entonces debía dar muchas horas de clase para sobrevivir. De vez en cuando me ayudaba una enfermedad inventada o una tía Porota requiriendo internación. Pero nada más. De manera tal que encontró sus afectos adentro de la prisión y fue ayudando a uno y otro en pequeñas cosas como pasarles en limpio una nota para el juzgado o enseñarle a leer a alguien a escondidas (los guardias son muy severos y no aceptan que el interno evolucione o crezca). Un día el jefe del rancho lo envió a ranchar a otro lado. Se te dio la buena, le dijo, y lo acompañó hasta el grupo de los colombia (como los llamaban aunque no eran colombianos). Aceptó ir por curiosidad y porque no buscaba conflictos con sus pares. Los narcos eran muy poderosos y movían los piolines, adentro y afuera. El capanga del grupo no hablaba directamente con él. Lo iban testeando subalternos en un proceso meticuloso que llevó varias semanas de indicaciones, tareas que realizar, secretos que mantener. Y fue dando todos los pasos. Después de casi un año encerrado ya la desesperación y la bronca habían hecho lugar para el aburrimiento, y Hernán se movía con curiosidad de lector entre los sucesivos caminos que le iban presentando los colombia. Finalmente le hicieron una propuesta. Nada directo,



todo potencial y desdibujado entre otras conversaciones. Aún no iba a juicio, no tenía sentencia, y los poderosos de afuera podrían mantenerlo así, para castigarlo, años y años. No tenía tampoco dinero para pagar un abogado caro y hábil. Ellos sabían que su madre era una pobretona y su hermano docente otro pobretón. Apenas una pequeña propiedad que no alcanzaría para nada. Entonces, el negocio sería que ellos le proporcionarían un excelente abogado del “grupo” (del cartel), él se atribuiría la culpabilidad de una causa sin resolver que pendía sobre la cabeza de un “amigo” (un subjefe del cartel) y el abogado, previa coima al juez, le conseguiría una pena leve: tres años, cuatro a lo más; con el dos por uno y buena conducta, dos años. A cambio le pasarían una “pensión” de por vida.

Desde la muerte de mi padre la situación económica en casa fue muy difícil. A duras penas, y solo gracias a la ayuda de los salesianos que nos dieron media beca, pudimos terminar la escuela. Mi madre no se había preparado más que para las tareas domésticas. Mi padre era un hombre muy querido por todo el mundo, divertido, charlatán y entrador. Pero no se había preocupado ni por comprar una casa ni por hacer algún ahorro. Seguramente se creía eterno. Si ganaba algún dinero nos cargaba a todos en un taxi y nos llevaba a dar larguísimos y carísimos paseos. Llevaba a mamá a cenar al mejor restaurante con el mejor vino y nos regalaba juguetes que envidiaban nuestros vecinos. Cuando murió tenía apenas treinta y ocho años. Mi madre, treinta y cuatro. Como Hernán se fue de casa dando un portazo y lo que ganaba Catalina cosiendo no alcanzaba, conseguí algunos alumnos particulares a los que ayudaba con las pruebas de inglés o el estudio de las demás materias. Durante el último año de la secundaria

conseguí trabajo atendiendo un kiosco de 6 a 12 de la noche, lo que me permitía ganar unos pesos para el alquiler y leer en los largos ratos vacíos. Durante los dos primeros años de Facultad, seguí con el kiosco y los alumnos. De las cuestiones políticas me enteraba por mi amigo Riki quien iba a menudo a charlar conmigo en mi horario de trabajo. Fue una época dura, mi pasión por escribir quedaba relegada por el trajín y la consecuente imposibilidad de concentrarme en una novela o cualquier creación literaria que requiriera meses de trabajar en torno a una idea. Un viejo amigo de mi padre me contactó con el director de una nueva escuela en cárcel. Como después de tres meses de creada aún no habían conseguido a nadie que quisiera ir (era lejos, riesgoso y no pagaban extras), aceptaron a un estudiante que aún no se había recibido. De esa forma comencé a dar clases de Lengua y Literatura dentro del penal de Olmos. Tenía apenas veinte años, la misma edad que la mayoría de mis alumnos los presos. De ellos aprendí más que ellos de mí. Descubrí el verdadero sufrimiento, el encierro prolongado, la humillación y la enfermedad sin atención ni cariño protector (yo me creía un pobre muchacho porque había quedado huérfano a los doce años, porque trabajaba como profesor en la cárcel y antes como pintor de altura a doce metros en un andamio danzarín). Allí comprendí. Recordé lo que decía José Hernández de la prisión por la boca del hijo mayor de Martín Fierro. Y a Cervantes. “Donde toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido hace su habitación”. En medio de ese descubrimiento (hacía seis meses eternos que trabajaba en esa jaula), me llama Hernán desde Salta para decirme que está preso. Pedí prestado (no sé de dónde sacó Riki la plata) y viajé en avión. Mi hermano no estaba

preocupado por la prisión sino por el abandono. Ni su ex novia, ni su madre se daban por enteradas. Se había preparado para la lucha pero no para la traición: había soportado todas las inclemencias pero no esa respuesta rastrera de plantarle pruebas falsas para inculparlo injustamente. Y aunque intentó mostrarse entero, supe que se había quebrado. En el primer momento no aceptó mi consejo de hacerse pasar por evangelista para evitar el terrible pabellón general. Aún creía, me parece, que en el juicio se haría la luz. Pero cuando comenzaron a pasar los meses, ya en Metán, y no aparecían ni el abogado ni el juicio, comenzó a dudar. Yo solamente podía enviarle cartas y la mayoría no se las entregaban. Estaba solo. Vencido. Se le acercaron los colombianos, y aceptó el trato.

El nuevo abogado, puesto por los narcos, petitionó un juicio abreviado. Mi hermano se declaró único culpable de un importante caso de tráfico de cocaína por la frontera salteño-boliviana y rápidamente, con el acuerdo del fiscal (quien junto con el juez habían sido convenientemente adornados), le dieron una condena excesiva de diez años de cárcel. Pero todo era para la prensa. La foto apareció en primera plana. Las voces airadas de los honestos ciudadanos se acallaron y todo se olvidó con la velocidad de las noticias. Pasaban los meses y seguía adentro. La situación se había hecho insoportable. Según la explicación de los colombianos, había habido un cambio en los contactos con los poderosos de turno, y el arreglo previo había caducado. Tres años después inventaron un motín que sirvió para que cuatro reos se fugaran. Dos autos los esperaban, huyeron hacia la ruta 16. Uno apareció volcado e incendiado con dos cadáveres en las cercanías de El Tunal. Uno, según los medios y los forenses, era Hernán.

Pasaron los meses, nació Alejandro, mi medio hermano. Conseguí unas horas de clase, que tampoco nadie había querido, en la escuela Agraria de Abasto. Funcionaba provisoriamente en las caballerizas de Estancia Chica. Unos studs a los que se les había hecho un alisadito de cemento tan delgado que pasaba arrasadora la humedad y el frío. La media hoja de arriba y la de debajo de las clásicas puertas, habían sido malamente clavadas para que se abrieran a la vez. Una precaria instalación eléctrica hacía pender un portalámparas (sin lámpara) en el medio del salón. Si estaba muy oscuro y se necesitaba luz artificial, el secretario traía una de las pocas bombitas, se ponía en puntas de pie, enroscaba y fiat lux de inmediato porque no había interruptor. El colegio era mixto y con mucha matrícula (se daba de comer al mediodía), pero tenía un solo baño para los más de trescientos alumnos, que en realidad era una inmundia letrina en una habitación sin puerta. Lo único agradable del sórdido establecimiento escolar, eran los árboles. Las personas adultas luchábamos contra el impulso negativo que el medio nos provocaba, pero los jóvenes, en su mayoría, se dejaban arrastrar por él. De manera tal que el lugar era muy violento. Algún arma de fuego apareció en manos de adolescentes, y muchas armas blancas. Aunque mis alumnos tenían alrededor de 16 años y habían sido promovidos a lo largo de casi todo el ciclo escolar, apenas sabían leer de corrido. Mi garganta era una lija de tanto leerles cuentos, como a niños, que les encantaban y los mantenían atentos. No eran las directivas del Ministerio de Educación, pero qué otra cosa podía hacer. El micro solamente entraba a las 8 y a las 17hs. y en los demás momentos había que caminar más de cuarenta cuadras para llegar. Era un lugar abandonado

de todo y por eso me sorprendió que una mañana me estuviera esperando el secretario con un paquete de la editorial Kapelusz. Tuve que firmar un recibo donde se leía “ejemplar gratuito de promoción para docentes”. Lo abrí, era un pequeño libro “Edgar Allan Poe, El escarabajo de oro y otros cuentos”. Me sorprendí alegremente. Alguien se había tomado el trabajo de llevarme un regalo hasta allí, y el regalo estaba muy ligado a mis gustos. Mientras sonaba el timbre de mi clase y me dirigía al “aula”, lo revisé rápidamente. Era una mala traducción, con hojas que se despegaban. Tras un breve prólogo evidentemente escrito para llenar tres páginas, venía mi cuento favorito. Y tres o cuatro hojas más allá, una rara lámina desprendida que imitaba el pergamino hallado por William Legrand en la playa junto al barco hundido. Entré al aula y tuve que suspender mi curiosidad hasta el mediodía.

A la hora de comer no fui al salón sino bajo los árboles, con un alfajor, como solía hacer. Abrí mi bolso y saqué el libro y la otra golosina. Allí estaba el mal dibujo de la calavera-escarabajo. La hoja estaba suelta, la tomé y mecánicamente la miré al trasluz. En el cuento es por el calor del fuego que aparece el mensaje del pirata, el capitán Kidd; a mí me bastó con la claridad para notar que había un texto mezcla de números y signos. Cuánto trabajo para una edición tan barata. No era lógico. Observé con más detenimiento y noté que empezaba con un cuatro y un ocho. Busqué en el cuento la explicación de Legrand al narrador y empezaba con 55. Puse la hoja que imitaba el pergamino junto al pasaje que decía: “Al llegar aquí, Legrand, habiendo calentado otra vez el pergamino, lo sometió a mi examen. Los caracteres estaban rudimentariamente

trazados en color rojo, entre la calavera y la cabra: 53 ++ + 305))6\*; etc.” Y decía, en cambio: 48(?5\*+ y a renglón seguido cinco líneas más de números, asteriscos, más, menos, paréntesis... Con enorme ansiedad corrí las páginas buscando en el cuento las claves, eran las mismas. El cuatro, la hache; el ocho, la e; el paréntesis, la r... En suma: “Hermano, estoy vivo...” Y una breve pero conmovedora carta, que debo reservarme, en la que me daba a entender que había sido un plan de los colombianos, que habían cumplido con su palabra. ¿A quiénes habrían sacrificado en aquel auto? Probablemente un ajuste de cuentas les haya servido para fraguar nuevas vidas. Mi hermano vivía. En algún lugar, con otra identidad. Con el tiempo, pensé, podré trenzarme con él de nuevo en un abrazo, pero los años pasaron sin noticias. El final del cuento de Poe parecía escrito para la ocasión: “Está claro que Kidd debió de tener ayuda en su trabajo. Pero una vez terminado este, pensó que era más prudente suprimir a todos los que participaban de su secreto. Tal vez un par de golpes de azada fueron suficientes mientras sus ayudantes estaban ocupados en el pozo. ¿Quién nos lo diría?” Reemplazando Kidd por Killer y azadas por auto incendiado, la realidad imitaba a la literatura una vez más.

Riki, que estaba pasando por uno de sus negros períodos de alcohol, fue el único en alegrarse. Había sido muy amigo de mi hermano. Tenían en común muchas cosas, entre ellas el gusto por los enigmas y juegos de palabras. Y para ambos, como para mí, el cuento de Poe estaba amablemente ligado a nuestra adolescencia, las primeras lecturas y discusiones bizantinas sin fin. Mi madre, en cambio, que después de tantos años de padecimientos había comenzado

a vivir de nuevo, con su marido, un buen hombre simple, y su bebé, mi hermano Alejandro, no quiso aceptarlo. Se encerró en la idea más conveniente para todos, según ella, de la muerte accidental en una ruta perdida de Salta. Acepté mantener el secreto. ¿Qué podía ganar divulgándolo más que poner en riesgo a Nano?

Después del verano, apenas recibido y por la ayuda de otro amigo de mi padre, entré a trabajar como ayudante de cátedra en la Facultad. Conocí a Marigé, una alumna, y rápidamente nos pusimos de novios. Fue un año glorioso para mí, pude terminar mi primera novela. Pero la Universidad estaba plagada de promilicos y alcahuetes paranoicos, de manera que después de dos o tres encontronazos ideológicos, me echaron amablemente.

De nuevo comenzaron las penurias. Nos habíamos ido a vivir juntos con Marigé a un departamentucho horrible que era palacio para nuestra eterna luna de miel. De nuevo a completar el sueldo con trabajos de pintura. Mi madre nos traía algunos víveres y Edelmira algo de ropa que Marigé vendía por allí. Lamentablemente no podíamos contar con la visita (y las pizzas) de Riki que seguía ausente inmerso en su adicción. Muy reciente era el aborto que su novia se había realizado y mi amigo estaba en la peor etapa de alcohol y oscuridad. La ciudad parecía un domingo a las tres de la tarde. Y los pocos que se animaban a andar por ella por necesidad, tenían la actitud del resignado a la muerte. Con sus crímenes y el terror, los golpistas habían vaciado la vida pública.

Pero todo pasa. Pasaron los militares, pasó la guerra, pasaron las elecciones. Había sumado, ya con el título, a las horas de clase de la Agraria, otras

en distintos colegios. Marigé había hecho una carrera rápida y brillante y había conseguido algunos trabajos free lance para una Organización No Gubernamental, lo que nos permitió alquilar un departamento más agradable y amplio cerca del Parque Saavedra. Los largos viajes en micro de un colegio a otro, me daban algún tiempo para anotar ideas y uno que otro párrafo de mi segunda novela.

Por aquel año de 1983 ocurrió uno de los sucesos más inolvidables de nuestras vidas: verlo, escucharlo, estrecharle la mano a Julio Cortázar. Había vuelto al país después de muchísimo tiempo. Eran los primeros días del mes de diciembre. En un salón repleto del teatro San Martín, fue la teofanía. Creo que por los pasillos también circularon los cronopios. Un día mágico inmerso en una sociedad que había recuperado las calles. Explotó la alegría (aunque no todo fue perfecto, el presidente recientemente electo no lo recibió al enorme Julio). En el salón del San Martín se concentró el clima de euforia que se vivía afuera. Dionisos había cruzado el mar y todos estábamos dispuestos a la danza orgiástica. Marigé y yo, tomados de la mano, nos las apretábamos de incredulidad y alegría. Después de las presentaciones y las palabras todos corrimos hacia el frente. Julio saludó, sonrió, soportó los flashes, firmó libros, tendió su mano. Pudimos tocarlo. Mientras mi mujer cruzó su brazo entre otros hombros para estrecharle la derecha, yo le palmeé la espalda, casi a la altura del codo, gracias a un topetazo que me permitió acercarme entre amables ménades. Inmediatamente retrocedimos, sin dejar de mirarlo, para que otros cumplieran con el ritual. En el torbellino de cuerpos chocados, alguien me tomó fuertemente del brazo. Yo seguí mirándolo a Cortázar. Ninguna zancadilla, patada voladora o llave doble Nelson, me distraería



de ese momento histórico. Pero la presión se acentuó y una voz entrañable me susurró desde atrás en medio del torbellino. Y logró llamarme la atención. La voz dijo: “Hola, hola. Este muchacho baila como un loco. Le ha picado una tarántula.” El epígrafe de “El escarabajo de oro”, pensé mientras me daba vuelta y me topaba a diez centímetros de la mía con la cara de mi hermano Hernán. “No digas mi nombre”. Y nos abrazamos intensamente. Tanto que llamó la atención de Marigé. La abracé también a ella, que vio la cara de mi hermano y aunque nunca lo había visto antes, supo quién era. Mi hermano muerto, mi hermano Nano el narco. Los tres no desentonábamos por nuestras lágrimas y caricias, en un ambiente tan acorde. Tampoco llamábamos la atención. Todo duró muy poco. Unos quince minutos. Hernán había aprovechado la ocasión para confirmarme que estaba vivo y asegurarme que nos veríamos en breve. Me dijo antes de irse: “Me tenés que jurar, acá, frente a Julio Cortázar, que te vas a dedicar a escribir. Yo te voy a ayudar con la plata. Dentro de una semana exacta buscá en los avisos del diario *El Día*, un auto para comprarte.” Y se escabulló cinematográficamente en la marea humana que seguía de fiesta y apretujón.

Volvimos a nuestra casa abrumados de emociones. De Cortázar a Hernán, de Hernán a los cronopios, de la Casa Tomada a los narcos que cumplen con su palabra. Repetimos hasta el cansancio durante el viaje en tren, los gestos y frases de Julio, las frases y gestos de mi hermano. Marigé dijo que éramos idénticos y hablamos un rato sobre los parecidos de los hermanos que no se ven parecidos. “Los gestos, esa manera de torcer levemente la cabeza para pensar. La forma de apoyar la mano cariñosamente sobre el hombro. La voz.” Se lo acepté

aunque yo no notaba esas similitudes. Y después cuando aflojaron un poco las emociones, recordamos, ya en el ómnibus, rumbo a casa y sin ramo de flores, lo del diario y el auto. No terminábamos de entender. Fue Riki el que me dijo que obviamente encontraría algún mensaje a los que tanto él como mi hermano eran afectos hasta el agobio.

Siete días después, exactamente, busqué en los clasificados con absoluta ceguera y sin rumbo. Una y otra vez, Marigé soportó mis puteadas. A mi hermano, al diario, a los enigmas pelotudos (de pasada a Riki, Rey del Misterio) y a los que venden y compran y permutan autos con su jerga barrocoabreviada. De arriba para abajo, de atrás para adelante me hice doler los ojos con la letra chiquita de los “permuvendo chiche nunca taxi, sra. mayor vende, fiat 1100, 1500, fitito, falcon, estanciera, vw original”. Como suele ocurrir, uno no ve lo más visible. Las llaves sobre la mesa son más difíciles de encontrar que en el fondo de un cajón lleno de papeles, cuando ya uno está obnubilado. Y así fue, que a la tarde del séptimo día, al apoyar la taza de té sobre el diario, me saltó a la cara el aviso: Escarabajo color dorado, y una larga serie de números que supuestamente serían, teléfono, modelo, dirección, precio. Escarabajo de oro, ¿no escaparemos nunca de las manos de don Edgardo? Llamé con cierto resquemor al teléfono. Me atendió una voz anodina que me indicó que el Banco ya había cerrado, el horario de atención al público terminaba a las 15 horas. A la mañana del día siguiente me llegó otro paquete con un libro de promoción, la misma edición de los cuentos de Poe. No traía ninguna lámina. Revisé el texto y noté que la página donde aparecía el mensaje del pirata Kidd, había sido cambiada por otra. Comparé con el

ejemplar que me llevaran a la Agraria, era exactamente igual, salvo el mensaje cifrado. Lo convertí por medio de la tabla que aparece en el cuento. Otra vez mi hermano jugaba al misterio. El número del aviso clasificado era el de una cuenta en el Banco Provincia, a mi nombre. Finalmente decía: “Es hora de ponerse a escribir. Basta de vueltas. Dedicáte a la novela.” Fui al centro, retiré lo que creí que nos bastaría para vivir un mes. Quedaba un resto importante como para medio año. ¿Lo que más me sorprendía era el procedimiento: si me iba a mandar un libro con indicaciones, por qué no enviarme allí mismo el número de cuenta? Evidentemente Nano quería divertirse y no sólo le sobraba el dinero, sino también el tiempo. Un toque de creatividad, a su manera.

Terminaron las mesas de exámenes y terminó el último año del Proceso. Nos fuimos unos días en carpa a la costa. Fue mágico y sin misterios. Marigé me llevaba flameando por la playa desierta casi al amanecer, en sus caminatas agotadoras. Cuando yo no daba más, o fingía no dar más, no sentábamos en la arena a mirar el mar tomados de la mano. Luego otra trotiada tremenda y la fruta o el sanguchito frugal que administraba celosamente mi mujer. Fue un verano de maravillas. Amor, mar, literatura. De regreso tras una decena de días, continuó el clima de ocio creativo. Temprano salíamos a correr por el Parque, luego una ducha y a escribir. Pero comenzaron las clases y me atosigué nuevamente de las tareas y los viajes en micro. Alumnos, directivos, problemas, montañas de papeles borroneados por adolescentes para corregir fueron dejando atrás el envión productivo. La novela quedó otra vez atrapada entre las rutinas. No me animaba a cumplir con la promesa ante el dios Julio realizada a su acólito Nano. Tenía una

mezcla de prejuicios y temores. Finalmente opté por el mediocre camino intermedio, hice cuentas, distribuí el dinero colombiano a lo largo del año y tomé una licencia sin goce de sueldo en la mitad (dije camino mediocre), en la mitad de las horas de clase. O sea que estaría medio cansado, medio abrumado y medio creativo.

El año transcurrió sin novedades. De ninguna índole. No pude avanzar con mis escritos. Me sentí tan tibio, tan cobarde que pensé tomar una tajante decisión. O bien no tocaba el dinero de mi hermano (quien seguía depositando en la misma cuenta) o bien me tiraba de lleno a la piletta. La necesidad de escribir me torturaba más que mi conciencia, de modo que –tras analizarlo con Marigé- opté por quedarme con lo mínimo indispensable como para tener una especie de “pantalla”, obra social y contacto con el mundo exterior. No me costó absolutamente nada acostumbrarme a la beca. Es tan fácil subir. Cuando ya me había a habituado al ritual del escritor que casi no necesita trabajar, mi hermano desapareció. Quiero decir que no hubo más movimientos en la cuenta bancaria. Al principio no me preocupé. Creí que, como me había depositado bastante, no seguiría necesariamente un ritmo mensual. Pero los meses también pasaron sin novedades. No era el dinero sino qué le pasaba a Nano, lo que me tenía sin dormir. No tenía ninguna forma de entrar en contacto con él. Temí lo peor. Corrieron los días y además de la incertidumbre por la vida de mi hermano, se fue acabando el dinero. Tuve que volver a trabajar. A taparme de horas de clase. De la mañana a la noche. Y por supuesto la novela se ahogó. Me faltaba el capítulo final y los retoques generales. Pero la cabeza estaba abrumada por otras ideas y

preocupaciones. A la noche los fantasmas literarios me corroían. Empecé a sentirme realmente mal. Seguí trabajando a duras penas, quemando los pocos cartuchos de energía que me quedaban. Hasta que un día, como ya conté, decidí recurrir a la Hepatitis II. Un poco a los tropezones pero logré terminar en el mes de licencia médica con la escritura de un capítulo, el último, y la solución de los errores de continuidad que se habían ido sumando por la manera distraída y despareja en que había sido escrito el resto.

La hepatitis se curó milagrosamente en un mes. Repuesto y con la novela terminada, después de la frustración de un par de concursos y el rechazo de otro par de editoriales, decidí pagar una modesta edición de autor. De los quinientos ejemplares se vendieron muy pocos, aunque como premio consuelo recibí buenos comentarios de algunos de esos escasos lectores.

De mi hermano no tuve ninguna noticia. Revisé diarios, hurgué en la sección policiales, pero cómo me enteraría si él ya estaba muerto para todo el mundo. Seguramente había cambiado su apellido, todos sus datos personales. Aunque lo encontrara en el periódico, cómo reconocería su nueva identidad.

Un año después fue Riki el que me lo devolvió a la vida. Nano había viajado en el micro junto a él, con el pelo teñido, un bigotón nietzscheano y anteojos culo de sifón. Entre los ruidos de los barquinazos y bocinas, le pidió que me avisara que había tenido problemas. A su manera.

Al menos eso creyó mi amigo. Y a la luz de lo que descubriría inmediatamente yo también me convencería. Al más puro estilo novela policial, a las cuales éramos afectos los tres, mi hermano se le apareció a Riki.

Mi amigo había bajado del tren a las 16.14, había cruzado la avenida 44 y después de unos pocos minutos ya estaba en el ómnibus que lo dejaría a dos cuadras de su casa. A pesar de la hora había pocos pasajeros. En el último asiento, el de cinco, había un lugar. Ese sitio incómodo, el del zonzo, en medio del pasillo sin posibilidades de protegerse de una frenada brusca. A su lado, alguien se puso de pie. Riki estaba ensimismado en sus distópicos pensamientos. El vecino lo tocó en el hombro y le dijo, se le cayó, señalándole el piso. Era un hombre muy anciano con una flor roja en la solapa de su saco oscuro. Su rostro era tan gris como su larga barba gris; su frente se arrugaba en un surco sobre las tupidas cejas. Riki miró, vio una edición barata de Poe *Los crímenes de la rue Morgue y otros cuentos*. Lo recogió de inmediato aunque no era suyo y observó de nuevo al viejo, que le guiñó un ojo vivaz mientras descendía con insólita agilidad. Era Hernán, mi hermano, con ese disfraz ridículo extraído de algún relato policial (pienso por ejemplo en el profesor de Worms de *El hombre que fue Jueves*). Mi amigo volvió rápidamente la cabeza por el vidrio trasero y lo vio perderse entre la multitud. El libro le temblaba entre las manos. Con minuciosidad de adicto miró el índice. El emblemático “Escarabajo de oro” no formaba parte de la colección. Fue entonces recorriendo las páginas y al llegar a “El enterramiento prematuro” notó algo extraño. Como suele ocurrir con las ediciones económicas había otra clase de papel, un poco más grueso y de un tinte

más claro. Leyó las primeras líneas: “Hay ciertos temas cuyo interés es absorbente, pero que también son demasiado horribles para una ficción legítima. Estos temas debe evitarlos el escritor romántico si no desea ofender o disgustar. Solamente pueden tratarse cuando la severidad y majestad de la verdad los sostienen y ratifican. Temblamos, por ejemplo, con el más intenso de los agradables dolores cuando leemos los relatos que nos hablan de la cárcel del noroeste...”

Llegó a casa agitado y sin darme tiempo a saludarlo me mostró el libro a la vez que me decía “tu hermano vive y te manda esta carta”. Acostumbrado a los desvaríos de mi amigo (que iban del delirium tremens a la teoría del complot, según estuviera en etapa alcohólica o no), no me sorprendí. Nos sentamos. Marigé había ido a trotar por el Parque como todas las tardes. Hice un té mientras él no paraba de hablar de entierros prematuros y disfraces literarios. Después del primer sorbo le cambió el ritmo y se serenó. Entonces entendí. Se puso de pie y se sentó a mi lado con el libro abierto. “Nano le sacó unas hojas y le agregó otras. Si alguien descubriera el libro no notaría la diferencia. Y si la notara no le serviría de nada porque no podría comprender. La cárcel del noroeste es donde estuvo preso. Y luego cuenta algo de un enterramiento que no está en la versión original y que obviamente se refiere a su supuesta muerte y resurrección. Un hombre sepultado en una carreta que cae a un barranco y luego se despierta y huye.” No me daba tiempo Riki a asimilar toda la información. Le pedí que se calmara y me dejara leer el cuento.

Lo recordaba bastante bien, pero opté, después de una primera lectura, por buscar la versión original y compararla. Entre las variadas ediciones de Poe que coleccionaba en mi biblioteca, tenía la misma vieja copia barata que había sido distribuida con una colección del diario local. Puse uno junto al otro y fui copiando aparte las diferencias. Mi hermano era realmente ingenioso y fuera de lo que le estaba ocurriendo se estaba divirtiendo. Esto le había llevado indudablemente bastante tiempo. No solo la concepción sino la realización. En cada uno de los cuarenta y cuatro párrafos se habían adulterado algún dato de lugar, nombre o circunstancia, o directamente un párrafo completo, como era el caso del vigésimo primero que en lugar de comenzar con el verídico “Sería cosa fácil multiplicar muchas veces estas historias, pero no lo haré.” decía: “Sería cosa fácil desaparecer de la historia, pero no lo haré.” Y continuaba: “Después de estar sepultado meses en la selva, huyendo de las autoridades en unas balsas por el río limítrofe de color bermejo, nos vimos rodeados por los soldados. Hubo un tiroteo feroz, muchos murieron. Yo caí al agua herido y me dieron por muerto. Logré llegar a la orilla...”

Armando el rompecabezas y completando algunas fáciles lagunas, sacamos en conclusión con Riki y Marigé (vuelta de trotar, bañada y con yogur en mano) que después de la huida de la cárcel y la muerte simulada, Hernán no se había podido desprender así no más de los colombianos. Nada es gratis. Tampoco se puede uno fiar en delincuentes, salvo que estuviera desesperado como Nano. Por lo que dedujimos lo dejaron tranquilo al principio pero luego hubo algún cambio de jefes o de contactos que le cayeron con exigencias de las



que no podía despegarse. Para ellos hubiera sido muy simple enviarlo de nuevo a la prisión o sencillamente a un auto calcinado. En una de esas expediciones con los narcos, en la frontera con Bolivia (el río de color bermejo, es obviamente el Bermejo, y solo es límite internacional a lo largo de noventa kilómetros) aparentemente los cercó la gendarmería (los soldados) y gracias al enfrentamiento y la nueva muerte de mi hermano logró desprenderse de los narcos, pero a costa de quedar absolutamente librado a su mala suerte, su identidad perdida e irrecuperable, y seguramente algún pedido internacional de captura porque debían tener de él fotografías y el nuevo apellido. Llegó hasta la ribera y se escondió. Hasta el anochecer estuvo sintiendo el ruido de lanchas, voces de mando y helicópteros que andaban a caza de heridos y fugitivos. Luego anduvo penando por la selva subtropical hasta llegar ya de madrugada a una finca y luego al Parque Nacional Baritu.

El relato saltaba de allí a la ciudad donde se movía disfrazado de “múltiples disfraces”. Pero se terminaba el cuento de Poe y nos quedamos sin más noticias. En fin, lo importante era que mi hermano estaba vivo por tercera vez y yo esperaba que no se me muriera de nuevo aunque fuera a resucitar porque mi salud mental no lo soportaría.

Más tranquilos los tres, Riki buscó el libro de Chesterton, fue directamente al capítulo V “El festín del miedo” donde comprobamos que la descripción del Profesor de Worms había sido la fuente de inspiración para el disfraz de mi hermano en el micro. Deduje con puerilidad o con deseos de

mejorar lo que le estaría pasando, que si Nano tenía tiempo para releer y organizar la impresión de la carta, él no estaría del todo mal. Después con más realismo pensé que aún en las situaciones de mayor riesgo, uno es el que es. Uno es siempre el mismo. Incluso es probable que se amplifiquen o potencien nuestras obsesiones y deseos. En fin, a qué tantas vueltas, mi hermano mayor, mi querido Hernán, Nano el narco, estaba vivo. De todas formas algo peligroso le ocurría porque su contacto con Riki fue más fugaz aún que el que tuvo conmigo en el San Martín ante Cortázar. Me imaginé que pasaría mucho tiempo en soledad, escondido, como para poder pensar y tramar la manera de comunicarse. Confeccionar el clon imperfecto del cuento de Poe no es algo que se realice instantáneamente. Requiere una larga elaboración. Y luego... ¿cómo habrá hecho para imprimirlo? Volví a observar las hojas y concluí que no era máquina de escribir, era algo profesional. Una imprenta verdadera. Seguramente que el armado (cortar el cuadernillo y pegar uno nuevo) lo habrá podido hacer en cualquier pieza de pensión o cuartucho de hotel, pero la impresión, me repetía, había sido hecha en un taller ad hoc.

Riki se veía mejor que la última vez. El nuevo trabajo que había conseguido en la revista de crucigramas y entretenimientos le había dado un impulso, le había ocupado la cabeza desplazando los recuerdos tortuosos. Fue precisamente cuando volvía de la Capital en tren, después de entregar sus primeros trabajos pagos, que se encontró en el micro con mi hermano. De manera que estaba doblemente exultante. Quería mucho a Hernán (y lo admiraba), es otro cuando no vive alcoholizado, y le encantan los enigmas. Sobre todo si me

involucran también a mí. Hecho que lo hace sentirse útil y protector. Me pidió autorización para llevarse el ejemplar. Quería analizarlo a fondo.

## 10

Habían pasado quince o dieciséis años desde aquella aparición de mi hermano. En medio de la noche, a pesar del acompasado ritmo respiratorio de Marigé que invitaba a sumergirse, no me podía dormir. Esa tarde Alejandro trató de digerir la historia de su hermano Hernán. Esa tarde Riki trató de adelantar en su tarea de descifrar el mensaje de la medalla. Luego habíamos cenado opíparas grasas y hablado de códigos espiralados y Gore Vidal. Todo aquello me removió lo que estaba casi siempre en mi superficie. Y me puse a pensar en Nano. ¿Por qué tantos años sin aparecer? Después de ese breve período durante el que me depositara plata en el banco, qué le había ocurrido. Y luego, se desvaneció, y años más tarde hizo su reentrada en un micro, disfrazado a la manera de un personaje literario para dejarme a través de mi amigo Riki un libro de cuentos en el cual hay una adulteración que se convierte en carta personal. Y de ahí en más sólo dinero. Más de una década enviándome mensualidades abundantes de las maneras más extrañas: giros de bancos extranjeros, cash en un sobre mezclado con la boleta de impuestos, tarjetas de insólitas empresas que me abonan inmerecidos salarios por trabajos que jamás realicé para ellas pero que debo justificar. Porque todo el dinero debe ser justificado. Y a menudo no sabía cómo. Tuve que mentir porcentajes para el fisco correspondientes a cursos que no había dictado o a

alumnos particulares que no había tenido o a traducciones que si bien había realizado no me habían significado un pago de semejantes sumas.

¿Aparecería alguna vez mi hermano o ya había muerto y la maquinaria seguía funcionando sola? Tal vez haya realizado un arreglo con los colombianos que se perpetuaba más allá de su muerte, beneficiándome. ¿Y por qué no creer que su negociación había consistido en que durante determinado período los narcos se comprometían a depositar sumas proporcionales a algo? O sea que el dinero que yo continuaba recibiendo no probaba que mi hermano estuviera con vida. Aunque hacía años que no lo veía me sobrecogió el temor a perderlo.

Por otra parte, pensé esa noche de insomnio, también podría ser que Nano sufriera algún tipo de enfermedad, alguna grave afección de la memoria o de la personalidad. ¿Y si fuera un mitómano que conservaba un exacerbado afecto por mí? Algo se le había descabalado en la cárcel o en la selva, algo se había quebrado en él durante sus huidas por ríos y alturas, y como consecuencia le había sobrevenido alguna clase de locura, alguna paranoia que lo obligaba a huir, disfrazarse y aparecer de manera extraña como si todas las fuerzas del planeta lo persiguieran. Una especie de Quijote enloquecido no por las novelas de caballería sino por los cuentos de Poe, por las novelas policiales, por tanta inclinación – como Riki- a las utopías negativas, organizaciones secretas (los ciegos de Sábado, la sinarquía, el Gran Hermano). Quizás todo eso afectara su sensibilidad. Una persona tan permeable al dolor ajeno, al padecimiento del otro. Y a la vez tan reservada, tan callada. Recuerdo que cuando murió nuestro padre (al que él amaba

sobremanera), Nano no quiso ir al entierro. Se quedó solo en casa, en el cuarto, mirando la pared. Cuando regresamos mi madre y yo (y algunos parientes que se fueron pronto), Hernán dejó bruscamente la guía telefónica en su lugar, y vino a cenar con nosotros en la cocina. Nunca más mencionó a papá. Un par de años después, yo estaba buscando un teléfono y casualmente descubrí la página en la que figuraba el nuestro, tras el apellido y nombre de nuestro difunto padre. Estaban prolijamente tachados con un trazo grueso y firme de tinta. Desaparecido el nombre bajo el borrón, supuestamente desaparecía el problema. O se cerraba el capítulo de la muerte sin elaborar el duelo.

En la serenidad de la noche cualquier ruido lejano (ladrido o viento o auto) me volvían a un recuerdo. Una pálida luz entraba por las celosías. Marigé, afortunadamente, no tenía pesadillas de selva ni abandono. Solo estaba yo. Solo. Me puse a pensar que tampoco mis raros viajes en el tiempo me habían ayudado con mi hermano. Nunca había tenido un acercamiento a algún período, a cualquiera, de su vida. Lo había intentado pero no había podido. Evidentemente esos traslados no se originaban en mi voluntad.

Después de escuchar los primeros movimientos del alba (barrendero, más autos, gente caminando), me dormí.

Desperté pasadas las diez de la mañana. En realidad me despertó Marigé con un frondoso desayuno. Frondoso, lleno de vegetales que se ramificaban en la bandeja. Un jugo de zanahoria, tomate y apio; tres galletas de salvado untadas con mermelada de ciruelas, otras dos con frutilla. Té de cedrón.

(Estaba mucho mejor desde que se le había abierto una puerta hacia sus verdaderos padres.)

¿Qué más quiere uno que ser mimado? E inmediatamente vino a mí, regresó, el recuerdo de mi hermano, los pensamientos y dudas sobre Hernán. ¿Mitomanía, paranoia, verdad? De cualquier modo, ¿qué es verdadero y qué falso cuando se habla de lo psicológico? La palabra “mentira” viene de “mente”. Lo opuesto al cuerpo. Como “naturaleza” es lo que no es “cultura”; “mentira” es lo que no es “cuerpo”. Parece un galimatías. Entonces, reflexiono mientras bebo con fruición el delicioso té que me preparó mi esposa, cualquier producto de la mente, cualquier idea, fantasía, recuerdo, es una mentira.

Si mi hermano mayor continúa vivo, qué importa el resto.

Traté de hacer un retrato de Nano. Y después de dar las primeras y obvias vueltas en torno a lo exterior, a su aspecto, fui lentamente hacia adentro. Recordé situaciones vividas, luego contadas. Con los ojos cerrados, en la habitación plácida y silenciosa, con la paz que tiene la ciudad a media mañana, se me asomaron algunas imágenes que fueron ganando el centro de la escena: Hernán abanderado, Hernán serio, estudiando, Hernán tachando el nombre de papá de la guía. Hernán dando un portazo yéndose de casa. Abandono, es la palabra. Mi hermano no fue o no se sintió querido por nuestros padres. No importa lo que ellos hicieran o dejaran de hacer, Hernán se sintió –creo- falto de cariño. Alguien que, en consecuencia, debía pagar por amor. Hacer más de lo necesario, un plus, hacer siempre un poco más de lo que le pidieran para que

luego le retribuyeran con un gesto de amor, una caricia, una sonrisa o cualquier otra demostración. Quizás fuera por eso que me enviaba dinero. Sí, claramente era por eso, para que lo tuviera presente siempre, para que mis pensamientos en torno a él le llegaran, vaya a saber cómo pero le llegaran. Me lo imaginaba en cualquier habitación, solo, haciendo planes para sorprenderme, para llamar mi atención con dinero, enigmas, juegos, bigotes y literatura.

Mi pobre, querido hermano solo.

## 11

Llegó Riki, casi no podía hablar. Tenía la cara hinchada por una muela. Y aunque trataba de disimular, le dolía. Intenté convencerlo de que fuera a lo de mi cuñada. Tomé el teléfono para llamarla a Claudia y pedirle que lo atendiera, que era una urgencia. Pero mi amigo se opuso. Me mostró una tira de remedios y le hice prometerme que iría a tratarse al día siguiente. Con dificultad, trató de explicarme algunos avances que había hecho en la comprensión del mensaje de la medallita. Pero le fallaba, según entendí, el ritmo, el paso con que saltar de una vuelta de la clave a la espiral siguiente. Había comprendido o vislumbrado un primer fragmento breve, pero cuando quería pasar al segundo plano, el texto se descalabraba sin sentido. Debía seguir probando, me dijo ya en la puerta mientras encendía un cigarrillo. El humo junto con el antibiótico, lo adormecería. Riki tenía teorías también para sus muelas: cuando ya los calmantes fuertes no hacían efecto había que recurrir a los antibióticos. Y siempre al

cigarrillo. No agregó nada con respecto al alcohol pero sé que también lo consumiría como analgésico.

Me dejó unas diez hojas en las que enumeraba otras personalidades de su Barrio Idiota:

°Tilín-tilín: flaco de espaldas y frente, gran panza visto de costado. Pasa todos los días con dos envases vacíos de vidrio en una bolsa. Van haciendo el ruido que le da nombre. Son dos botellas de cerveza por comida. Vive solo, él con su barriga. En el negocio de la esquina su pensamiento emblemático se puede resumir en la frase “a los drogadictos hay que matarlos a todos”.

°OMP3 (orgásmica del mp3). Colorada también cincuentona que todas las tardecitas aúlla de placer tras la ventana de su dormitorio aunque no se hubiera visto acceder a ningún hombre que la ayudara en tal faena. En ocasiones en las que no está, deja una grabación con los gemidos y frases ad hoc para exhibirse como recordwoman sexual. Alguna que otra vez aparece un señor que le brinda su apoyo no virtual.

Luego hay una lista de personajes. Algunos están tachados. Los viejitos asistidos cuyos cuerpos van a ser descubiertos por el olor –según dicen ellos mismos. El vendedor de autos que pierde plata. Las chicas que estudian sentadas en el piso en la vereda a la noche y miran sus fotocopias sin ver mientras cotorrean sobre programas de tevé. La que intenta suicidarse sin éxito (se acuesta en medio de la calle, toma cloro, se cuelga del ventilador de techo y se le cae en la cabeza).



Después de un par de páginas vienen otras cinco, mucho más interesantes y trabajadas, en las que Riki analiza varias novelas: *Fahrenheit*, *La naranja mecánica*, *Hijos de hombre*, *1984*, *Un mundo feliz*, *Kalki*, *Mesías*, *Nosotros*. Es una especie de monografía cuya introducción se refiere a *La metamorfosis* y *El proceso* como descubrimientos visionarios. Luego cuenta una anécdota del rumano Virgil Georghiu que se refiere a canarios y minas, conejos y submarinos. Los animalitos son llevados a esos lugares extremos porque sus muertes indican que hay que salir de esos lugares. El rumano luego los compara con los poetas o escritores, que por ser seres sensibles perciben en el aire, antes que el resto de la sociedad, lo que va a ocurrir. Kafka previó el nazismo, la discriminación, el abuso del poder, la transformación del hombre en nada. Después analiza, a partir de cada novela, qué percepciones del mundo venidero tuvieron sus autores: la opresión, el control por la pantalla, la violencia como bien supremo, etc.

Me llamó la atención especialmente lo que dice sobre *Kalki* y *Mesías*. Gore Vidal vivió en Guatemala. Estaba allí cuando el presidente Arbenz fue derrocado por un golpe en el que tuvo un papel fundamental la CIA y la Fruit Company. A partir de ese momento, que mi amigo considera crucial en la historia latinoamericana, se desarrollan los sutiles planes de propaganda que distorsionan absolutamente la verdad convirtiendo a las víctimas en victimarios; se desarrollan también las técnicas de tortura, los bombardeos indiscriminados utilizando la muy reciente aviación de guerra. El control. Según mi amigo, Gore Vidal tuvo allí la percepción de lo que se venía. Así como Orwell se inspirara en los gobiernos

autoritarios de su época o P.D. James en las estadísticas de decrecimiento poblacional que convertían a Europa en continente de ancianos; de la misma manera en ese lugar de Centroamérica se concentraron los mecanismos que se harían patentes décadas después.

El análisis se interrumpía. O faltaban hojas. La última del paquete que me dejó mi amigo tenía algunas consideraciones muy graciosas sobre las malas palabras, una enumeración bastante exhaustiva y una propuesta delirante para su uso “más educado” que consistía en cambiar una sola letra del insulto. Pero mi cabeza dejó de leer y siguió dándole vueltas a las distopías y a Guatemala. Justamente el país de donde parecía provenir mi esposa, y la misma época durante la cual sus padres vivieron allí.

Aquella noche cenamos solos. Se cortó la luz y pusimos unas velas decorativas (de las otras, las comunes, no teníamos) que si bien no eran muy prácticas creaban una atmósfera romántica. Descorchamos un malbec que había guardado de mi cumpleaños y cenamos un hígado a la francesa que estaba soberbio. Marigé intentó darme explicaciones sobre las propiedades del hígado y la manera en que lo había elaborado, pero opté por tomarla de la mano y comimos en silencio. Esa luz crea un clima y marca un límite dentro del cual uno parece estar protegido. Invita a estar cerca, cobija y aísla del exterior. Por un instante me sentí confuso, pero casi de inmediato noté que estaba en otro lado.

Era también de noche pero el aire más cálido y los ruidos distintos me ubicaron en un lugar boscoso. Se veía poco, no había luna, solo el

cielo estrellado y algunas pequeñas fogatas. Bajo un árbol enorme, había una pareja y una niña de aproximadamente dos años corría alejándose y acercándoseles. Jugaba a dar pasos largos o a levantar excesivamente las rodillas mientras meneaba la cabeza. Canturreaba palabras que no pude entender. De golpe –se había alejado unos diez metros- volvió corriendo y abrazó a su padre y luego a su madre. Lloriqueó de sueño y su madre la llevó hacia una carpa, pasó a mi lado y vi su rostro, escuché que le cantaba y la hacía dormir.

Fue un momento nada más, un viaje muy breve. Cuando regresé a la mesa iluminada por la vela, vi la cara de la niña ya crecida frente a mí. Fue un viaje muy breve en el tiempo, pero muy intenso. No le dije nada a mi esposa. En su actual estado de excitación y sensibilidad frente a todo lo que se refiere a su pasado, a sus orígenes, no creo que le hubieran sido beneficiosas mis extrañas experiencias. Nos fuimos a la cama temprano y sin luz.

Me desperté a la madrugada. Había vuelto la electricidad y el ruido de la heladera más las lámparas que habían quedado encendidas, me sobresaltaron. Afortunadamente Marigé siguió dormida. Yo no pude recuperar el sueño y tras dar muchas vueltas en la cama, me puse boca arriba mirando sin ver. Recordé una escena de mi novela histórica, cuando el grumete, acostado en la bodega del viejo barco, cree pasar por un hueco a través del tiempo y verse a sí mismo anciano. La escena me había costado mucho trabajo y no la había podido escribir a mi gusto por falta de concentración hasta que fragüé aquella hepatitis que me permitió un mes de independencia. Mis libros habían circulado siempre en

pequeñas ediciones de no más de quinientos ejemplares. Tanto esfuerzo para tan pocos lectores. Años de levantarse antes, de acostarse después, de verse mentalmente acosado por páginas que no se terminan, y luego no tener casi respuestas. Para peor, recibí siempre críticas excelentes. Quizás hubiera preferido que me destruyeran y dedicarme a la docencia sin más. A tal punto que cuando salió *Argentino Serial*, mi tercera novela, pensé en crear algún escándalo. Hubiera sido muy poco digno, por eso lo descarté. (Riki me sugirió que apareciera con traje de buzo a la salida del teatro y le tocara el culo a Moria Casán y/o que me arrojara en ala delta sobre el patio de la casa de Gran Hermano y/o que le declarara mi amor en plena misa dominical de once al monseñor en la Catedral, al grito de ¡Onán, amo tu ano! que no será palíndromo pero sí es impactante.) No fue necesario porque al escándalo lo creó la crítica. En la novela aparecen unos empurpurados sacerdotes que son abusadores de niños y además corrompidos por el dinero del gobernante dictatorial de turno. Los alcahuetes chupacirios no me lo perdonaron y me despiezaron, o esa fue su intención, con sus críticas y con las referencias biográficas. Los artículos consistían en un párrafo para tratarme de pésimo escritor, dos de inmoral anticatólico y unos cuantos más en los que contaban la vida de mi hermano mayor y de cómo fue a parar a la cárcel y su vínculo con los narcotraficantes. Todo agigantado y con muy mala leche. Como resultado se agotó la primera edición de quinientos ejemplares y se hicieron tres o cuatro más hasta llegar a los seis mil. Recibí elogios, insultos, amenazas, maldiciones escritas en estampas de santos, hubo cadenas de oración. Me invitaron a programas de tevé a discutir sobre educación sexual, la situación

económica, el fracaso del seleccionado de fútbol sub22, y cualquier otro delirio. No fui. Tuve mis quince minutos de fama gracias a mi hermano el narco, y no los aproveché.

El amanecer me sorprendió rezongando contra el mundo y sus alrededores. Ya era tarde para volverme a dormir, así que decidí que me tocaba a mí despertarla a mi esposa con un agradable desayuno (agradable para mí porque consistiría en medialunas de grasa y tostadas con manteca y mermelada).

## 12

Peleo mucho con mi madre. Aunque, como dice el refrán, cuando los amigos son tuertos uno los mira de costado. Y lo mismo ocurre con la madre. Al fin y al cabo es una de las pocas personas que voluntaria o involuntariamente sufrió por uno. Me refiero cínicamente al parto. Esas reuniones en las que despliega toda su doble moral catoliconona me vuelan la cabeza. Crítica de abortos, embarazos prematrimoniales y parejas que no han pasado por el altar. Discriminadora de homosexuales, morochos y vecinos de países pobres. Clasista. Cuando está sola toma mate con galletas, con sus amigas té con masitas. Cuando joven tuvo relaciones sexuales a lo bestia, ahora señala con el dedo índice a las parejitas que se frotan un poco al atardecer. No la recuerdo así en mi niñez. Aunque un poco distante y fría con nosotros, siempre estaba al alcance de la mano. Un tanto rígida, eso sí. Pero de esa forma había sido educada. Si bien Saverio era un dulce como abuelo, había sido muy estricto y brutal como padre.

Cuando mi hermano cayó preso, el nono vino a casa con su bolsa de higos, como siempre, y sin agregar nada más a las habituales conversaciones me dio un sobrecito con dinero (él no sabía escribir). “Para el Nano”, me dijo. Si mi madre o sus hermanos se portaban mal les hacía poner la mano sobre la dura mesa de la cocina y les daba martillazos en los dedos (con el martillo de zapatero que se había traído de Italia).

A menudo me enfrentaba con ella. Incluso una vez, en medio de una discusión acaloradísima (había hablado de “bolivianos que vienen a robarnos” y otras dulzuras por el estilo) me retiré en medio de un almuerzo dominical delante de toda la familia (su esposo, las mellizas, mi hermano, su esposa, mis sobrinos) dando un portazo. Marigé, por supuesto me siguió pero hubiera sido mejor que se quedara, considerando la filípica que me dio, y que ocasionó que también la mandara a la mierda a ella.

El gran pecado es sexual, para Catalina. Y ni que hablar de las malas palabras. Pero eso no le impide defender a curas abusadores o a gobernantes corruptos. Mi esposa, con esa mirada cervantina que tiene, trata siempre de hacer que yo comprenda a mi madre. Es una revancha, dice, contra las enormes penurias que pasó en la niñez. Y la compara con Edelmira (que es –digo yo- un ser adorable), quien la mantuvo engañada toda la vida con respecto a su origen. Hay resortes que uno no maneja de las razones que mueven a otros a comportarse de tal o cual forma. Está bien, acepto, pero eso no quita que me

recaliente, que me ponga verde y quiera estranglarla. ¿Comprendés mis resortes?  
Marigé se ríe.

Caty (porque Catalina o Cata son de vieja) tiene a su vez el raye del peso y la edad. Por eso se lleva bien con las mellizas. Tal vez tenga razón mi esposa en decir que mi madre finge que le preocupan dietas y arrugas para acercarse a esas pobres chicas que crió. Quedaron sin madre al nacer, con un padre que se casó rápidamente con Catalina para que hubiera una mujer que les diera afecto (en primer lugar a las bebitas, luego, si quedaba un poco, a él). Aunque sea la antítesis de mi padre, es un buen hombre. Marigé opina (o dictamina) que papá con su personalidad tan imperialista, opacaba a mi madre. Él era siempre el centro. Con su charla interesante, sus conocimientos de todo, su gracia, su histrionismo, su gentileza y seducción. Tocaba la guitarra y la despertaba, todas las mañanas, con una canción amable, un bolero romántico. Hacía el gasto de la conversación. Todos querían estar a su lado, formar parte de su entorno. Atrapados por su gracia. Y mi madre, una luna en eclipse. Opacada, satelital, periférica. Si bien su muerte la derrumbó, también la liberó. Debí encontrarse con ella misma, salir al mundo, enfrentar la realidad. Y descubrirse. Era joven, estaba en la mitad de sus treinta, pero desde diez años a esa parte no se había preocupado por ser. Era muy cómodo, girar alrededor del otro. (Por eso siempre me preocupó no repetir el modelo y dejar su lugar a mi esposa. No fue fácil. Pero no fue igual que en la generación anterior.)

Las pobres mellizas toman rivotril como si fueran caramelos, hacen dieta (no comen más que un poco de repollo crudo al mediodía), sufren de ataques de pánico, vértigo, fobias variadas. Han gastado una fortuna en ponerse extensiones que después se quitan, en ponerse implantes dentales, tetas, botox. Van al gimnasio, al spa y hacen tratamientos de belleza. Tienen dos perritos caniche toy que llevan a peluquerías caras y al psicoanalista de animales. Son dignas de figurar en la lista rikiesca de involucionados. Pero aman a sus sobrinos. Dejan de salir con novios por estar con ellos, los miman, los malcrían, les compran ropa cara de marca, los llevan a pasear.

En una reunión, debe haber sido mi cumpleaños, en que ellas estaban y también Riki, tuvieron las melli una discusión digna de una escena de Woody Allen. No recuerdo cómo habíamos ido a parar, en la conversación, a la teoría de la relatividad (¡en un cumpleaños!) y comentarios sobre la velocidad de la luz y el ejemplo que da Einstein de los dos mellizos. Uno viaja a 300000 kilómetros por segundo a Próxima del Centauro y el otro se queda. Cuando el astronauta vuelve, ochenta años después, sigue teniendo veinte, pero el que se quedó en la tierra, tiene cien. No sé si lo entendieron pero comenzaron a discutir sobre quién de las dos, en tal caso, iría hasta esa estrella y quién se quedaría a envejecer acá. Fue una fiesta muy divertida, al menos para Riki y para mí. Las hermanas siguieron peleando y aflautando la voz (es otra de sus características hablar como nenas). Afortunadamente recordaron que al día siguiente irían al shopping y derivaron hacia ropa y cambio de peinado y color. Nosotros aprovechamos que habían llegado las empanadas y nos cambiamos de lugar. Nos



sentamos junto a mi hermano Alejandro, que nos sonrió cómplice con cara de “qué par de hijos de puta que son ustedes”.

Las tres aman hablar por teléfono. Mi madre puede discursar durante horas sin escuchar lo que dicen o no dicen del otro lado. Uno puede dejar el aparato descolgado, ir al baño, leer el diario, escuchar música, que cuando vuelva a colocárselo contra la oreja allí seguirá ella sin respirar. A veces hubiera sido preferible eso en lugar de conversar porque al creer que el contenido es importante me he trezado en discusiones sangrientas de las que generalmente ella no guarda ningún rencor, ni recuerdos. Me llamó, me preguntó –mera formalidad- qué estaba haciendo, cometí el error de contestarle que había pedido licencia en el colegio para poder terminar algo que estaba escribiendo. Claro, dijo, y te lo va a financiar el mafioso. Le contesté con un insulto y le colgué. Al día siguiente apareció por casa con una tarta de coco que había hecho ella, inmutable. Pero a mí la furia me seguía. Comprendo que hasta es probable, como asegura Marigé, que no haya mala intención de su parte sino simplemente deseo de hablar, de llenar el aire de palabras sin importar el contenido ni la ilación lógica. No es algo racional. Mi madre es muy moderna sin saberlo; para ella el medio es el mensaje. Y decir es cantar en un idioma extranjero que desconoce.

### 13

Ocurrió nuevamente: estaba recordando a mi abuelo materno, el único que conocí, Saverio, padre de mi madre (Antonio murió cuando yo apenas tenía

meses), en una variedad de imágenes que iban desde la vieja casa mixta de Berisso hasta sus últimos días, ya octogenario, trayéndome de regalo una bolsa de higos; cuando pegué el salto temporal.

Como de costumbre había estado discutiendo con mi madre, esta vez mentalmente porque ella no estaba allí, y para acompañar la furia me movía por el estudio refunfuñándole a un jarrón de Tilcara, recordándole sus barbaridades y abandonos a un libro a medio leer, a las trompadas con la flora y la fauna, es decir peleándome con todos menos con la culpable, hasta que reparé en la reproducción de *Persistencia de la memoria*. La mirada pareció penetrar el paisaje daliniano, y mi cuerpo detrás, hasta un lejano barco imperceptible en el cuadro.

La cubierta repleta de gente mantenía de todas formas un cierto orden. Se podía deambular. Aquí y allá, en pequeños grupos de cinco a diez personas, comían su escudilla de polenta los pasajeros pobres de tercera. Alguno en cuatro patas bebía agua dulce de los grifos de hierro, otro tocaba la ocarina. En un rancho junto a unas jaulas con pavos jugaban ruidosos a la murra. La mayoría eran jóvenes, en torno a los veinticinco años, con una mezcla de temor infantil y dureza adulta en la mirada. Las manos de los dos contendientes se alzaban a la par del grito “cuatro”, “sette” mientras se desplegaban los dedos de la derecha, y los mirones aplaudían y reían. “Tuta la murra” pero nadie miraba el mar. El barco era un endeble puente que unía la costa de la miseria y la guerra con la ribera paradisíaca del trabajo. Cruzando uno de los largos pasillos me encontré en medio de un torbellino de risotadas, quejas e insultos. Multitud de personas rodeaban a una joven a la que le había caído un pez volador entre los pechos prominentes.

Había pegado su salto, chocado contra algo (otra persona, una sogá) y se había zambullido entre las tentadoras tetas de la napolitana, que ya se alejaba insultando y gesticulando la amenaza de ir a quejarse ante el Comisario de a bordo, mientras un caradura recogía al desvergonzado y lo exhibía con deleite sexual. Entonces lo vi. Tenía un raído saco, un cinturón de cuero con bolsita donde seguramente llevaba algo de dinero, la carta de presentación, la dirección de un paisano. Un poco más alto que en mis recuerdos (un tanito petiso), con la misma sonrisa leve y la mirada un tanto áspera. Se alejaba del gran grupo riendo cuidando una pequeña bolsa y un pan. Saverio, gritó mi emoción y él se dio vuelta pero no llegó a verme. Lo recordé entonces con un tazón de leche y un pan, con un viejo saco y corbata, desayunando en la cocina de Berisso, mojando el gran pan en la leche y diciéndome “forzáte” ante mi resistencia infantil a semejante medio litro, o casi, de leche gorda. Recordé que inmediatamente después se iba a caminar ya jubilado *de la carne*, no sabía yo adónde, y regresaba al mediodía, con alguna novedad comercial, a almorzar su eterno churrasco con ensalada y vaso de vino de la costa. Los domingos, con toda la familia reunida (él que está abandonando la suya en el sur de Italia, sus padres, sus hermanos, sus suegros, su esposa y su hijo), una picadita de salame, queso provolone, aceitunas y vermuth con un chorrito de ferné. Luego los fideos hechos por la nona y finalmente Titanes en el Ring.

El barco, una mole que había partido de Nápoles con casi dos mil personas, se desplazaba lento. Un viaje de estas características duraba unas tres semanas. Y a lo largo de todos esos días ocurrían casi las mismas aventuras y desventuras que en un pueblo pequeño: algún nacimiento con un cura bautizando

con agua y sal, una muerte y la sepultura impresionante del cadáver con los pies hacia fuera y con pesos arrojado al mar, romances, rupturas, pequeños robos, llantos de niños, enfermedades y tormentas, hasta fuegos artificiales hubo una noche cuando cruzaron el Ecuador. La gente estaba de domingo, con sus mejores galas –quienes podían- o con sus trapos acomodados. Mi abuelo Saverio, en un gesto que le reconocí, se pasaba el peine con una mano haciendo pantalla con la otra como si ambas formaran un todo; se había afeitado prolijamente tras el lavado matutino (con el torso desnudo frotarse el pecho, el cuello, las axilas, rugir con la cara sumergida entre las manos, y de allí a un rápido lavado de pies. Ritual que mantendría más allá de calefones y termotanques.) Había desayunado sus galletas (no toda la ración, algunas fueron al bolsillo) sin el mate todavía desconocido que lo acompañará hasta el final. La jornada transcurrió con la sola excitación de las noticias de América que un paisano charlatán del rancho (así denominaban a cada grupo, como en la cárcel) le transmitiera con la soberbia del sabelotodo: con escupir una semilla de naranja basta para tener un árbol, yo voy trabajo tres meses allá y vuelvo a la Italia con liras para todo el año, te dan tierras y más tierras si vas con la familia. Y a Saverio, le demudó la cara la mención. Había dejado, hacía menos de un mes, a su joven mujer y su recién nacido Giovanni. La guerra, el hambre, la absoluta falta de horizontes eran excusas aceptadas por todos. Pero él acarreaba especialmente el conflicto con su padre y con su propia paternidad. El viejo Batista, mi bisabuelo, era un patriarca del sur, muy respetado y temido de Cosenza a Catanzaro. La bisabuela Ceferina era una joven novicia hija de familia adinerada. Cierta día, con las otras aspirantes y

monjas a cargo, lavaba la ropa en el río, apareció Batista y la manoseó ante la vista de todas. Eso bastó para que la novicia se transformara en su esposa y el inescrupuloso forjara una pequeña fortuna. Luego los contactos políticos y los contactos mafiosos lo mantuvieron en ejercicio. Cuando Saverio se enteró del embarazo de su novia sintió que repetía la desvergüenza de un padre al que no respetaba. Y las excusas que esgrimía todo un pueblo hambreado y atemorizado, lo dispensaron de más profundas explicaciones. Un buen día armó su atadito de pocas cosas y partió rumbo a Nápoles en busca del vapor que difuminara su presente. Y acá lo veo ahora, a unos pocos metros, en cubierta mirando las bengalas multicolores, las candelas romanas, los cohetes y detrás permanentes las estrellas. Saca nuevamente el peine del bolsillo superior del saco, hace un cuenco con ambas manos y se lo pasa de un lado de la cabeza, del otro, quizás acompañando sus melancolías. Los fuegos artificiales son eso mismo: risa fugaz que da paso a la noche de siempre.

Extraños mecanismos de la memoria. Estaba en vivo y en directo, casi un siglo atrás, en el barco con mi abuelo, en medio de un paisaje humano difícil de describir desde este presente, olores nauseabundos brotaban de las maderas, del baño único, del pez pasado y los sudores; miradas, poses, maneras de caminar, de peinarse, de reír y llorar distintas a las que suelo ver en mi vida cotidiana, porque el tiempo –ahora lo veo- modifica no sólo las modas de vestuario. Y frente a todo eso, por extraños mecanismos de la memoria, en lugar de devorar con los sentidos todo lo que me rodea, en vez de correr hacia mi abuelo, más joven que yo, y abrazarlo y hablarle y contarle, comienzo a discurrir

sobre mis raros viajes temporales. Mi mente se dispersa del entorno y se concentra en recordar que ya en otros saltos al pasado estuvo presente el cuadro de Dalí, Persistencia de la memoria. ¿Casualidad? ¿hay alguna fuerza particular en esos relojes blandos, en esos huevos fritos colgados de árboles y piedras, o simplemente son reflejo de una situación personal? Quizás sean mojones que indican a ciertos interesados o predispuestos por dónde pasar.

Los relinchos de los caballos y un sonoro mugido me volvieron instantáneamente a mi circunstancia. El barco se había movido un poco más bruscamente asustando a los animales de la bodega. Los viajeros detuvieron por segundos su quehacer, expectantes. Fue solamente un sacudón. Sentado sobre un rollo de sogas, mi abuelo lustraba sus zapatos olvidado de todo lo aparente. Más que viajar a través del tiempo me gustaría tener la habilidad de penetrar en los pensamientos. Tendría que acercarme a él y sacarle información sin darme a conocer (había visto en muchas películas y leído en muchos libros de ciencia ficción los problemas que ocasionaría una paradoja temporal semejante. Sería el Borges anciano sentado junto al Borges joven en un banco de plaza norteamericana.)

Con un pequeño cepillo oscuro Saverio daba brillo a sus tamangos de alta suela y cuero grueso, con la misma meticulosidad y deleite que ponía en peinarse. Y ese era otro de mis recuerdos de niñez: el abuelo dejaba al sol sobre una parecita que dividía el patio de la huerta, todos los pares de zapatos de los habitantes de la casa. En ocasiones lo veía en el galpón con la horma y el extraño martillo de remendón reparando o reemplazando una media suela. Ahora

(¿ahora?) él estaba descalzo con una mano dentro y otra munida del cepillo con velocidad y ritmo constante, la vista fija en la tarea, los pensamientos seguramente en San Giovanni in Fiore entre el rebaño y las casas. Allá en el sur de una Italia en guerra que venía de otras guerras y sobresaltos constantes. Aún en la lejanía de las montañas calabresas se sufría. Cuántos conocidos habían muerto en combates lejanos. Y él, en las afueras del pueblo, salvado por los contactos de su padre poderoso. Saverio mete la mano en el bolsillo y extrae una galleta guardada del desayuno. Otro joven se le acerca y lo invita a participar de un juego de cartas. Les falta uno. Rechaza la oferta con un gesto y sigue cepillando compulsivamente. Aparece en su recuerdo montañés Josefa, una hermosa vecina morena y sonriente, y él le canta con su voz tronante que se oía de lado a lado del pueblo –así lo contará mi abuela-. Un amor simple, sin cálculos, y la pasión los arrebata en medio de tanto bucolismo. Suspende Saverio el ir y venir del cepillo, lo apoya entre sus piernas cruzadas en el piso, y lleva su mano bajo la camisa donde se demora un instante en apretar la medallita que le diera Josefa. La suelta como si le quemara y vuelve al ritmo de lustrado innecesario. Es que su partida también fue ignominiosa, su padre lo obligó a huir supuestamente de la guerra y claramente del embarazo de su novia. Y él, con sentimientos encontrados, se siente un miserable por el abandono y la aceptación –una vez más del mandato paterno- y a la vez un héroe que hará fortuna propia allá en América y rescatará a su hijo y a su futura esposa.

Mientras lo miro e intento dilucidar la dirección de sus pensamientos, recuerdo una anécdota que me contó/ me contará sobre mi

bisabuelo. Batista tendría unos veinte años, era un invierno especialmente frío, un vecino al que le debía dinero desde hacía bastantes meses y que le había reclamado ya con reiteración y necesidad el pago de la deuda, lo amenazó con ir directamente a hacer la denuncia ante el juez regional, quien sin más dilaciones – en aquellos días- dictaminaba de inmediato ante la sola declaración de los querellantes. No había ya más posibilidades de postergación ni de falsas promesas, el vecino había agotado su paciencia. Batista entonces esgrimió como última y lastimera excusa que nevaba y él no tenía abrigo, lloró su supuesta pobreza, y el otro queriendo ponerle fin al pleito le prestó un sobretodo. Fueron ante el juez y el vecino presentó su queja, adujo que la deuda no se había saldado y que no había ya esperanzas de arreglo. El bisabuelo respondió que todo eso era mentira, que él no debía nada, y que de la misma forma el denunciante podría decir que ese sobretodo que Batista llevaba puesto le pertenecía. Pero si es mío, gritó el vecino. Ante lo que el juez decidió darle la razón al pícaro bisabuelo. Quizás Saverio sintiera cuando sexagenario cierta admiración por su padre; él que también había tenido que ingeniárselas para sobrevivir a partir de nada. Pero en su presente del barco, mi joven abuelo solamente sentía vergüenza y odio. Creía en la fuerza de voluntad, en el trabajo, en una tierra donde habría recompensas para el cumplidor, el justo, el abnegado. Y cómo no estar seguro de todo eso si al principio, según el mismo me contara, después de un viaje a pie desde el puerto hasta la ciudad de La Plata (unos cincuenta kilómetros), lo harían llorar sus paisanos precursores, aquellos que había venido un par de años antes, con un asado que en San Giovanni hubiera dado de comer a todo el pueblo. Y cómo no



estar convencidos del premio inmediato al sacrificio, si dos días después sería seleccionado para trabajar en el Frigorífico sin siquiera conocer el idioma. Claro que después el tiempo con su lima le mostraría otras caras, las verdaderas, las brutales y salvajes de la vida de obrero de la carne.

Pero por el momento seguía creyéndose afortunado. El año que llegó a la Argentina hubo una insólita nevada sobre la región. Única vez en el siglo; como la lluvia de cenizas –producto de la erupción de un volcán andino- que se precipitara como mensaje del cielo. Como el cometa Haley, que fuera visto por Saverio dos veces en su vida, en 1906 y en 1986, en su niñez calabresa y en su vejez berissense, ambas como fenómenos únicos. Nevó increíblemente en estas latitudes en 1918 para hacerlo sentir como en casa al joven inmigrante, quien nunca a decir verdad se llamó desdichado, a lo sumo sufrió estar momentáneamente solo o pasando un mal trance, pero con la convicción labriega del ritmo anual, porque el invierno también pasa y hay otra primavera. La cosecha se puede perder, pero la tierra está y las manos vuelven a plantar. Y maravillosamente unos frutos sabrosos se asoman y explotan ante la vista, año a año, y las gallinas ponen sus huevos entre el chaperío del fondo, y algunas empollan y todo se multiplica lenta pero inexorablemente. Por eso hay que llenar la panza, para tener las piernas y los brazos firmes, y hay que taparse de tareas para no dejar lugar a las penas.

Mi viaje temporal, ahora me doy cuenta, parece un tour fugaz por veinte países en diez días. Por unos instantes estuve dos horas caminando con él y los otros junto a las vías del tren. Un grupo de paisanos de Catanzaro tenía

conocidos en Rosario y hacia allá se fueron, ¡a pie! Mi abuelo y otros vecinos se ahorraron las monedas del tren y caminaron hasta Berisso recorriendo una distancia que en San Giovanni les hubiera permitido ver la lejana costa del Tirreno (el Adriático está a poco más de treinta kilómetros). Luego, como en un cinematográfico cambio de escena, aparecí detrás de él clamando por un trabajo frente al portón del Swift y ante el dedo salvador del encargado de seleccionar personal. Afortunadamente yo no tuve suerte y permanecí desempleado hasta la escena siguiente en la cámara fría.

Tío Juan, primogénito de Saverio, decía respetuosamente que el abuelo no era petiso sino que se había gastado caminando, y que se conservaba tan saludable por haber estado en la heladera durante cuarenta y siete años.

Si no tenían ningún oficio relacionado –era el caso de la mayoría de los inmigrantes- el primer destino era la cámara fría. Con un buen manejo del cuchillo se podía aspirar a depostador o a matambrista, con un buen manejo de la sumisión y la alcahuetería a capataz. Pero el nono no cambió de ámbito, siguió allá adentro, al fresco, donde era más fácil esconderse para fumar o con mucha habilidad y temeridad cortar adecuadamente un matambre y sacarlo puesto de chaleco bajo el guardapolvos. El olor era lo de menos, las narices de la época (y fue lo primero que me golpeó al aparecer allí) eran otras narices más rudas, más preparadas para todo. Narices que habían olido la muerte, la trinchera, el miembro putrefacto, la gangrena, el pus, la sangre en todos sus estadios (líquido, viscoso, sólido, gasificada incluso por las bombas). Narices que no iban a moquear ante el chorro que corría por los canales hacia abajo para hacer los chacinados. Nuestro

olfato actual está saturado de perfumes, desodorantes, sahumerios, jabones de toda laya; si hasta los detergentes y los productos de limpieza de pisos y muebles tienen fragancias; se perfuman los autos, la ropa, los cuadernos, los venenos. Para un obrero del frigorífico y ex labriego, aquello solamente olía a trabajo.

El oído fue agente de la comprensión y aceptación del otro, el muy otro, el que hablaba una lengua de la que no se comprendía una sola palabra. Cómo haría un italiano ignorante del sur para entender a un ucraniano, un griego de Chíos, un árabe. Había que leerles los gestos. Y antes que nada, cada uno sabía que el otro tenía hambre, estaba solo, a menudo añoraba su terruño por más hambruna y guerra que allá hubiera, sabía que el otro se deslomaba para comer frugalmente y guardar todo lo posible así en poco tiempo podría traer a su hermano, esposa, hijo, padre anciano. Que vivía apilado en un rincón de un cuartucho de lata y madera, con un clavo en la pared para colgar la ropa y después de varios meses un calentador Primus para el recién adquirido hábito del mate, para la sopa nocturna y un poco de calor en el invierno que chiflaba entre las uniones de las chapas y los chorretes de las lluvias.

Compartí su jornada laboral ante la mirada Big Brother del capataz, el ojo de la empresa en cada recodo donde alguien osara sentarse a fumar. El ritmo, los movimientos repetidos y precisos marcaban la labor. La noria, esa máquina terrible que no puede detenerse, indica cuánto cortar, cuánto desmembrar, cuánto sangrar. Y a medida que pasan los meses y los trabajadores adquieren velocidad, el estándar —es decir el promedio— se acelera un poco, de modo tal que el que antes hacía treinta cortes ahora hará treinta y cinco. El

ejército de cronometristas nunca se dará por satisfecho y en un mes –si se tiene la dicha de sobrevivir allí adentro a la fatiga y al desempleo- la norma será de cuarenta cortes por hora e inmediatamente después alcanzará los cuarenta y cinco. El obrero no requiere ser aceitado, no hay piezas que cambiarle; a lo sumo se lo echa o suspende por bajo rendimiento para felicidad de los que cada mañana se amasijan en los portones ante el dedo salvador del selector de nuevo personal.

Una coreografía monótona donde no importa el idioma, hablan los brazos y las piernas, los cuchillos que lastiman y las espaldas que cargan. Un baile que sería chaplinesco si no fuera real. Lo estoy viviendo, no es la película de Carlitos ajustando tornillos como enloquecido –ya de por sí dolorosa-; es Saverio acarreando animales bajocero. Hoy tuvo suerte, la jornada fue de solo doce horas. Hay días que llega a catorce o dieciséis.

Las carnes finalmente se cargaban en el puerto a espaldas del Swift y el Armour. Y todo el trabajo serviría para alimentar soldados europeos que matarían a los padres, hermanos, esposas e hijos de los operarios de las fábricas. Nada le llegaría a los parientes, salvo la moneda ahorrada contra toda tempestad. Y gracias a las guerras de allá duraba el trabajo acá, porque a medida que se vendía menos se contrataba menos. No todos estaban ocupados siempre, la mayoría fluctuaba adentro y afuera según los altibajos del comercio internacional.

El abuelo salió aquel día después de una docena de horas de trabajo bruto y ya en su cuartucho compartido sacó de la bolsa que le vi en el barco sus herramientas de zapatero remendón, se dirigió al frente del largo conventillo y en la calle, casi a oscuras –eran las siete de la tarde- reparó la media suela del

tamango de un vecino. Guardó todo, comió un pan y unas verduras, y se acostó seguramente a soñar con su pueblo y su gente.

Sus compañeros de pieza: un ruso, dos árabes, otro italiano y yo, en cuerpo de griego, ya roncábamos desmayados o fingíamos hacerlo. La pálida luz de bóveda dejó de rasguñar el cielorraso a través de una ranura en la pared, se fue acortando lentamente hasta dejarnos a oscuras, con la sola compañía del viento chiflando entre las clavaduras.

Cuando abrí los ojos estaba en 1932. Salí al pasillo rumbo a la letrina del fondo. El aire estaba raro. Apenas asomé la cabeza al patio de tierra vi la lluvia de ceniza y oí los gritos de una mujer. En estéreo, por una oreja el raro crepitar de ese polvo, algodón gris que tapaba todos los olores, por la otra el doloroso ay sostenido de una mujer. Una vecina salió corriendo del cuarto del fondo, entró como tromba en otro cuarto del que tras unas palabras mal masticadas salió un muchacho disparado hacia la calle. Los gritos continuaron, alguien había muerto por lo que entendí, y en el patio dos niños eran estatuas de ojos grandes y tristes, algo se me sacudió adentro, yo conocía esas caras, ay, las conozco, son mi tío y mi madre, seis y tres años rígidos en el patio de tierra y adentro de la habitación mi abuela joven y su bebé muerto. Mi tía bebé muerta. Solo acompañado por el ruido de sus dientes entró desde la calle corriendo mi abuelo Saverio. Desencajado es poco. Había tenido que escapar del frigorífico más allá de la amenaza de despido del capataz. Como si no bastara la muerte de la hija menor. Mi tía la bebé muerta. Los ojos grandes negros de mi mamá de tres años miran a los ojos grandes negros de mi tío de seis años.

No hubo un cometa, fenómeno de feria astronómica, sino una exótica lluvia de cenizas producto de un lejano volcán cuyano y vientos poderosos. Cayó sobre Berisso anunciando desgracias. Unos cuantos años antes fue su contrafigura la nieve, la que paradójicamente calentó el alma de abuelo recién llegado haciéndolo sentir como en su casa. Ahora también contradictoriamente, el volcán lo hiela. La lava de lejos es muerte acá. Y dos días después, ya realizados todos los trámites fúnebres, había que volver al portón a pedir trabajo, por favor. Pero lo habían puesto en la lista negra. Ninguno de los dos frigoríficos lo aceptaban por haber abandonado la tarea sin permiso a media mañana. Yo sé que transcurrieron dos meses hasta que lo bendijeron nuevamente aunque bajo condición. Tuvo que aceptar irse por tres meses, que resultaron ser seis, a bajar reses del barco a la chata, y de la chata con la cintura al pecho hasta el carro en la costa allá lejos, solo otra vez, entre los fríos de Río Gallegos. El extremo sur no pudo doblegarlo tampoco. Ni a ella que sostuvo la casa durante los sesenta y dos días sin trabajo de él, cosechando de la huerta, haciendo mermeladas, fideos, tortillas y alguna gallina para levantar el ánimo. No se podía esperar menos de Josefa; había sobrevivido estoicamente en San Giovanni in Fiore los tres años de espera. El hijo crecía y su esposo juntaba de a monedas para llevárselos a América. Hoy –mi hoy- un mensaje instantáneo mantiene al menos la ficción de comunicarse. En aquel entonces una carta, que debía escribir y leer otro para el analfabeto, tardaba meses, y a menudo se perdía en el recorrido (tranvía, tren, barco, tren, carro, vecino lector). Y la mujer allá sola con su único hijo, rodeada de parientes que hablaban del hambre, que contaban las noticias de otros emigrados felices. Un día

aciago se enteraron de la muerte de Pedro, hermano menor de Saverio, acuchillado en un callejón neoyorkino. Tal vez la mafia, pienso. Pedro había partido un año antes que mi abuelo, el barco se dirigía a EEUU y daba lo mismo, lo importante era salir de Europa hacia el oeste, hacia la tierra de promisión. La entereza de la abuela también digirió el temor a que del otro lado del mar la desgracia amenazara a su esposo. Me pregunto, y no tengo respuesta, si alguna vez flaqueaban; es imposible que mantuvieran el corazón y el hígado en su sitio inmersos en tanta zozobra. Yo vi el grito roto de Josefa ante su hija muerta, yo vi a Saverio correr por el pasillo entre las habitaciones de chapa a las que se asomaban otros inquilinos. Y dos días después los vi de nuevo en la cocina, la huerta y el portón del frigorífico. Había que seguir. Remar y remar. Pero creo que mi madre, esa nena de tres años y ojos negros grandes, quedó fijada en el dolor del instante. La vida seguiría hasta ahora para ella, pero algo había quedado anclado permanentemente a ese intersticio del momento en que una rajadura se abrió, igual que en los tabiques de chapa, para dejar entrar un rayo de dolor que marcó el piso de mosaicos blancos y negros donde tenía puesta la mirada.

## 14

Fue el tiempo más alejado al que viajé. Principios del siglo XX. Me hubiera gustado verlo a Poe o a Cervantes, pero mis periplos –al menos hasta el momento- parecían de cabotaje. Y siempre hacia el pasado. Afortunadamente

no me desplazé nunca para adelante, me daría terror enterarme de lo que me/nos ocurrirá.

(Recordé una poesía de Roxlo. La recité en la soledad del estudio: Señor, nunca me des lo que te pida, me gusta lo imprevisto, lo que baja de tus rubias estrellas, que la vida me presente de golpe la baraja contra que he de jugar. Quiero el asombro de ir silencioso por mi calle oscura, sentir que me golpean en el hombro, volverme y ver la faz de la aventura. Quiero ignorar en dónde y de qué modo me encontrará la muerte. Sorprendida, sepa el alma a la vuelta de un recodo que un paso atrás se le quedó la vida.)

No logré dominar ninguna técnica, es algo que se produce sin intención aparente. Las pocas veces que intenté forzar un desplazamiento (especialmente hacia algún período de la vida de mi hermano mayor o de mi padre), no conseguí nada. Siempre se han producido mientras me encontraba en un estado de emoción fuerte. Y ante la vista de algún cuadro que me capturó como agujero negro. Unas veces con “Persistencia de la memoria” de Dalí, otra con “La primavera” del genial Giuseppe Arcimboldo. En una ocasión aparecí en la Plaza de Mayo durante el bombardeo gorila del 55. Había estado recordando a mi tío Juan. Tenía la costumbre, cuando venía de visita a casa, de sentarse junto a mí, desplegar mi caja de revistas y leer durante horas la Patoruzú y toda su saga, y también mexicanas. Los dos en silencio, codo a codo, a lo sumo comentábamos parcamente de vez en cuando alguna peripecia de la historieta. Mucho tiempo después con *Para leer el Pato Donald* (de Dorfman y Mattelart) abominé de la



penetración ideológica, del centralismo yanqui, del machismo de un indio con plata; pero conservé el amor a esos dibujitos que quedaron adheridos al recuerdo de mi tío peronista. Juan había ido a la plaza. Cuando comenzó el bombardeo corrió como pudo hacia donde pudo. Primero se guareció tras una columna. Luego sacó todo el cuerpo y el grito de bronca contra los que asesinaban civiles. Más tarde volvió a correr. Había un negocio con la cortina metálica no del todo bajada y el tío se zambulló por debajo de ella hacia el hallcito del local. Horas después cuando se calmó el exterior, intentó salir, pero no pudo. Por más pruebas que hiciera, su cuerpo no pasaba por el breve espacio que separaba la cortina del piso. Forcejeó, intentó con todas las posturas y posibilidades, pero no hubo caso. Tuvo que quedarse allí y esperar hasta el día siguiente y cuando llegó el dueño asombrado, Juan pudo escapar. Allí estuve, lo vi pasar de la euforia patriótica a la furia militante y de la bronca al miedo. Por la radio se había enterado, como todos, del intento golpista. Yo aparecí en la Plaza, a metros de donde él aquel jueves estaba puteando a los aviones que en vuelo rasante ametrallaban a la población. El cielo estaba gris. Algunas bombas habían destruido ya partes de edificaciones, trolebuses llenos de gente, autos particulares. El tío insultaba hacia arriba desde atrás de una columna. Las últimas metralas y bombardeos de los aviones (que descargaban su potencial para huir más aliviados hacia Uruguay) dispersaron a los sobrevivientes. Y allí fue que lo vi correr entre cadáveres y restos humeantes, y atravesar al vuelo la cortina de metal. Con la noche comenzó a caer una lluvia torrencial que mitigó un poco los olores bélicos. La última imagen fue la de mi tío Juan intentando salir de algún modo, casi grotesco con un

brazo y una pierna. Luego volvía a meterlos adentro y sacaba la cabeza, más tarde cabeza y brazo y finalmente la larga resignación de la derrota. Cuando regresé yo quedé mirando la reproducción de “El invierno” ácido de Arcimboldo, con sus raíces y sus hojas muertas, aunque el viaje había comenzado frente a “La primavera”, florida y exuberante de frutas y hortalizas.

En aquella ocasión tuve una discusión tan exageradamente setentista con Riki que terminamos peleados por un par de días. Mi amigo despiezó a Perón. Y tenía razón, pero no. Yo lo defendí a muerte. Él habló del oro en los pasillos del banco central y del nazismo, del líder admirador de il Duce. Yo retruqué con la justicia social, el voto femenino. Irreconciliables. Uno hablaba en FM, el otro en AM. Se nos subió la temperatura, terminamos casi a los gritos. Pasó como una semana. Riki, como de costumbre, dio el primer paso reconciliador. Un papelito bajo la puerta, escrito con claras letras de imprenta decía:

SIN TI, GIL, VIVÍ DIFÍCIL CRISIS.

RIKI.

Al día siguiente, él encontró un anónimo menos ingenioso que respondía:

ANDÁ A CAGAR, RATA GARCA.

HASTA MAÑANA, CAMARADA.

Luego vino con sus pizzas y por un tiempo no hablamos más del peronismo. Por aquellos días, como para disimular, me desarrolló su extraña teoría sobre la muerte. Riki decía que no hay una sola. Según mi amigo, las personas compartimos las mismas características que el resto de los elementos que componen el universo. De forma tal que podríamos comparar nuestros ciclos con el de los planetas, los cometas, las estrellas. Hay seres con tanto brillo (grandes artistas, científicos, místicos) que al morir despiden una enorme cantidad de energía, como una estrella nova, y luego esta se vuelve sobre sí misma convirtiéndose en agujero negro. La vida de la estrella se traslada a otra dimensión, se convierte en antimateria, en otro mundo adosado al visible con enorme presencia, con la capacidad de devorar todo lo que se mueve en su entorno. Hay, también, otras vidas que sin brillar se van diluyendo y secando, se convierten en infértiles regiones que siguen girando inhabitadas, hostiles y estériles. O las que se desmigajan polvorientas hasta casi ser nada. O aquellas que se pierden en los confines. Por aquella época, mi amigo voraz lector, había releído *Eureka* y de este ensayo él había saltado a las últimas teorías científicas. Y había cocinado todo ese material en su cabeza convirtiéndolo en una especulación metafísica o de una religiosidad absolutamente materialista a la manera del ruso Prigogine. Afortunadamente para mi salud mental matizaba sus devaneos filosóficos con invenciones más divertidas. Por ejemplo, le encantaba inventar títulos de libros que no escribiría. *Penes y peces* me pareció irreverente y zoofilico. “En todo caso, respondió, es piscifilico”. Las etimologías eran otra de sus debilidades. Esclavo, eslavo, eslabón. Hibernar en invierno y digitar con los

dedos o con un dedal. Las traducciones de citas latinas eran desopilantes: “Vade cuerpo, Satanás”. O “Es nylon del Nilo”. También nos divertíamos tratando de reconstruir una conversación. ¿Cómo habíamos llegado hasta ahí? Hubo días en los que solamente habló con referencias y vocabulario de crucigrama: Progenitor, aranero, ranqueo de ajedrez, bisonte europeo, baile canario, catedral, ternero de dos años, piojo de las gallinas, primera mujer según la Biblia, patria de Abraham, abreviatura de etcétera. Si osaba burlarme de él, me respondía con desprecio “deposición, excremento”.

El fue el que me habló de fotones y extraños experimentos que se estaban realizando con la luz, el tiempo, la ubicuidad. Congelar un rayo de luz, desmaterializar un fotón y materializarlo del otro lado del Támesis a la más pura manera de *Viaje a las estrellas*. Todo esto lo decía tratando de dar una explicación a mis desplazamientos hacia el pasado. Experimentos en el polo sur con una puerta temporal. Por supuesto mezclaba ultimísimas investigaciones físicas con literatura, lo cual convertía la combinación en un pastiche que me resultaba difícil de digerir. Pero eso sí, mi amigo jamás dudaba de mis inexplicables experiencias. ¿A quién más hubiera podido contarle francamente que yo viajaba en el tiempo, que no sabía cómo ni por qué aparecía cincuenta, ochenta años antes, siempre cerca de parientes que estaban muy pegados a mis emociones, a mis afectos? ¿Quién otro que Riki, un delirante lector de Poe, sabio en palíndromos y toda clase de juegos lingüísticos, creyente en la teoría del Complot, quién otro que mi amigo habría de creer que era verdad esa locura que le contaba un escritor de novelas, de por sí muy mentiroso? ¿Y qué información obtenía yo de esas

visiones? solamente una aproximación a hechos muy familiares y anodinos en la mayoría de los casos, que me servían para entender las conductas de esas personas. Hecho que de otra manera me habría resultado imposible. La sonrisa de mi esposa bebé, mi abuelo con su pan y su cebolla, los ojos de mi madre niñita ante su hermana muerta, mi tío militante en plena acción. Y casi nada más. Sólo imágenes que ayudan a vivir, a superar pesadillas y dolores. Recuerdos de etapas en las que no podría haber estado normalmente. Algunos venían a reforzar, otros a corregir, mis sentimientos y versiones de la vida de los demás. Todos los viajes al pasado me enseñaron a comprender, a ver otra faceta de las tantas que tiene cualquier persona. Me ayudaron. Extrañamente el mecanismo no funcionaba para acercarme a mi hermano mayor. Un raro filtro, una protección, interrumpía cualquier posible viaje hacia él.

## 15

Marigé llegó exultante. Había encontrado algunos datos sobre sus verdaderos padres. Sus visitas a las embajadas francesa y de Guatemala, bibliotecas, hemerotecas y entidades varias, comenzaron a dar resultado. Confirmó largamente los recuerdos de Isadora; la única persona (a nuestro alcance) que los había conocido en vida. Me mostró temblando la fotocopia de una fotografía sacada de un periódico en la que se veía la cara borrosa de su padre en un encuentro de escritores. París, 1948. Jean Jacques Dupin, aparecía nombrado entre otros tantos.

Dupin, repetí. Es increíble, dije. Como el maravilloso personaje de Poe (otra vez el Edgardo). La carta robada, Los crímenes de la rue Morgue... Me interrumpió antes de que completara la trilogía, abrazándome y llenándome de besos. Ay, mi Marigé encaminada hacia la verdad y la recuperación del equilibrio.

Su padre ya tenía una cara y un apellido, como su madre (Isadora la había reconocido a mi esposa como hija de Denise y eso ya le daba un rostro de donde asirse, una imagen en el espejo). Por lo tanto volvía a ser Geneviève Dupin Aubert.

El funcionamiento de la cabeza es raro, al menos el de la mía. En medio de la emoción me asaltó la idea de qué diría Riki (y qué podría decir Nano) cuando se enterara de que su autor favorito estaba mezclado, por así decirlo, con la vida de mi esposa. Seguramente se pondría a inventarle un nexo a mi suegro – que extraño me resulta nombrarlo de esta forma correcta- con el Dupin histórico que inspirara a Poe. No menos de tío, Riki diría que padre, de Jean Jacques. Y encontraría “irrefutables” semejanzas entre mi suegro y el personaje literario. Efectivamente así ocurrió unos días más tarde.

“Este joven caballero pertenecía a una excelente e ilustre familia –me leyó-, pero debido a ciertos acontecimientos adversos había quedado sumido en tal pobreza que la energía de su carácter sucumbió y el hombre dejó de moverse en su mundo, o cuidar la recuperación de su fortuna... su único lujo eran los libros”.

Según mi delirante amigo el semblante extraído del investigador de “Los crímenes de la Rue Morgue” era el vivo retrato anticipado (legado por los genes) del ex parisino escritor devenido guerrillero guatemalteco. El mecanismo de Riki, si bien poco ajustado a la realidad, era verosímil. El pariente había dejado las comodidades y el rumbo en la ciudad centro del mundo cultural (“la ilustre familia”) y había ido a parar a la periferia (“la pobreza”), la selva en donde solo conservaba –como el del cuento- el lujo de unos pocos libros. Lo detuve a mi interlocutor cuando se perdió completamente con la metaforización: ya empezaba a interpretar que el gorila asesino de la Rue Morgue era el imperialismo invasor... Como conversación de adolescentes amantes del esoterismo, podría haber sido aceptable; pero para dos veteranos de mediana edad era más que pueril. En otra ocasión, divertimento; pero con mi esposa muy sensibilizada dando vueltas a nuestro alrededor, me parecía demasiado.

A mi amigo se le había pasado un poco la inflamación de la muela. El dolor aparecía muy esporádicamente. Como mi hermano pasó de visita rápida por casa y se enteró, la llamó a Claudia y le pasó el teléfono a Riki, mi cuñada le dijo que fuera a verla inmediatamente porque tenía un turno desocupado. Alejandro prácticamente lo metió en el auto y lo llevó al consultorio. Era la única manera de proceder con un fóbico.

Marigé y yo hicimos unos mandados por el barrio y nos preparamos para la cena. Esta vez sin velas ni vino ni grasas porque ella se encargó de elegir dictatorially cada uno de los ingredientes de la dietética (e insulsa) comida.

A la mañana siguiente me llegó un extraño mail que ya no tenía nada de extraño para mí. Unos números, una cuenta bancaria distinta, la dirección donde retirar mi tarjeta para el cajero automático. Me disponía a salir cuando sonó el teléfono, era Claudia preocupada. Con muchos preámbulos me dijo que lo había atendido a Riki pero que debía ir lo más rápido posible a un dermatólogo o a un clínico porque lo de la boca no era simplemente una infección molar o una caries, había un pequeño quiste, quizás un carcinoma –dijo bajando la voz-, que debería tratarse cuanto antes. El cigarrillo y el alcohol son los causantes habituales. Y en el caso de mi amigo, enemigos casi siempre presentes. Se alejaba y volvía a caer en la bebida. Últimamente los recreos eran cada vez más breves. Tenía recaídas fuertes. Y el tabaco lo llevaba adherido a sus costumbres desde la adolescencia. Le agradecí mucho a mi cuñada y le aseguré que me encargaría de arrastrarlo –si era necesario, y sería necesario- hasta el consultorio de algún médico.

Antes y después de mis narcotrámites pasé por la casa de mi amigo. No lo encontré. Esa tarde apareció por la mía. Con el cigarrillo colgado de la boca, que arrojó al piso al entrar, y la misma cara de siempre. Nada preocupante había ocurrido, según él. Tanto lo acosé que finalmente me prometió que él mismo iría en el curso de esa semana. Quiso hablar con Marigé y estuvimos charlando de vaguedades hasta que mi esposa regresó de trotar por el parque. Un rato después,



ya repuesta y duchada, nos sentamos los tres en torno a la mesa del comedor. Riki tenía algunas pistas más sobre la medalla de mi mujer, pero estaba trabado, atorado en un punto del que no podía salir. Por eso quería comenzar de nuevo. Su método excesivamente analítico no lo conducía a ningún lado más. De forma tal que reiniciaría la tarea de manera más global. Había, dijo, algún dato importante y obvio que él no tenía en cuenta. Era preciso que Marigé le diera toda la información que manejaba sobre sus progenitores, especialmente sobre Jean Jacques Dupin, su padre. Todo desde el principio.

Fiel a su costumbre –casi vicio-, recurrió al autor de El cuervo. “Ponía trabas a su propia visión por mirar las cosas tan de cerca. Y ése es el defecto de ser demasiado profundo. Era capaz de ver, acaso, dos o tres puntos con gran claridad, pero al hacerlo así perdía la visión de todo el conjunto. La verdad no está siempre en el fondo de un pozo. En realidad, y en lo que concierne a lo que más importa conocer, creo que la verdad es siempre superficial.” Cerró el libro (era el ejemplar barato que me había enviado Nano con el cuento clonado) y lo volvió a su estante en un largo silencio. Luego retomó el hilo aparentemente perdido y comenzó a recabar datos sobre mi suegro.

Jean Jacques había tenido una relativa militancia política. En realidad, la activista había sido la madre de mi esposa. En aquellos años posteriores a la segunda guerra y previos al mayo del 68, Francia vivió una primavera ideológica con altibajos invernales. Poco a poco, los antiguos combativos se fueron opacando y aburguesando detrás de sus burós. Riki lo había experimentado en

carne propia y comprendía esa situación: sus correligionarios de la época sindical peroncha habían evolucionado hacia el militarismo durante el Proceso golpista, acomodándose a la ideología y prácticas represivas (lo que podría entenderse como una continuación coherente con sus ideas fascistoides) y a un liberalismo o conservadurismo que no tenía ninguna relación con el discurso que habían defendido a favor de la industria nacional y el control estatista. Y luego vio cómo sus correligionarios de izquierda revolucionaria mutaban hasta convertirse en jóvenes empresarios, asesores, consejeros de altos garcas que antes habían sido sus enemigos. A todo esto mi amigo había sufrido ya el escarnio, ya la tortura, sumados a la bronca frente a la traición de sus ex compañeros de uno y otro lado. El fundamentalismo romántico de los setenta había virado hacia una rápida adaptación a la nueva década globalizada, pasatista. La boina del Che dio paso al look yuppi. Y rápidamente la izquierda se convirtió en funcional, mediática. Del viejo ardor social sólo quedó el discurso. Por su parte, la derecha combatiente dirigió su mecánica hacia el narcotráfico y/o el robo de acción comando, brutal y redituable.

Riki comprendía. Y así pudo ponerse en la piel de Jean y Denise. Entendió por qué ambos, por distintos caminos, se fueron del centro cultural del mundo a la remota Guatemala.

Pero no fue nada de esto lo que le dio la pista que necesitaba para descifrar el mensaje de la medallita. Sino la inclinación de mi suegro Dupin por el estudio de la lengua y la cultura quiché. Repentinamente se le hizo la luz y casi a

su velocidad se retiró. Tenía una idea. “Los mayas no usaban el sistema decimal”, me dijo en la puerta mientras encendía –un tanto avergonzado- un cigarrillo negro.

No apareció en los días siguientes. Pasé por su casa y nadie abrió. En mi primera visita lo atribuí a que realmente hubiera salido pero la cuarta o quinta vez comencé a sospechar que no quería que yo lo viera, seguramente por haber tenido una nueva recaída o porque sospechaba que lo acosaría con la necesidad de que visitara a un médico. Le pregunté al kioskero de la esquina y me dijo que la tarde anterior había ido a comprar cigarrillos. Que casi siempre aparecía a la misma hora. Decidí instalarme en el umbral del negocio. Media hora después lo vi llegar. Estaba como solía estar en esas etapas: sucio, pálido, perdido y gruñón. Apenas me saludó. Odiaba que lo viera en esa condición, se sentía muy avergonzado. Yo tenía un plan que probablemente no sirviera para un alcohólico convencional pero para Riki me parecía altamente apropiado. François Rabelais dice que los libros tienen propiedades curativas y que si uno los aplica directamente sobre la zona afectada, el dolor pasará.

Cuando me autoinvité a su casa para charlar, me contestó que le dolía mucho la boca, que lo único que le hacía bien era el alcohol, que lo dejara tranquilo. Por supuesto, lo seguí y a sin anestesia le disparé la frase que había preparado: “¿Ya mataste a tu gato Plutón?” Pegó un respingo acusando el golpe, se recompuso y con una medio sonrisa me pasó su brazo por mi hombro. “¿Sabés cómo pegarme, guacho!”

En “El gato negro” hay un alcoholístico perdido que maltrata a la mujer que ama, luego cuelga de una horca al gato, al que consideraba su amigo, y finalmente mata a la esposa en un arrebató de furia. Yo también sabía metafórizar.

La casa estaba peor, si eso es posible, que durante la última crisis. La mancha negra de humedad había avanzado. Los olores nauseabundos invadían ya el patio y el pasillo. El póster de Zitarrosa estaba caído en el suelo. Incluso la mesa con los libros –que siempre había resistido– sucumbió a la miseria general. Anotaciones caóticas de variados colores sobre la tabla, que en otra circunstancia hubieran dado un toque de bohemia, eran en este entorno la culminación, la muestra más patética de la decadencia de mi amigo.

Abrí mi libro de Poe y le leí sin darle tregua (a pesar de que intentara detenerme con diversos gestos) fragmentos que había subrayado en los que resaltaban las terribles penurias sufridas por un alcoholístico más los daños inflingidos a sus amigos y parientes. Tras el ya citado “El gato negro”, referí la muerte espantosa de Fortunato emparedado en vida en “El barril de amontillado” (se emborracha, lo encadenan en un nicho de catacumba y mientras está conciente levantan un muro encerrándolo). No pude continuar con mis numerosas citas preparadas ad hoc. Riki estaba llorando. Simplemente me senté a su lado y le puse la mano sobre la cabeza doblegada. No pude mantener la compostura y también lloré. Era la primera vez, a lo largo de nuestra amistad de décadas, que nos conmocionáramos los dos hasta tal punto. En otras ocasiones uno de nosotros habría conservado al menos la entereza para sostener al otro. Esta vez, ambos, sin

hablar, inmersos en esa contaminada casa de Usher, lloramos durante unos cuantos minutos.

Todavía hipando se puso de pie y con un gesto casi teatral sacó una botella con un resto de whisky, dijo solamente “te lo juro” y la estampó contra la pared. Luego abrió el paquete y sacó un cigarrillo, lo prendió y completó su anterior promesa diciendo: “Esto no lo largo, los enemigos de a uno por vez.”

De inmediato, fiel a sí mismo y a su estilo, se puso en marcha, rebuscó unos papeles en el big bang de su escritorio y con el fervor de siempre me hizo una larga explicación sobre los sistemas de numeración a lo largo de la historia.

-Cuando los hombres empezaron a contar usaron los dedos, piedras, nudos. Al llegar a determinada cantidad hicieron una marca distinta que representaba a todos los anteriores. Es lo que se llama “base”. La más común a lo largo de la historia es la base diez. Puede ser porque tenemos diez dedos. Ahora bien, hay distintas clases de sistemas de numeración. Los aditivos, que van acumulando símbolos de todas las unidades, decenas... hasta completar el número. Los egipcios, los sumerios, romanos, griegos, árabes. Hay otro que se llama híbrido... no importa, no quiero hacerte un quilombo en la cabeza...

-Gracias, pero ya es tarde.

-...y el posicional –continuó sin oírme-. Y acá está el asunto. ¿Sabías que no solamente babilonios, indios y chinos sino también los mayas llegaron a este principio? La posición de una cifra nos indica si es decena, centena, unidad.

-Riki, sabés que me gusta aprender, pero ¿adónde estamos yendo?

-Los mayas, dijo abriendo los brazos como si eso me bastara para entender. Tu suegro y los mayas –aclaró. En la medallita de Marigé el mensaje sigue el sistema numérico de los mayas, los quichés, por eso no terminaba de armarlo. Porque yo trataba de seguir una base diez. Y los mayas usaban base veinte. ¿Se entiende? - preguntó sin esperar respuesta.

Yo empecé a darme cuenta de adónde apuntaba su conferencia. Riki estaba hablando del desciframiento de la medalla y estaba escapando al mismo tiempo de las emociones de su recaída.

Los mayas, según me explicó, tenían tres símbolos básicos. Punto (igual a uno), raya (igual a cinco) y el caracol (un cero anterior a cualquier cero europeo). Luego una complicada combinación de pisos o niveles para llevar los números por multiplicación a las cifras más grandes. Como su mayor preocupación era el tiempo, el calendario, en el tercer nivel de números (o algo así), en lugar de usar el veinte usaban el dieciocho para que les diera 360. O sea veinte por dieciocho. Luego volvían al veinte. Si no me acuerdo mal, 7200 es en su escritura 20 por 18 por 20.

Pero lo realmente importante era que el supuesto error en el texto del mensaje francés consistía en que Jean Jacques había dibujado no una “ll” sino dos cincos. Cada palito es un cinco porque los mayas los usaban tanto en forma horizontal como vertical. De manera que, según mi amigo, ya todo estaba prácticamente resuelto. En unos días más, y siguiendo ahora la espiral del texto de

veinte en veinte y luego en dieciocho y no sé qué más, lograría no sé cómo obtener la larga traducción de esas dos breves líneas que dibujara el devenido guerrillero en medio de la selva para su pequeña hija.

Yo estaba muy interesado en todo esto. Pero no olvidé en ningún momento para qué me había instalado en el umbral del kiosco vecino a la casa de Riki. Apenas tomó un respiro, volví al ataque con la necesidad de que fuera a un médico. Su respuesta me sorprendió y luego me dejó sin palabras. Ya había ido, ya le habían hecho una biopsia y ya sabía que tenía un cáncer bastante avanzado. No quería ningún tipo de mutilación. Así de brutal fue su descripción. No estaba dispuesto a someterse a tratamientos encarnizados. Tomaría las drogas que fueran necesarias pero nada de rayos, ni cirugía. Ya tomé la decisión, concluyó cerrándome el paso.

## 17

De allí en más todo fue un torbellino. Primero le amputaron una parte de la lengua. Como no podía hablar lo hacía con el lenguaje de gestos que había aprendido en la cárcel durante el Proceso. Todo el tiempo sumido en elaborar crucigramas y otros juegos para que las revistas financiaran los medicamentos. Era insuficiente pero él no lo sabía, ni lo supo nunca. Las carísimas drogas que necesitaba las pagaba mi hermano el narco. Ya en los últimos días la morfina era

el único calmante para los terribles dolores, pero lo afectaba hasta el delirio. Se había puesto guarango y desubicado. Algo inusual en mi amigo, que siempre había sido jodón y desprejuiciado pero todo un caballero. Marigé se ponía sumamente nerviosa al visitarlo, no por que la afectaran sus dichos fuera de lugar sino por verlo tan arruinado, mudo, con la mirada perdida como no lo habíamos visto ni en los peores momentos de sus pozos alcohólicos. En algunos lapsos de lucidez intentaba terminar de dilucidar el texto de la medalla. Mi esposa le dijo que no le importaba (y era sincera); que estaba satisfecha con tener ese recuerdo colgado del cuello, pegado al pecho, y saber que sus padres habían pasado horas, en tiempos oscuros y de sumo peligro, inventando un código, escribiendo un mensaje seguramente cargado de amor, como se leía o se vislumbraba en los primeros niveles de la espiral del texto. Y que, le dijo a mi amigo, todos los días que ella viviese no sólo recordaría a Jean Jacques y a Denise al tocar la alhajita dorada, sino a Riki y el tiempo y fervor que había puesto en comprender lo que allí decía. Algo que iba más allá de la amistad y que afectaba, seguramente, cada lazo con el pasado, con los padres conocidos, desconocidos, amables o violentos, pero que nos habían lanzado al ruedo a disfrutar un poco del sol y la sal. Mi amigo nos miró largamente y se llevó ambas manos al corazón indicándonos cuánto nos quería.

Salimos completamente emocionados. Pasé mi brazo por el hombro de mi esposa y la apreté fuerte contra mí. Te amo, le dije. Yo soy el escritor pero vos la que tiene el dominio de la palabra.



Al llegar a casa alguien también esperaba en el umbral. A pesar de la barba, los anteojos John Lennon de miope y una incipiente calva, lo reconocí al instante. Era mucho para un mismo día. Hernán, mi hermano, Nano, estaba allí. Nos trenzamos en un abrazo interminable mientras mi mujer, que solo lo había visto una vez en el teatro San Martín cuando Cortázar, miraba sin poder creer. Todo pasaba a la vez. Sin soltarlo, miré hacia ambos lados de la calle temiendo que alguien lo hubiera seguido, y entramos.

Lo primero que hizo fue preguntar por nuestro hermano menor. Le contesté que ya estaba al tanto de que no había muerto calcinado en una ruta norteña. Quiso verlo. Sin dudarlo le hice caso a Hernán y lo llamé a Alejandro, le dije que no era nada grave pero que viniera lo más rápido posible y solo. Yo no iba a necesitar ninguna ergometría. Si sobrevivía a esa noche, viviría muchos años.

Nano no mencionó a mamá. Y yo tampoco. Era una herida muy profunda y no sabía cómo reaccionaría. Dejaría que él marcara el rumbo inicial de la larga charla que nos esperaba. Había mucho que contar.

Alejandro me sorprendió. Llegó, entró y lo primero que hizo fue llenarlo de besos, palmearle la espalda, llamarlo “querido”. Ni siquiera conmigo había sido nunca así de afectuoso. El hijo pródigo, pensé. La oveja descarriada, seguí pensando. Y mi medio hermano me miró y me leyó el pensamiento, “para vos también hay, no te pongas celoso”. Cuando entró Marigé con algo de comer (esta vez se había esforzado por ser amable y trajo un maravilloso salame y un queso

que no sé dónde tenía escondido), estábamos riendo y hablando de pavadas. Ella amagó con irse. Pero Hernán le pidió que se quedara, que escuchara su historia, que se sentía obligado a hacer muchas aclaraciones.

Las horas corrieron entre aceitunas, historias increíbles, pizzas y cerveza (¡arriba la birra!).

## 18

La mañana de ese sábado estaría destinada completamente a Riki. En el hospital había agotado ya toda las ediciones de revistas de ingenio (autodefinidos, rebus, crucigramas...), y seguramente estaría aburrido.

Después de digerir (no completamente) la noche pasada con mis hermanos, no había podido dormir bien. A las emociones por el reencuentro se habían sumado los salamines picado grueso, el exceso de cervezas y la enfermedad terminal de mi amigo. Por esos extraños mecanismos de la memoria, recordé una parte tenebrosa de aquellos escritos sobre el mundo idiota que me diera Riki. En el silencio de mi dormitorio se hacían más oscuras las imágenes de los vecinos transformados en oficiales nazis. Un jerarca podando a tiros, con una Luger en cada mano, el árbol de la vereda. Un soldado raso munido de una escoba con mango de fusil barriendo cadáveres y quemándolos en una pila que había levantado en el medio de la calle. Jauría de dobermans aullando

interminablemente. Trataba de espantar esa pesadilla haciendo el esfuerzo por recuperar las risas que nos habían provocado a Marigé y a mí la colorada aulladora sexual o la que le compraba helado al perro. Pero los fantasmas no daban tregua y el otrora gracioso relator Fantino se me aparecía con cara de Goebbels montado en un tanque Sherman con un gran megáfono repitiendo “miente, miente, que algo quedará”. Y luego una sarta de dolorosas mentiras sobre los judíos, sobre el poder, los homosexuales, sobre la fuerza y el triunfo. Tenía algo del pasaje de The wall en el que la banda marcha por las calles de la ciudad aterrada. Tenía algo de Ana Frank escondida en el anexo.

Afortunadamente llegó la mañana y con la luz casi se desvanecieron los demonios nocturnos (más que yegua de la noche, nightmare, esta sí había sido pesadilla por la pesadez indigerida de datos y fiambres). Un desayuno frugal, la mano leve de mi esposa acomodándome el pelo y luego la calle de las nueve horas, me reconfortaron.

Fui caminando, atravesé el Parque y luego por la diagonal para cruzar el otro parque. En el kiosco de la puerta del hospital encontré una revista nueva. Al menos tendría Riki para entretenerse un rato. Subí hasta el tercer piso, recorrí el pasillo, entré en la habitación 25. No había nadie, la cama estaba no solo vacía sino cambiada con sábanas, frazada y fundas limpias. Una mucama con balde y lavandina terminaba con el baño. Mi amigo había muerto durante la noche.

Yo sabía que casi seguramente eso iba a suceder. Pero sucedió.

Quedé paralizado en el medio del cuarto. Un hermoso sol entraba por la ventana. En un rincón había una aspiradora y a su lado el cesto. Arriba de todos los papeles, vasitos plásticos y cajitas de remedios, había una revista de crucigramas abierta. La recogí, como un último nexa con mi irlandés borracho. Maldito sea. Salí. Pensé en el final de Don Segundo Sombra y me fui como quien se desangra.

Afuera seguía el mundo idiota que se había liberado de su grano en el culo. Pasé por calles con idiotas que barrían la vereda. Pasé por veredas con árboles idiotas podados. Perros idiotas escuchaban los consejos de sus dueños idiotas.

Me senté en el pasto con la espalda contra un fresno. Recordé la teoría sobre la muerte que esbozara una vez mi amigo. La muerte de un hombre como la muerte de una nova. Se vuelve todo hacia adentro y cruza a un espacio antiespacio que todo lo traga. Y está ahí a la vista de cualquier astrónomo: un agujero negro que modifica cuanto pasa a su alcance. La revista, al agacharme, se me había salido del pantalón y yacía bajo mi pierna incomodándome. La agarré mecánicamente y la observé con nostalgia. Había un crucigrama apenas empezado. Seguramente quedara sobre su mesa de luz y durante la limpieza postmortem la mucama lo arrojara al cesto. Por eso estaba arriba de todo. Pensé que yo lo completaría en casa, como un vínculo más, como una manera de perpetuar nuestra relación. Uno horizontal, leí, “sonido reflejado” tres letras. Obviamente “eco”. Siete horizontal “atar al yugo un animal”, fácil, “uncir”. Solo

había escrito Riki la última fila de palabras. 38 cu, 39 free, 40 end. Volví a las referencias, 38 horizontal no era cobre, indicaba sodio. ¿Por qué se había equivocado un experto como Riki? ¿Tan mal estaría? Leí las otras dos, 38 era efectivamente free. Libre, en inglés. Pero 40 era “sol”, nuestra estrella. Me acomodé mejor contra el árbol, recogí las piernas en un acto instintivo. Volví a leer. See you (como en los sms) friend. Nos vemos amigo. Y también podía entenderse, “Nos vemos. Libre al fin.” O ambas. Y todo en el último renglón horizontal (¡Riki y sus alegorías!).

## 19

Hernán no quería encontrarse con nuestra madre. Después de tanto tiempo creo que él también la había dado por muerta. Qué sentido tendría aparecérselo ahora y enmendarle la plana delante de la nueva familia que había constituido. Ya era otra. Su madre, me dijo, había sido aquella joven mujer que él recordaba. Complemento del varón, opacada. A la muerte de papá ella había tenido que despertar y entonces apareció una persona distinta, que -como él- había cambiado también de nombre, Caty. Alguien que quería dar por muerto a su hijo mayor y a todo su pasado. Entonces para qué devolverle una historia que ya no existía. Ante la insistencia de Alejandro, quien afirmaba que mamá querría verlo, que no era necesario confrontar con ella y que tal vez bastaría con darle la oportunidad y fingir ante los otros que Hernán era un primo que había estado en el extranjero por mucho tiempo, o cualquier otro invento por el estilo que nos

permitiera reunirnos; ante esas sugerencias del menor, “veremos”, fue toda su respuesta. Pero yo estaba casi seguro de que Nano no lo intentaría.

Aquella larga noche del reencuentro (previa a la muerte de Riki) nos contó cómo había sido el motín en la cárcel de Metán, la huida y el accidente en la ruta. Cuando vio cómo prendían fuego el auto en el que habían plantado dos cadáveres, tuvo una crisis. Su nueva vida no se había iniciado con un acto heroico, había sido necesario que sus salvadores asesinaran a dos personas para que él fuera libre. De ahí en más todo fue más pesado y difícil de soportar que la misma prisión. Que el estuviera en una celda era un injusticia que lo dignificaba, lo enorgullecía; pero este crimen en su nombre era la inversión de la dignidad, era cometer un acto de barbarie con un fin supuestamente bueno. Qué vendrá, se preguntaba entonces, qué tendré que hacer, qué harán por mí, cuál es mi precio. No tuvo que esperar mucho para darse cuenta de que el trato no terminaba en el momento de su nueva identidad sino que requería nuevas bajezas. No lo resistió y lo traicionaron. Ese fue el período durante el que perdí el contacto con mi hermano y no recibí sus dineros. No quiso preocuparme e inventó lo del Río Bermejo. Iban por la zona limítrofe con Bolivia en unos lanchones con contrabando, él había notado actitudes extrañas en sus compañeros y comenzó a sospechar que el nuevo recorrido era simplemente una excusa para traicionarlo o asesinarlo. Temía repetir la historia de los ajusticiados en el auto de su huida, pero siendo él el muerto esta vez. Llegaron cerca de un recodo y le dijeron que fuera hasta la orilla mientras los demás esperaban en la otra embarcación. Lo hizo. Cuando estaba a menos de diez metros aparecieron los gendarmes y comenzaron a

dispararle, una bala le rozó el brazo y se tiró al agua. Algo les salió mal a sus compinches porque más soldados surgieron de la nada y comenzaron a tirotearse confusamente con los primeros, se generalizó el enfrentamiento. Un helicóptero circunvolaba la otra lancha y el foco de atención quizás se desplazara hacia allí porque Nano, levemente herido, logró nadar hasta la orilla argentina y arrastrarse unos metros entre la vegetación. Pasaron horas. Poco antes del amanecer comenzó a huir por la espesura y al cabo de muchas horas llegó hasta el Parque Baritu. “La ruta nos aportó otro paso natural”. Las viejas lecturas fueron su consuelo, una compañía en medio de tanta soledad. Comió sábalo pescados con arte, se cuidó del ocelote y rememoró las aventuras de Arthur Gordon Pym, del pasajero embarcado en Batavia, de La caja Oblonga.

Su relato me pareció de Salgari, de Chase (*El buitre paciente* había sido leído y comentado con fruición muchos años antes por nosotros), pero no lo atribuí a mentiras de mi hermano sino a contaminación. (A mí me pasaba lo mismo con los viajes en el tiempo. Un filtro cultural teñía mis experiencias en otras épocas. Cuando estuve con mi abuelo Saverio se me mezcló algo de la película Titanic, especialmente en las imágenes del principio cuando el protagonista juega a las cartas, gana un pasaje y corre por el puerto hasta subir al barco.)

Ya recompuesto de su experiencia en la selva, logró aproximarse hasta una finca propiedad de los colombianos, donde robó algo de ropa y una moto que luego abandonó. Se mezcló con un contingente de turistas y así pudo llegar a los

lugares donde se habían originado sus desgracias. Y de Tilcara a Jujuy. Durante su período con los narcos había abierto distintas cuentas para ayudarnos y cubrirse. Había juntado bastante dinero y lo movió rápidamente hacia otros bancos bajo otros nombres. De allí deambuló zigzagueante hasta la capital. No había querido ponerse en contacto con ninguno de nosotros para no comprometernos y por la superstición de que nos transmitiría sus desgracias. Periódicamente algún amigo suyo me seguía para mantenerlo al tanto de mi vida (aquellos que yo confundí con policías o inspectores fiscales). Salvo las apariciones esporádicas y teatrales del San Martín y del ómnibus, nuestro contacto había sido unidireccional. Él me enviaba algún mensaje y dinero. Riki, cuando vio que le llegaba el fin, no sabemos cómo logró ubicar a mi hermano. Nano lo visitó en el hospital la noche antes de venir a casa y mi amigo lo convenció de que se encontrara con Alejandro y conmigo porque Riki quería, estoy seguro, compensar el dolor que me provocaría su muerte con la alegría del reencuentro fraterno.

Todas las identidades de mi hermano mayor llevan las iniciales H.D. (por el obvio huevo duro), Hernán Domínguez, Hugo Dorio, Hilario Dalesandro, etc. y fue muy ficcional la manera en que consiguió todos esos documentos y, con ellos, cuentas en distintos bancos. Fue a una oficina nueva y eficiente del Registro Provincial de las Personas. Estuvo sentado media mañana observando cómo hacían los trámites para renovar documentos. Se retiró con un plan. En su casa extrajo nombres acordes de la guía telefónica e indagó demás datos (edad, profesión, etc.). Volvió días después a la misma dependencia, sacó varios



números sucesivos para ser atendido. Con cada uno de ellos le tocó ir a boxes distintos donde mecánicamente le tomaron los datos empleados distintos.

¿Número de documento?

¿Edad?

¿Ocupación?

¿Dirección actual?

¿Se va a sacar la foto acá, son cinco pesos, o la trae usted?

Con distintas cámaras le sacaron la misma foto y con distintos scáners unas mismas huellas digitales que no eran las propias (trucadas con un dedal sintético). Quince días después fue Honorio Dissio, Humberto Díaz, Horacio Dutil y tantos otros. Había comprado una vieja imprenta en un barrio de Avellaneda desde donde comenzó a darle trabajo a pibes de la calle, enseñarles el oficio y reinsertarlos. Escondiéndose en su multiplicidad de nombres, consiguió subsidios de Canadá y de países europeos para financiar ampliaciones y convirtió el pequeño taller en un gran emprendimiento para más de doscientos muchachos. Editó una colección de literatura en la que por supuesto, figuraban todos los cuentos de Poe. Fue su manera de devolver el dinero de los narcos.

Ahora se me abría una etapa distinta con mi mujer recuperando su pasado y mi hermano con identidad nueva (el otro estaba muerto para la ley y

para los papeles). La vida de Hernán había sido (seguía siendo) una continua odisea con aventuras, naufragios y anagnórisis. La mía en cambio, rutinaria en el quehacer, solo escapaba por el camino de la imaginación.

(Suenan mi teléfono secreto y despacho –tras larga charla- a un paciente del doctor Gerardo Zamorán. Finjo la voz de la secretaria Mabel y digo que está en un congreso de cardiología homeopática en Japón.)

¿Dónde me llevarán los fotones traviesos? Pienso en Giuseppe Arcimboldo creando una imagen a partir de otras imágenes. El óleo en que el bibliotecario es una ensalada de libros. O la calidez de la personificación del aire, combinación de pájaros. Pienso en las rayitas y puntitos de la numeración maya, precursora del sistema binario, con sus pocos signos armando meses, años, veintenas. Recuerdo para Riki un palíndromo latino de Dante: “Dábamos vuelta a la noche y nos consumía el fuego” (In girum imus nocte et consumimur igni).

Como favor (y para obligarme a escribir) me pidió Nano el narco que contara una historia que su imprenta publicaría. Creo que empezará con una de las anécdotas de mi tía Porota: La gorda siempre dice que cuando va a la peluquería y la encuentra llena de gente, deja la cabeza y la pasa a buscar un par de horas más tarde.

Y tal vez esto no sea mentira.